MIRANDA EN RETRÓGRADO



LAUREN LAYNE

VeRa


MIRANDA
EN
RETRÓGRADO
LAUREN LAYNE
VeRa



Una profesora de física decide dejar de lado la precaución y vivir según las predicciones de su horóscopo durante un año, ¿conseguirá sus metas?

Miranda Reed, la profesora de astrofísica más joven de su universidad, está a punto de lograr la titularidad. Su minuciosa preparación y su mentalidad práctica la acercan a su planeado objetivo, pero contra todo pronóstico, la junta le niega el ascenso que estaba más que garantizado. Entonces su vida ordenada se convierte en un caos.

Miranda decide tomarse un año sabático y, con la fe en la ciencia tambaleando, empieza a mirar las estrellas sin buscar agujeros negros, y se atreve a explorar algo que su mente siempre había rechazado: la astrología.

Así, decidida a descubrir por qué su vida de repente se ha torcido, Miranda se compromete a dejarse guiar por su horóscopo durante

un año. ¿Pagar un anticipo por una casa? Nunca si Mercurio está retrógrado. ¿Aceptar una invitación a una fiesta? Perdón, el horóscopo dice que géminis no debe salir esta noche. ¿Y en lo que respecta a su solitario vecino pintor? Jamás. Su energía de aries está muy mal. Por otro lado, el padre carismático de su nueva alumna particular es la perfección de sagitario. Hecho para ella… ¿o no?

Mientras Miranda navega por la vida con una nueva perspectiva, poco a poco descubre que ni la ciencia ni las estrellas tienen todas las respuestas. Y que, cuando se trata de amor, a veces sólo hay que confiar en el corazón.



Lauren Layne es una autora superventas de *The New York Times* que ha publicado más de cuarenta historias de amor. Con millones de libros vendidos en todo el mundo, Lauren ha aparecido en *Inside Edition, The Wall Street Journal, BuzzFeed, TheSkimm, Oprah Magazine, PopSugar,* y la revista *Cosmopolitan.* Vive en la ciudad de Nueva York.



LAUREN LAYNE

Traductora: Daniela Rocío Taboada





ABRIL

Cuando, a los nueve años, decidí que quería ser astrofísica, pensé que significaba que algún día estudiaría las estrellas.

No que me *convertiría* en una.

Ahora bien, dejémoslo claro: no soy una estrella al nivel de Aniston, Clooney o Streep. Nadie me detiene en la calle para pedirme una foto.

En términos *nerds*: si esos famosos como Clooney formaran parte de los supergigantes azules y blancos del universo, la doctora Miranda Reed (es decir, yo) sería más bien como una estrella enana roja.

En términos *menos nerds*: es poco probable que los paparazis aparezcan detrás de un arbusto para verme comprando víveres.

No soy alguien famoso en absoluto, pero en los círculos sociales de cerebritos… Pues puede que no sea la Persona del Año de la revista *People*, pero he sido la Científica del Año de la revista *Citizen*. Y aparecí regularmente en las listas de «30 científicos menores de 30» antes de que mi último cumpleaños me dejara fuera de la contienda.

He concursado en *Jeopardy!* siete veces, de las cuales gané cuatro, e incluso he sido presentadora invitada del programa en dos ocasiones. Y si alguna vez has visto un programa matutino nacional durante una luna azul o una lluvia de meteoros, es posible que me hayas visto.

Estoy orgullosa de decir que a menudo soy la primera opción de las grandes cadenas cuando necesitan a alguien para explicar algo «científico» a sus televidentes.

Aquí es donde —en todo este alarde no muy humilde— debería decir que la seudofama es agotadora y que solo quiero ser una científica común.

Pero ¿la verdad? Me gusta llevar la ciencia a las masas. Me gusta hacerla accesible, en especial para las niñas y las mujeres para quienes el mundo científico podría parecer históricamente inaccesible. Y sobre todo me gusta porque, en días como hoy, ser un poco famosa me proporciona una distracción muy necesaria ante el hecho de que hoy es *el* día.

El día para el que los académicos trabajamos durante toda nuestra carrera; el que esperamos.

El día en que obtenemos ese único sí o no que puede consagrar o arruinar nuestra carrera: la titularidad.

—Muchas gracias, doctora Reed —dice la estudiante rubia que se encuentra en mi oficina mientras amplía la *selfie* que acabamos de tomar con su teléfono móvil.

Jennifer Müller, una estudiante de mi curso actual de Astronomía 101, con una mente brillante y curiosa, así como una tendencia a llegar tarde a todas las clases, frunce el ceño mirando la pantalla.

—¿Le importa si le pongo un filtro antes de publicarla? La iluminación aquí dentro es un poco sosa.

—Claro. Pero nada de hacerme Photoshop para agrandarme los ojos, reducirme la cintura, o lo que sea —digo—. Detesto esas tonterías.

—¡Dios mío, nunca haría eso! ¡Tiene una gran belleza natural! Ojalá yo pudiera ir sin maquillaje.

Parpadeo.

De hecho, voy maquillada. Bueno, no mucho: un poco de corrector para ocultar el hecho de que mi horario no me permite dormir mucho, algo de gel para mantener mis características cejas gruesas en su lugar, y máscara de pestañas, porque… Bueno, ¿quién no luce un poco mejor con máscara de pestañas?

Pero, al parecer, lo que pensaba que era sutil en realidad es… invisible.

Hago una nota mental para agregar un poco de pintalabios la próxima vez.

—Gracias de nuevo por la foto —dice Jennifer—. Sé que es un poco ridículo, pero mi padre es un gran admirador suyo. Va a alucinar.

—Gracias a ti. Y apuesto a que tu padre le haría aún más ilusión que algún día llegaras a la hora a clase. —Suavizo la reprimenda con una sonrisa.

Jennifer hace una mueca.

—Cierto. Lo siento. Es que no soy muy de mañanas… ¡Me parece increíble que el departamento le haya asignado ese horario tan horrible de las 8 a.m. cuando hay lista de espera para su clase! ¡Debería poder escoger los horarios!

Dado que ya se está dirigiendo hacia la puerta, no me molesto en explicarle que fui yo quien eligió dar clase a las 8 a.m., y que es precisamente por la popularidad de la clase que le pedí al jefe del departamento el horario más temprano posible. La primera hora, a pesar de ser poco popular, significa que quienes se inscriben de veras quieren estar en la clase, y que no son los que solo quieren ver a la «profesora de *Jeopardy!*» en persona.

Jennifer sale de mi oficina prometiendo ser la primera en llegar a clase mañana.

Antes de que pueda volver a la corrección de la última pila de trabajos sobre el ciclo de vida de las estrellas, me interrumpen de nuevo; esta vez es uno de mis colegas.

—¡Dios mío, pero si es la doctora Miranda Reed! —dice Elijah en un susurro dramático antes de simular tomar fotos a toda velocidad, como un paparazi. Finge comenzar a desabrocharse la camisa—. ¿Me firmas el sujetador?

Pongo los ojos en blanco mientras Elijah Singh, profesor de Física Computacional, se desploma en la silla frente a mí. A diferencia de mi asignatura, la clase de Elijah no tiene lista de espera. Pero, a diferencia de la mayoría de mis otros colegas, a él no parece molestarle.

Elijah es lo más parecido a un amigo que tengo en el competitivo mundo del Departamento de Física de la Universidad Nova. Y también es el más cercano a mi edad, lo cual probablemente explique por qué en su día intentamos la estúpida idea de salir juntos. Por suerte, durante la tercera cita, llegamos a la conclusión simultánea de que lo más explosivo que había entre nosotros eran nuestras discusiones sobre los procesos de fusión nuclear. Ahora

está felizmente casado con una encantadora geóloga llamada Sadie, y él y yo hemos establecido una cómoda amistad.

Señala las rosas blancas de mi escritorio que me acaban de entregar y me lanza una sonrisa expectante.

—Supongo que este lujoso ramo significa que puedo felicitarte, ¿no?

—Aún no —digo, soltando un suspiro nervioso—. Todavía no me han dicho nada. Las flores son de mi familia —añado señalando el ramo—. Se han adelantado un poco con las felicitaciones.

—Bueno, ha sido una apuesta bastante segura por su parte —dice Elijah con confianza—. Puede que seas el bebé de nuestro departamento, pero también eres su cara visible. Es imposible que la junta se arriesgue a perder a su gallina de los huevos de oro.

Me muerdo el borde interior del labio, tratando de ignorar el pinchazo que me provocan sus palabras. Aprecio la muestra de confianza, pero me molesta que incluso mi amigo más cercano del trabajo piense que obtendré la titularidad debido a mi condición de celebridad; que soy una apuesta segura en uno de los principales institutos de ciencia y tecnología del país solo porque soy mejor que la mayoría frente a una cámara y me siento cómoda frente a un micrófono, y que seré una ventaja para el departamento no porque sea una científica extraordinaria, sino porque he continuado con el legado de Carl Sagan y Neil deGrasse Tyson de *popularizar* la ciencia.

Me molesta.

No quiero convertirme en profesora titular por haber salido en programas de entrevistas, quiero lograrlo por los mismos méritos que mis colegas, y por las mismas razones: porque soy una

excelente profesora, porque mis escritos académicos y teorías están en la cima y porque soy buena para la ciencia.

La titularidad es el máximo reconocimiento de aprobación académica. Y convertirme en profesora de pleno derecho en una prestigiosa universidad de Manhattan como Nova es la meta definitiva. Al menos lo es para la hija de un matemático de Harvard y una física de partículas del MIT, y la hermana de un profesor de química de Yale y un microbiólogo del Boston College.

El mundo académico, más que la ciencia misma, no es solo algo a lo que los Reed nos dedicamos: es lo que *somos*, desde hace generaciones. Todavía no he pasado un solo 4 de julio en el que mi padre no haya contado, a cualquiera que quisiera escucharle, que uno de sus antepasados fue profesor de John Adams en Harvard en la década de 1750.

Incluso hay un debate recurrente en las cenas familiares sobre cuál de nosotros será el próximo Reed en enseñarle a un futuro presidente. Hasta ahora mi madre es la que ha estado más cerca, pues tuvo como alumna a una exsecretaria de Estado y, como no se avergüenza de contar, le resultó difícil aprobar.

—No puede ser buena señal que estén esperando hasta el final del día para notificarme la decisión —le digo a Elijah, sin poder evitar que los nervios se cuelen en mi voz—. Es algo típico, ¿no? Te promocionan al principio del día, y te despiden al final.

Él pone los ojos en blanco.

—No te van a despedir.

Le lanzo una mirada.

—En este mundo, que te nieguen la titularidad es básicamente lo mismo que ser despedido.

—Cierto —admite—. Al menos si te despiden, la gente puede especular sobre alguna razón jugosa y escandalosa. Pero que te nieguen la titularidad significa…

—Que no eres lo bastante bueno —digo, terminando su frase.

—Exacto. Pero tú —me señala con el dedo— eres lo bastante buena. Prácticamente eres…

—Perdón por interrumpir. Doctora Reed, ¿tiene un minuto? —Ambos, Elijah y yo, miramos hacia la puerta donde ha aparecido la doctora Brenda Kowalski.

Bueno, *aparecer* quizás no sea la palabra correcta; implica una especie de ligereza voluble que no se aplica en absoluto a Brenda, a pesar de que la brillante profesora apenas sobrepasa el metro cincuenta. Puede ser diminuta en estatura, pero su personalidad intensa crea una presencia imponente que tiene a la mayoría de los estudiantes, y al menos a la mitad de los profesores, aterrorizados.

Nunca me había considerado parte de la mitad aterrada.

De hecho, *casi* la considero una amiga. No el mismo tipo de amistad que tengo con Elijah, claro. Pero, cuando entré en la universidad Nova como la profesora más joven en la historia del Departamento de Física, la doctora Kowalski me cobijó bajo su ala. Debo admitir que a veces parecía el ala de un dragón, aunque con el paso del tiempo se ha convertido en una mentora y en alguien de confianza.

Y es precisamente porque la conozco tan bien que mi estómago se retuerce cuando veo su rostro. Sin duda, no es la expresión de alguien que trae buenas noticias.

Elijah no parece captar la energía contenida de Brenda porque inventa alguna excusa sin sentido para irse y me da un pulgar hacia

arriba entusiasta detrás de la espalda de la doctora Kowalski antes de que ella cierre despacio la puerta en su cara.

Brenda acomoda sus gafas y despeja su garganta.

Y entonces lo sé. *Lo sé.*

Lo impensable está sucediendo.

Oh.

Dios… mío.

No tengo mucha experiencia con el fracaso, pero lo reconozco cuando lo tengo frente a mí.

—Me han negado la solicitud de titularidad —digo, mi voz es entre un susurro y un ronquido.

Ella asiente, luciendo genuinamente arrepentida.

—Pedí que me permitieran decírtelo en privado en lugar de seguir la práctica estándar de anunciar la decisión frente al consejo.

Consigo hacer un pequeño gesto de reconocimiento por su consideración, pero me es difícil sentir algo más que una chispa de aprecio. El rechazo en privado sigue siendo rechazo.

Y duele tanto que no puedo respirar.

A través de una neblina de confusión e incredulidad, soy apenas consciente de que Brenda está hablando, dándome explicaciones. Sé que debería importarme el *por qué*, así que intento concentrarme mientras ella sigue hablando de prioridades mal ubicadas y de cómo mi imagen pública es una distracción del objetivo científico del departamento. Dice algo sobre que tengo un permiso especial para un año sabático. Pero todo suena confuso. Increíblemente y patéticamente confuso.

—Miranda —dice cuando termina su explicación y yo no digo nada —. ¿Estás bien?

En ese momento, me siento orgullosa de mí misma porque, en lugar de sucumbir al impulso de llorar, solo levanto una ceja: «¿A ti qué te parece, Brenda?».

Ella entrelaza las manos al frente, y siento una ligera satisfacción al ver que, por primera vez desde que la conozco, parece incómoda.

—Es obvio que esperamos que consideres nuestra oferta de tomar un año sabático y luego regresar como profesora. Tienes un talento increíble en el aula, Miranda. Esa parte nunca se ha puesto en duda.

Por fin encuentro mi voz, y me alivia que sea más fuerte que hace unos minutos al pronunciar lo impensable: «Me han negado la solicitud de titularidad».

—Te lo agradezco. Lo pensaré —digo.

De inmediato, algo dentro de mí se rebela ante la mera idea de considerar su pobre oferta de ser profesora y menos aún de aceptarla, pero trato de recordarme a mí misma que las buenas decisiones rara vez se toman en caliente.

Brenda me observa durante un minuto y, luego, por suerte, parece percibir que quiero estar sola, porque asiente y se va, cerrando la puerta con suavidad detrás de ella.

Pierdo la noción de cuánto tiempo me quedo sentada, tratando de ordenar pensamientos que se niegan a ser ordenados.

Finalmente, tomo la nota escondida entre las flores de mi familia. Saco la tarjeta de su sobrecito y, usando el bolígrafo que la universidad me dio por mi primer aniversario como profesora, tacho la palabra «Felicidades», y en su lugar, escribo: «Nuestro más sentido pésame».

Con mucho cuidado y precisión, guardo de nuevo la tarjeta en su sitio.

Y entonces, en un gesto que es mezquino y profundamente satisfactorio a la vez… lanzo el bolígrafo a la basura.



ABRIL

No voy a decir que las tiras de luces y el vino puedan resolver todos los problemas del mundo, pero la combinación sin duda ayuda un poco.

Cuatro días después del desmoronamiento de mi carrera, estoy disfrutando de un ritual que me encanta: un viernes por la noche de vino y queso con mi mejor amiga y mi anciana tía. No es algo que hagamos todas las semanas, pero las tres intentamos reunirnos al menos una vez al mes. Siempre espero con ansias estos encuentros, pero esta noche me siento especialmente agradecida de estar en uno de mis lugares favoritos en el mundo: acurrucada en una de las sillas del patio de mi tía, rodeada de las blancas luces navideñas intermitentes que ella mantiene todo el año para agregar lo que llama «un toque resplandeciente» a la hiedra que trepa por la celosía.

Si a eso le sumamos que mi tía vive en una parte de un castillo de verdad, es difícil no sentir que acabo de ser transportada a algún lugar muy mágico.

Si creyera en la magia, claro.

Lo cual, como física, no puedo hacer.

El castillo Paterno está ubicado en Hudson Heights, justo a lo largo del río Hudson en el lado de Nueva Jersey. La casa de Lillian, encantadoramente llamada Cabaña Uno (hay cuatro en total en la parte sur de la finca), está a un trayecto bastante corto en taxi desde mi propio apartamento en el campus de Nova.

—Bueno, aquí vamos —dice Daphne mientras encuentra la aplicación que ha estado buscando en su teléfono. Lo coloca con la pantalla hacia arriba frente a mí—. Cuando estés lista, presiona este botón de grabación y repite palabra por palabra lo que esos idiotas te dijeron.

—Claro, en seguida —murmuro en mi copa de vino—. No puedo esperar a revivir el peor momento de mi vida con detalles dolorosos.

—Bueno, necesito detalles específicos sobre lo que pasó para cuando lance mi hechizo de venganza —explica Daphne con seriedad absoluta.

Levanto una ceja.

—¿Todavía estás en tu fase de bruja?

—Ser bruja no es una fase —explica con paciencia—. Es una llamada.

Lillian asiente solemnemente en acuerdo, lo cual no me sorprende en lo más mínimo. En octubre pasado, salimos a cenar y la anfitriona elogió a mi tía por su disfraz de bruja, a lo que Lillian respondió que una capa negra era solo un disfraz cuando la usaba un niño, pero que en una mujer adulta era una *declaración.*

—Espera, retrocede un segundo —dice Daphne con el ceño fruncido, rebobinando la conversación con los dedos como si estuviera invirtiéndola—. ¿Este fue el peor momento de tu vida?

—Em… Sí —respondo, convencida.

—¿Peor que la ruptura con Dan?

—Por supuesto. —No estoy segura de lo que dice sobre mi historial romántico el hecho que ni siquiera tengo que pensar para responder. Probablemente nada bueno.

Daniel Dixon ha sido mi noviazgo más largo y serio hasta la fecha. Dan es un ingeniero informático amable y brillante que conocí mientras obtenía mi segundo doctorado, y nos sumergimos en una relación fácil, satisfactoria y estable. Es el tipo de chico a quien no le importa cuando tienes que trabajar hasta tarde o que hagas el mismo pollo asado un poco seco todos los domingos; el tipo que siempre te da las gracias cuando le entregas un túper con sobras el lunes, igual que hiciste el lunes pasado y el lunes anterior a ese.

En otras palabras, Daniel y yo teníamos entendido que la pasión ardiente estaba sobrevalorada en comparación con la compatibilidad tranquila. De hecho, éramos tan compatibles que, nuestra última Navidad juntos, fuimos a comprar anillos. No encontramos el adecuado, lo cual fue para bien porque resulta que Daniel no era *el indicado.*

Unos días después, justo antes de Año Nuevo, le ofrecieron un trabajo en la sede corporativa de Google en Mountain View, California.

Un trabajo que aceptó sin decirme una palabra.

Esa parte dolió.

Puede que Daniel no me acelerara el corazón, pero creía que éramos socios. Y los socios no toman decisiones que los lleven al otro lado del país sin avisar a la otra persona.

Para febrero, Daniel se fue de nuestra casa y se despidió con algo increíble: un apretón de manos.

¿Y sabéis qué? Estuvo bien. Yo estuve bien. Pasé el día de san Valentín con Daphne como siempre, sin extrañar a Daniel en lo más mínimo. Comimos un riquísimo helado cubierto con salsa de chocolate, de esos que cuestan como diez dólares la caja pequeña, y nos compramos dos cajas. Después del helado, nos comimos unos bocadillos de langosta, porque, por si no lo sabíais, una mujer adulta y soltera puede comer en el orden que quiera mientras ve *Thor*.

(En general, no soy muy aficionada al cine. Y sin duda no soy fan de los superhéroes. Pero incluso a mí me resultó difícil resistirme a una película en la que Natalie Portman interpreta a una astrofísica).

El caso es que la frialdad con la que Daniel pasó página en nuestra relación me dolió un poco, pero ¿comparado con esto?, ¿con mi carrera entera patas arriba?

No fue nada, y se lo digo a mi tía y a mi mejor amiga cuando mi tía se va a buscar el plato de quesos adentro.

—Es porque ese Daniel no era el adecuado para ti —dice tía Lillian cuando se une de nuevo a nosotras en el patio y coloca una tabla más lujosa de lo habitual en el centro de la mesa.

—¿A qué hora llega todo el vecindario? —pregunto, señalando el plato rebosante.

Ella me da palmaditas en la rodilla mientras se sienta a mi lado y enciende un cigarrillo.

—Solos somos nosotras. Llamo a esto «queso reconfortante». Probar distintos tipos de queso puede ayudar a acelerar las etapas del duelo. Al menos a mí me ayudó cuando perdí a Harold. Por ejemplo —continúa, señalando un queso blando en la esquina—. ¿Todavía estás en la fase de negación? Prueba este rico triple crema.

—No, estoy sin duda en la fase de la ira —digo, aunque tomo un poco del triple crema y lo pongo en una galleta.

—No me extraña. Te alejaron porque brillabas más que ellos. —Mi tía resopla con desdén.

—Bueno, no lo expresaron precisamente así —digo, sonriendo en agradecimiento a Daphne mientras ella vuelve a llenar mi copa con Sauvignon blanco.

—¿Cómo lo expresaron entonces? —pregunta Daphne, intentando de nuevo pulsar con discreción el botón de grabación en su teléfono. Al parecer está muy comprometida con su hechizo de venganza.

—Bueno. —Trago mi queso y galletas—. Estaba en estado de *shock*, así que solo capté los aspectos más destacados, pero la idea general es que mi «obsesión con la popularización de la ciencia», son sus palabras no las mías, no está alineada con los objetivos de la universidad o del departamento.

—No sabía que la popularización de la ciencia existiera —reflexiona Lillian.

—¡No existe! —digo con sentimiento—. Y parecen haber olvidado que fue la universidad la que me instó a aceptar todas esas apariciones en televisión en *Good Morning America*, y fue el jefe del comité de la universidad quien decidió poner esa foto mía presentando *Jeopardy!* en el sitio web del Departamento de Física. Solo para decidir ahora que todo eso «es una distracción de la santidad de la ciencia». —Hago comillas en el aire para indicar mi disgusto.

Daphne emite un siseo furioso.

—Entonces, para traducirlo en términos no estúpidos: eres una maravilla ardiente y no pueden lidiar con estar bajo tu sombra.

Lillian asiente y señala a Daphne con su cigarrillo.

—Exacto. —Luego frunce el ceño hacia su vaso vacío—. ¿Podría una de vosotras ser tan amable de traerme una botella fresca de jerez? Esta parece haberse evaporado.

—Ya voy yo —dice Daphne, poniéndose de pie—. Miranda, ¿necesitas algo?

—¿La titularidad? —pido con esperanza.

—Más vino, enseguida —dice con una sonrisa pícara antes de dirigirse hacia la casa de Lillian a través del patio.

Aunque hace fresco para ser abril, a las tres nos gusta más hacer nuestras reuniones de los viernes al aire libre siempre que podemos. Como el sol se está poniendo, saco la manta de mi tía del respaldo de su silla y arropo sus piernas.

Mientras estoy inclinada sobre ella, mi tía me sostiene las mejillas, presionando con dulzura sus anillos gruesos y variados contra mi rostro.

—Lo siento, cariño —dice, con expresión apenada—. Saber que sus motivos son patéticos no hace que sea más fácil.

—Está bien —digo, aunque está lejos de estarlo—. Estar aquí ayuda. Siempre me siento… en paz en este lugar.

Ella hace un gesto hacia su pequeño jardín.

—Son las haditas. Mantienen alejados los pulgones de mis rosales y esparcen buena energía.

—¿Las haditas visten de rojo? —pregunto, dando un sorbo a mi vino.

—Algunas sí —dice Lillian con total seriedad.

—No son haditas. Son *Coccinellidae*.

—Cariño, llámalas mariquitas, por favor —interviene Daphne, al regresar con una botella de jerez en una mano y una botella de vino blanco en la otra.

Ella se ha vuelto a aplicar su característico pintalabios naranja rojizo, aunque, como siempre, se le ve un poco corrido de un modo imperfectamente perfecto. Ese es el estilo de Daphne: su cabello rubio oscuro siempre está un poco alborotado, su flequillo siempre es demasiado largo. Su estilo es una mezcla cautivadora. Es una mezcla de chica francesa, elegante y chic, y una surfista de playa relajada y una bruja traviesa, todo envuelto en un solo paquete alto y delgado. Parece capaz de robarle el corazón a tu hombre, convertirse en tu mejor amiga y lanzar un hechizo, todo en el mismo día.

Por supuesto, Daphne nunca le robaría el hombre a nadie.

Pero ¿la parte de convertirse en tu mejor amiga? Esa es absolutamente cierta.

Y quizás también la parte de que es un poco bruja.

Lillian nos llama a Daphne y a mí «la extraña pareja», y es un título adecuado. En comparación, yo soy más baja, más tranquila, llevo casi siempre jerséis negros y ajustados de cuello, y tengo un único estilo marcado, una faceta de mi personalidad:

Intelectual.

Nadie mira a la doctora Miranda Reed y piensa: «¡Guau, qué mujer multifacética y qué aire de misterio!»

Piensan más bien: «Es alguien que podría ayudar a mi hija con sus deberes de matemáticas».

No me malinterpretes, me encanta ser científica. Amo la ciencia. Pero confieso que hay momentos en los que envidio lo bien

equilibrada que parece Daphne. Y hay días en los que estoy frente a un aula explicando el hecho indiscutible de que un día, dentro de miles de millones de años, nuestro sol morirá y nuestro sistema solar dejará de existir, y me pregunto si me estoy perdiendo algo. O peor aún, me pregunto si les estoy haciendo un flaco favor a mis estudiantes al reducir nuestro increíble universo a un montón de hechos.

Tal vez por eso estoy «obsesionada con la popularización de la ciencia», como cree el comité de la universidad. Quizás sea mi intento de infundirle algún significado a todo esto, incluso aunque todavía esté luchando por entender yo misma ese significado.

—¡Cochinillas de san Antón! —dice Lillian, al parecer aún está pensando en sus hadas de jardín rojas mientras chasquea sus dedos nudosos al recordar algo—. Así es como él las llamaba.

—¿Así es como quién llamaba qué? —pregunta Daphne, porque los hilos de la conversación de mi tía pueden ser difíciles de seguir incluso antes de que empiece con su jerez.

—Mi querido Harold. Él era de Inglaterra, y siempre llamaba a las mariquitas *cochinillas*.[1]

—¿Ves? —gesticulo hacia mi tía mientras me vuelvo hacia Daphne con aire triunfal—. Esta es una de las razones por las que uso el nombre científico.

Daphne apoya su mentón en la mano y me mira.

—Y es posible que también sea una de las razones por las que sigues soltera, cariño.

Lillian suelta un pequeño resoplido, y les lanzo a ambas una mirada de reproche en broma.

—Bueno, perdón —dice Daphne—. Volviendo al tema…

—¿Qué tema? —pregunto—. ¿El queso?

—Eso —dice Lillian— y decidir cuáles son nuestros próximos pasos.

Sonrío ante su elección de la palabra «nuestros». Siendo racional, sé que mi tía, que no tiene mucho interés en la ciencia, no puede hacer mucho para ayudarme a navegar por esta peligrosa encrucijada profesional, pero es precisamente porque está tan alejada del mundo académico que su apoyo significa tanto para mí.

Decir que Lillian es la oveja negra de la familia Reed sería como decir que el sol es caliente. Es la hermana mayor de mi padre y se autoproclama la oveja negra. Aún no estoy del todo segura de saber la historia completa de su vida, pero la versión que le gusta contar es que escapó de las «ataduras bostonianas» de su familia para visitar Manhattan cuando tenía veintitantos años. Allí conoció a un neoyorquino adinerado, su «querido Harold», y se casó con él en menos de una semana.

Él falleció de pronto justo antes de que yo naciera, pero la libre Lillian optó por quedarse aquí, en su chalet, en lugar de regresar con los estrictos Reed a Nueva Inglaterra.

—Sí, ¿qué pasará ahora? —pregunta Daphne—. ¿O es demasiado pronto para abordarlo?

—La verdad, no tengo muchas opciones —digo, encogiéndome de hombros.

—¿No puedes pelear por el puesto? ¿No hay proceso de apelación? —pregunta Daphne.

—Técnicamente, lo hay. Pero tiene fama de ser solo de cara a la galería. Nunca cambian de opinión. Y si me rechazaran por segunda

vez… —Hago un gesto con una galleta hacia la tabla de quesos—. Necesitaría mucho más queso.

—Entonces, estás… —Lillian y Daphne intercambian una mirada preocupada, ninguna quiere decirlo.

—¿Despedida? —digo—. No. Es más como… que me han negado un ascenso. Simplemente vuelves al trabajo que tenías. Solo que, en mi mundo, la diferencia es que la decisión es definitiva. Una vez que pierdes la posibilidad de tener una plaza titular, no hay otras. Aún puedo ser profesora en la Universidad Nova; todavía me quieren como profesora en Nova. Solo que sin la seguridad laboral ni el prestigio.

—Vaya disparate —declara Lillian.

—Estoy de acuerdo. ¿No puedes conseguir titularidad en otra universidad?

—Técnicamente, sí —digo con vacilación—. Pero, en realidad, ninguna universidad en la que quisiera trabajar me consideraría para la titularidad una vez que se sepa que he sido rechazada.

—Quizás tus padres podrían…

—No, no —interrumpe Lillian, levantando una mano cuando ve que respiro profundamente—. No le pediremos favores al lado pedante y erudito de la familia.

No me siento capaz de decirle a mi tía que, aun si quisiera pedirles un favor, no sería posible. Mis padres y hermanos han estado dolorosamente callados desde que les mandé un mensaje con la noticia hace cuatro días. No esperaba que vinieran corriendo a la ciudad para hacerme galletas ni nada por el estilo; no somos ese tipo de familia. No somos de mostrar afecto; enfrentamos los hechos y seguimos adelante.

Como prueba de ello: el año pasado, para mi cumpleaños, me regalaron un irrigador bucal entre todos porque cometí el error de confesar que había tenido mi primera caries.

Somos ese tipo de familia.

Aun así, pensé que recibiría algo. Un simple «lo siento» habría sido suficiente.

Pero en su defensa debo decir que esto es completamente nuevo para nosotros, los Reed; en especial para mí. Desde tercero de primaria, cuando mi maestra sugirió saltarme un año, no he sido solo parte de la exitosa familia Reed: he sido la estrella. La única chica, la más joven, la más lista…

Daphne extiende la mano y toma la mía.

—¿Estás bien?

«No». Fuerzo una sonrisa.

—Sí. Y, bueno, hay una buena noticia que sale de todo esto: mi mentora ha logrado que me den un año sabático si quiero.

—¿Y tú quieres? —pregunta Daphne—. Un año sabático sería genial, ¿no?

Asiento porque estoy bastante segura de que el año sabático ha sido menos por mi propio bien y más porque el departamento quiere sacarme del foco de atención por un tiempo.

—Yo digo que lo hagas. Toma el año libre —dice Lillian, golpeando su cigarrillo—. Y hazlo a lo grande, cariño. Viaja. Toma clases de baile. Hazte reflejos. ¿Necesitas dinero? Tengo mucho.

—No, estoy bien económicamente —la tranquilizo.

No soy rica. Pero estoy bien. Cómoda. He tenido vivienda asequible en el campus durante varios años, lo que ha ayudado a

mantener los gastos controlados, además del dinero extra que he ganado aquí y allá por apariciones en televisión y conferencias.

—Entonces, ¿cuál es la duda?

—No sé… —Hago una pausa—. La verdad, no sé qué haría con un año sabático, incluso si es solo durante el año académico de nueve meses. No tendría a quién enseñar. Nada que estudiar. Ni acceso a los laboratorios.

—*Comer, rezar, amar* —dice Daphne, golpeando la mesa con entusiasmo—. Eso es lo que harías.

—Bueno, sí. Podría hacer esas cosas…

—No, no. No hablo de los verbos, hablo del espíritu. Ya sabes. *Comer, rezar, amar*.

Inclino la cabeza confundida por la referencia.

—¿El libro sobre la mujer que va a Italia y a otros lugares para encontrarse a sí misma?

—Exacto —dice entusiasmada tía Lillian mientras muerde un trozo de Gouda—. Me encantó la película.

—Seguro que es genial —digo—, pero la idea de viajar durante un año realmente no me atrae.

—No se trata del viaje, se trata del recorrido emocional —declara Daphne—. Se trata de luchar cuando tu vida se va al carajo e inventar una nueva vida, con nuevas reglas.

—Mi vida no se ha ido al carajo —frunzo el ceño, tomando un trozo muy grande de queso triple crema.

Lillian señala mi mano.

—Observa que has agarrado el queso de la negación al decir eso.

—Bueno, entonces ¿cuál es el queso de la aceptación? —pregunto con paciencia—. Pasemos a ese.

—No puedes *forzar* la aceptación, más bien debes… dejarte llevar hacia ella —dice Daphne.

Resoplo.

—Nunca me he dejado llevar en mi vida.

—Tal vez ese sea el problema, querida —dice mi tía Lillian, limpiándose un poco de mermelada de higo de la barbilla—. Siempre has hecho las cosas de manera concreta, has pensado las cosas de manera concreta, has experimentado las cosas de manera concreta.

—Está bien, tienes razón —admito despacio, ya que refleja mis propios pensamientos recientes de sentir que me falta una pieza vital de mí misma, una parte crucial de la experiencia humana—. Pero no creo que devorar espaguetis vaya a solucionarlo.

—Nunca subestimes el poder de los carbohidratos —dice Daphne —. Pero, en realidad, no es eso lo que tenía en mente. ¿Puedo mostrarte algo?

Para mi sorpresa, no es una pregunta retórica. Se sienta y espera paciente mi respuesta, lo cual es un poco inusual para Daphne. Esto me indica que, sea cual sea la idea que tiene, se la toma en serio. Y eso me tiene intrigada a regañadientes, así que asiento.

—De acuerdo —dice Daphne, levantando su teléfono—. ¿Recuerdas cómo lo único que quería para mi cumpleaños hace unos años fue tu fecha y hora de nacimiento para poder leer tu carta astral? ¿Que quería practicar?

Me las arreglo para contener la tentación de poner los ojos en blanco.

—Lo recuerdo.

Esa fue la época en que Daphne estaba en su apogeo con la astrología, antes de pasar a su fase de cristales (la fase de bruja es

bastante nueva).

—Bien, ¿todavía recuerdas tu signo solar, tu signo lunar y tu signo ascendente?

—¿Se supone que debo saber qué significa eso? —pregunto con cautela.

—Llegaremos a los Tres Grandes más tarde —dice Daphne emocionada—. Por ahora, lee esto. Solo la primera frase.

Ella me pasa su teléfono y lo tomo para leer en voz alta y que la tía Lillian pueda escuchar.

—«Hoy recibirás una sorpresa dramática, del tipo que destruirá algo que pensabas que querías y te lanzará, tal vez descontroladamente, en una nueva dirección».

Levanto la vista.

—¿Qué es esto?

—Zona Zodiacal.

Sacudo la cabeza, sin entender.

—Es una aplicación de horóscopos. Acabas de leer el tuyo —dice Daphne despacio—. Del lunes.

Vuelvo a mirar su teléfono.

—El día…

—El día en que una sorpresa dramática te quitó algo que pensabas que querías —dice Lillian con calma.

Frunzo el ceño.

—No pensaba que lo quería. Quiero la titularidad. Todavía la quiero.

Mi tía y mejor amiga intercambian una mirada que no me gusta en absoluto, principalmente porque no tengo idea de lo que significa, y odio las cosas que no puedo entender.

—Espera, una más —dice Daphne, tomando de nuevo su teléfono; pasa el dedo por la pantalla antes de devolvérmelo—. Ahora lee esta frase.

Suspiro, pero, una vez más, leo en voz alta.

—«La alineación celestial sugiere un cambio dramático y sorprendente en tu esfera amorosa. Acepta el cambio con gracia y confianza, y confía en que esta persona estaba destinada a salir de tu vida».

—Eso es del día en que Daniel te dijo que había aceptado el trabajo en Google —dice Daphne.

—Vaya —digo despacio—. Entiendo. Una coincidencia divertida. Pero no pretenderás que todos los Virgo fueran despedidos o abandonados esos días en concreto, ¿no? Quienquiera que escriba esas cosas está destinado a tener suerte de vez en cuando. Se llama estadística, no destino.

Mi tía entrecierra los ojos hacia la tabla de quesos y luego corta un trozo generoso de algo azul con aspecto extraño.

—¿Qué es esto? —pregunto, olfateándolo.

—Stilton. El queso de la negociación.

Frunzo el ceño.

—¿Qué se supone que estoy negociando?

Mi tía solo sonríe y da una calada larga a su cigarrillo.

Daphne me ofrece una sonrisa tranquilizadora.

—Solo sugiero que tal vez podrías aprovechar este año sabático para explorar un campo de estudio totalmente nuevo.

—Astrología… —digo, incapaz de evitar el tono de escepticismo burlón en mi voz—. ¿Quieres que me tome un año libre para leer mi horóscopo y… qué más?

—No solo para leer tu horóscopo —responde Daphne, casi brincando de emoción—. Para vivir según sus indicaciones. Si te dice que vayas a bailar, vas a bailar. Si te dice que coquetees con un desconocido atractivo, le compras un café al tipo guapo de Starbucks. Cosas así.

Devuelvo el teléfono de Daphne, sin querer admitir que me siento un poco inquieta por la precisión de los horóscopos.

—Pero ¿cuál sería mi hipótesis? —digo, mirándolas a las dos—. Aunque fuera con una hipótesis nula, no hay datos empíricos con los que trabajar. La naturaleza misma de la astrología es subjetiva. Entonces, ¿qué sentido tiene?

—Creo que el sentido, querida mía. —La tía Lillian me acaricia la mano con cariño—, es que la vida no está hecha para ser sometida a hipótesis.

Frunzo el ceño, eso no me gusta nada.

—Entonces, ¿para qué está hecha la vida?

La tía Lillian sonríe.

—Para vivirla.

1 N. del T. juego de palabras del inglés: Ladybug Ladybird.



AGOSTO

A pesar del discurso inspirador de mi tía, no tenía intención de sumarme a la tontería de Daphne de «seguir mi horóscopo durante un año», aunque al final decidí tomarme el año sabático, pero con una condición: me tomaría libre el año académico estándar, pero solo después de terminar los cursos de verano a los que me había comprometido. Los estudiantes ya habían llenado el cupo para esos cursos mucho antes de que me rechazaran la titularidad y no quería castigarlos por mi fracaso.

Así que hoy, dos meses después de comenzar las clases de verano, empiezo de la misma manera en que he empezado cada día laboral: esperando en la fila por mi café con leche y vainilla entre clases.

¿Qué pasará en un futuro cercano?

Tendré mucho tiempo libre.

¿Mientras tanto?

Leo mi horóscopo mientras espero mi café.

No porque vaya a cambiarlo por un viaje espiritual de un año ni nada por el estilo.

Aunque, cuatro meses después de mi conversación con Lillian y Daphne, me encuentre abriendo la aplicación Zona Zodiacal que sugirió Daphne. Por simple curiosidad, y únicamente por curiosidad, que quede claro.

Debo admitirlo: cuantas más veces lo leo, más lo entiendo. No lo creo, pero encuentro cierto consuelo en sentir que hay algunas cosas planeadas para el día que están por completo fuera de mi control. Y que todo lo que tengo que hacer es seguir algunas instrucciones sobre cómo sortearlo.

Gracias a Daphne y a Google, he aprendido que la manera correcta de leer el horóscopo es mirando tu signo ascendente, también conocido como ascendente a secas. Es la constelación que estaba ascendiendo en el horizonte oriental en el momento exacto de tu nacimiento. El mío es Géminis.

Si me permitís ponerme mi atuendo de científica por un momento, os diré que todo esto me parece una patraña porque está demasiado centrado en la Tierra. ¿Hay un universo enorme ahí afuera, pero los astrólogos quieren hacernos creer que nuestro destino y personalidad están determinados por lo que estaba sucediendo en el horizonte oriental en un solo planeta en el momento en que nacimos?

Aun así, desde entonces he aprendido que las predicciones del horóscopo que Daphne me hizo leer esa noche en casa de Lillian eran, de hecho, las de mi signo ascendente. Y fue más preciso de lo que me gusta admitir.

Aterradoramente preciso.

Incluso para mí misma.

Porque esta es la cuestión conmigo y la astrología: como científica, no solo me han entrenado para pensar que tales cosas son tonterías, sino que lo he predicado. Empiezo el primer día de cada semestre en todas mis clases con una invitación a cualquier pregunta. Me aseguro de aclarar que ninguna es demasiado absurda o descabellada. Y, como resultado, nunca he tenido un solo curso introductorio de astronomía o cosmos en el que alguien no haya reunido el coraje para preguntar, generalmente con esperanza, si la astrología es real.

A lo que he respondido sin dudarlo: «No. Por supuesto que no».

Intento suavizar el golpe para el estudiante esperanzado lo mejor que puedo, explicando que hace miles de años la astrología tenía sentido. Los primeros humanos intentaban dar sentido al mundo que los rodeaba basándose en lo que podían ver y observar: las constelaciones y los planetas en nuestro propio sistema solar.

Pero ahora sabemos mucho más. Sabemos que nuestro sistema solar es uno entre miles en una galaxia que es una entre cientos de miles de millones de galaxias. Y eso es solo en el universo observable.

Entonces, ¿hay una parte de mí que cree que la ubicación de las constelaciones y planetas en el día y hora de mi nacimiento afectan de alguna manera los eventos de mi vida?

Simplemente no puedo creer eso. *No puedo.*

Pero a veces… A veces quiero creerlo. Y quiero ser como Daphne, que no solo cree en la astrología, sino en todas esas cosas: numerología, proyección astral, el poder de los cristales…

Y si os preguntáis cómo alguien que cree en los vórtices espirituales se convirtió en la mejor amiga de alguien que lee el

Diario de Física Aplicada… Pues yo también me lo pregunto.

Sin embargo, según Daphne, nuestro encuentro fue parte del plan maestro del universo. Teníamos veinte años cuando nos conocimos. Yo estaba cursando mi primer doctorado, y Daphne estaba pagándose la escuela de diseño trabajando como camarera en mi cafetería favorita, donde solía estudiar. En algún momento entre ella pasándome porciones gratis de tarta de manzana que sabía que no podía resistir y yo dando mi opinión sobre su último proyecto, simplemente sentimos que estábamos destinadas la una para la otra, de una manera fraternal. Como si cada una de nosotras existiera para llenar un vacío en la vida de la otra.

Debido a que me había saltado un par de cursos en la escuela y había comenzado mi carrera universitaria a los dieciséis años en lugar de a los habituales dieciocho, siempre fui más joven que mis compañeros de clase y, por lo tanto, no tenía amistades sólidas y duraderas. Por otro lado, la amiga más cercana de Daphne desde la infancia se había mudado a Seattle y, según ella, extrañaba tener «un ser querido cerca para entrometerse en su vida».

Así que comenzó a entrometerse en la mía. Y, aunque esto ha significado que ahora sé mucho más sobre números angelicales y tarot de lo que jamás creí posible, no lo cambiaría por nada del mundo.

Y aquí estoy, consultando mi horóscopo.

Solo por diversión.

En asuntos del corazón, mantén tus sentidos alerta hoy, querida Géminis. Un encuentro casual con un desconocido encantador podría llevar a un encuentro romántico más allá de tus sueños

más alocados. Esta persona puede parecer un caballero de armadura brillante, listo para salvar el día, incluso mientras empuja tu vida en una nueva dirección.

—Fantástico —murmuro, y guardo mi teléfono de nuevo en mi bolso—. Me aseguraré de reservar un lugar para la boda de inmediato.

—Buenos días, doctora Reed —dice Eric, el sonriente camarero cuyo turno siempre coincide con mi horario—. ¿Lo de siempre?

—Por favor —respondo mientras pago con mi aplicación de Starbucks y agrego una propina.

Eric mira por encima del hombro hacia sus colegas, luego se inclina hacia adelante.

—¿Qué tal un pastelito? De regalo.

Parpadeo.

—Oh. Bueno. Gracias. ¿Parezco deprimida o algo así?

Él sonríe.

—*Nah*. Solo me apetecía ofrecerle uno.

—Bueno, gracias. La verdad es que me apetece aceptarlo.

Estoy tomando el dulce gratuito cuando se me ocurre algo.

—Oye, ¿llamarías a esto una situación de «caballero de armadura brillante»?

Él inclina la cabeza.

—¿Cómo dice?

—Nada, olvídalo. —Sacudo la cabeza.

Eric es atractivo, de una manera tierna, pero es demasiado joven para mí. Y además no es un desconocido.

Lo siento, horóscopo. Lo he intentado.

Un par de minutos después, salgo de Starbucks con mi café en la mano. Ha comenzado a llover, lo cual no había previsto. No tengo paraguas ni capucha, pero tengo buena suerte con los cruces peatonales y logro cruzar Lafayette sin tener que quedarme bajo la lluvia. Y, al acercarme a Broadway, el semáforo vuelve a estar a mi favor.

Justo estoy pisando el paso de peatones cuando escucho el estruendo de un claxon demasiado cerca y, cuando giro la cabeza, veo un taxi avanzando a toda velocidad sin frenar con el semáforo en rojo. Se dirige hacia mí más rápido de lo que puedo moverme, pero, en el mismo segundo en que me doy cuenta de que está a punto de atropellarme, alguien me tira hacia atrás con tanta fuerza que mi café se derrama en el suelo.

—¡Eh! ¡Será imbécil! —grita un peatón.

Me gustaría darle la razón, pero mi corazón late demasiado fuerte por lo que podría haber sido una catástrofe.

—¿Estás bien? —pregunta una voz masculina detrás de mí.

Giro hacia la voz y me doy cuenta de dos cosas al mismo tiempo: él debe haber sido quien me ha apartado del peligro, y es… perfecto.

Siempre he dicho que no tengo predilección por ningún tipo de hombre en concreto, pero estaba terriblemente equivocada al respecto, o tal vez solo tenía que ver a mi tipo para reconocerlo.

¿Sabéis esa sensación extraña que se siente cuando alguien parece hecho a tu medida? ¿Como si el otro hubiera sido creado para cumplir con todos tus requisitos?

Pues eso es él.

Alto sin ser imponente, fuerte sin ser musculoso. Sus ojos azules son amables, su rostro es atractivo aunque no del todo simétrico. Su

cabello no es rubio, pero tampoco es castaño. Su sonrisa es perfecta, torcida y un poco tímida.

Y, tal vez sea solo una ilusión, pero juraría que me está mirando con esa misma mirada aturdida de «eres tú» que yo siento en este momento.

Solo por seguridad, echo un vistazo furtivo a su dedo izquierdo, y mi corazón salta al verlo sin anillo.

Cuando mis ojos vuelven a su rostro, su mirada toma un momento para volver a encontrarse con la mía, y de alguna manera sé que él también ha hecho el mismo análisis de mi mano izquierda.

—¿Estás bien? —pregunta de nuevo, inclinándose un poco para que nuestros ojos estén más a la misma altura, como si necesitara asegurarse.

—¡Sí! Sí. Bien. Muy bien. Sí.

Qué elocuente, Miranda.

Nunca he sido hábil para coquetear, pero por lo general puedo mantener una conversación y producir frases más largas que dos palabras.

—Gracias —digo, tratando de sonar más normal—. Por… bueno, por razones obvias. —Hago un gesto hacia la intersección.

Él sacude la cabeza, disgustado.

—Es un milagro que nadie haya resultado herido. Podría haber matado a alguien.

—Por suerte, la única víctima ha sido un café con leche de avena y tres dosis de vainilla —digo mientras me agacho para recoger mi vaso ahora vacío antes de tirarlo en una papelera cercana.

—Pues… —vacila—. ¿Puedo invitarte otro?

Mi corazón salta de alegría, pero luego se hunde cuando me doy cuenta de que no tengo tiempo para otra visita a Starbucks.

—Me encantaría, pero tengo una clase que empieza en un par de minutos y ya llego tarde.

—Ah, ¿eres estudiante de posgrado?

—Profesora. Física. Astronomía, específicamente —respondo.

—Oh. No puedo creerlo. —Él suelta una risa sorprendida—. Mi hija está obsesionada con todo lo relacionado con el cielo nocturno.

Hija.

Vaya.

Quiero decir… No es que no me gusten los niños, pero una hija obviamente tiene una madre, lo que significa…

Sonrío, tratando de mantener la decepción fuera de mi rostro.

—No creo que des clases particulares, ¿verdad? —pregunta él con una sonrisa—. Mi ex se moriría de rabia si supiera que he encontrado una profesora de astronomía para Kylee antes que ella.

La devastación da un giro repentino hacia la alegría.

—No de momento —admito—. Pero siempre he querido hacerlo.

Esto es una mentira flagrante: nunca en mi vida he pensado en dar clases particulares. Pero, en cuanto a mentiras, esta no me va a quitar el sueño, porque tampoco me opongo a la idea de dar clases particulares.

—Increíble —dice él, y extrae una tarjeta de su traje—. Aquí tienes mi tarjeta. Si no estás siendo solo educada porque te he salvado heroicamente de una muerte horrible, envíame un mensaje. Un *e-mail*. Llámame.

Acepto la tarjeta, por supuesto. Christian Hughes.

—Director financiero de OmniLogic Solutions —leo en voz alta. El nombre de la empresa me suena familiar, hacen chips de computadora, o algo así—. Impresionante.

—¿Lo suficiente para que me digas tu nombre? —pregunta él con esperanza. Encantador.

—Soy la doctora Miranda Reed —digo, extendiendo la mano.

Su palma se cierra sobre la mía; cálida, fuerte y perfecta.

—Ha sido un placer conocerte, Miranda. Me encantaría repetirlo. Sin la parte en la que casi hay una muerte, claro.

—A mí también me gustaría.

Él sonríe y guiña un ojo.

—Entonces hablaremos pronto. Espero.

Lo observo durante un momento demasiado largo después de que se aleje, antes de darme cuenta de la hora. Corro el resto del camino hasta el edificio del Departamento de Física, pero aun así, llego tarde a clase por primera vez en años.

Y, por primera vez, mi corazón no está puesto en la lección.

He pasado toda mi vida obedeciendo a ciegas las leyes de la física, las reglas de la naturaleza, las prescripciones estrictas del estudio científico.

Y, sin embargo, hoy descubro que mi atención no está en la ciencia en absoluto, sino en la predicción de mi horóscopo sobre un desconocido encantador.

Un caballero de brillante armadura que me salva el día.

Y me lleva en una nueva dirección.

Por fin he descubierto hacia dónde irá esa nueva dirección.

Las clases de verano están a punto de terminar, y luego será el momento de romper todas las reglas. De reinventarme.

De convertirme en alguien distinto a la doctora Miranda Reed, la científica.

Seguiré el consejo de Daphne y me dispondré a *Comer, rezar, amar* a través de la astrología.

Le haré caso a la sugerencia de mi tía.

Viviré.



SEPTIEMBRE

—¿Me prometes que no te vas por mi culpa? —le pregunto a mi tía —. Porque Daphne conoce a alguien que quiere subalquilar su estudio en el Lower East Side. No quiero que te vayas de tu casa por mi culpa.

Lillian se aplica una pasada de pintalabios de un rosa muy brillante y luego me da unas palmaditas en la mejilla.

—Cariño, te quiero más que a nada en este mundo, y eso incluye a ese querido bicho empollón al que tú llamas padre y yo hermano. Pero ni eso basta para hacer que me quede por aquí cuando el clima empieza a cambiar. Me iría a Palm Beach aunque no necesitaras un lugar donde quedarte.

Y la verdad es que *necesito* un lugar donde quedarme.

La universidad me ha permitido seguir alquilando mi apartamento en el campus durante el verano, pero, como no daré clases durante este curso, tengo que mudarme.

Aunque tampoco hubiese querido quedarme en el campus. Dejé de sentir que pertenecía allí en el momento en que supe la decisión del comité universitario. De repente, todo en lo que me había centrado se volvió irrelevante.

Cuando Lillian se enteró, insistió en que me mudara a su casa, ya que coincidía con su migración anual a Florida y, si yo no iba, estaría vacío.

—Y además —me da otra palmadita en la mejilla antes de revisar su pintalabios en el espejo del vestíbulo—, me gusta saber que hay alguien aquí para cuidar las plantas. —Lillian levanta una ceja y encuentra mi mirada en el reflejo—. Te encargarás de las plantas, ¿no? Y de las hadas.

No sé si está bromeando sobre las hadas o no. Lo dudo, así que asiento, haciendo equilibrios con la pila de papeles donde ha escrito instrucciones sobre el cuidado de las plantas con su caligrafía inclinada y redondeada.

—He visto trabajos académicos menos detallados —comento mientras hojeo los papeles—. Es imposible equivocarse.

—Perfecto. Y no te olvides de las plantas del tejado. Son mis favoritas.

Frunzo el ceño.

—Entonces, ¿por qué las pusiste en el tejado? Ni siquiera sabía que subías al tejado.

Ella se acicala el pelo y me lanza una sonrisa enigmática que me hace pensar que, incluso si me lo contara, no lo entendería. Imagino que será algo relacionado con hadas o duendes.

—Ojalá no tuvieras que irte tan pronto. Hubiera sido agradable ser compañeras de piso por un tiempo.

—Lo siento, cariño. Las grandes damas viven solas, y nunca donde hace frío.

No sé nada de grandes damas, pero sí sé de estaciones.

—Ni siquiera es otoño todavía.

—Cierto. Pero Judith se enfurecerá si mañana no soy testigo de la extravagante fiesta de su ochenta cumpleaños. Es en un barco, lo cual parece un error teniendo en cuenta que habrá un montón de ancianos, así que no puedo perdérmelo. —Se vuelve hacia mí—. Aunque confieso que me gustaría ver cómo es la Miranda salvaje. Quiero actualizaciones diarias.

—No sé si seré una Miranda salvaje. Todavía no he empezado el Proyecto Horóscopo, pero hasta ahora lo más loco que ha sugerido es que pruebe una nueva comida.

El Proyecto Horóscopo es como llamo a mi compromiso de vivir durante un año como astróloga en lugar de como científica. Darle nombre al proyecto hizo que pareciera más real. Y optar por llamarlo con un término más genérico, como *proyecto*, en lugar de *hipótesis* o *experimento*, fue un satisfactorio acto de rebeldía contra el mundo académico que me había traicionado.

Mi tía me observa.

—¿Ya has llamado a ese chico?

—Tenía treinta y tantos, Lillian. Y una hija.

Ella mueve un dedo.

—No intentes distraerme porque estás siendo una cobarde.

—Estoy… esperando el momento adecuado. He tenido que corregir exámenes finales y trabajos, me he mudado, he estado… —Me quedo pensando.

—¿Inventando excusas? Han pasado casi dos semanas desde que me llamaste con voz acaramelada después de casi quedar aplastada contra el pavimento.

—Qué «bonito» —digo—. No sabía que fueras tan poeta. Ya lo llamaré. Cuando mi horóscopo diga que debo hacerlo.

—No, nada de eso. —Ella niega con la cabeza—. No vas a usar la astrología de la misma manera que usabas la ciencia.

—¡¿Qué se supone que significa eso?!

—Significa que no quiero verte cambiar un conjunto de reglas por otro, todo para mantenerte a salvo y ordenada. Te estarías perdiendo la gracia.

—¿Cuál es? —pregunto, curiosa por su opinión.

En lugar de responder la pregunta, ella adopta una expresión ligeramente melancólica.

—¿Recuerdas los veranos cuando eras niña? Tenía esa casa tan grande que alquilaba en el valle de Hudson, y tú y tus hermanos veníais a quedaros conmigo durante un par de meses.

—Claro, por supuesto que me acuerdo. ¡Qué días aquellos! Me encantaban.

—Lo que te encantaban eran las noches —corrige—. Pasabas cada noche despejada tumbada en la hierba, mirando al cielo. Eso te encantaba.

—Bueno, claro. He querido ser astrónoma desde que tenía nueve años.

Ella niega con la cabeza.

—No. Esa es la versión de Wikipedia de la historia de la doctora Miranda Reed. Y es la historia que te has contado a ti misma, sin duda alimentada sutilmente por tus padres desde que empezaron a mandarte al campamento de ciencias en verano en lugar de a mi casa.

—Oh, Lillian. —Estiro la mano hacia ella—. Lo siento. Nunca me di cuenta de que debiste sentirte…

—Déjate de tonterías. —Ella aparta el tema con impaciencia—. No tiene nada que ver conmigo; tuve un amante bastante viril el primer verano que dejaste de venir a visitarme. Esto va de ti, cariño. No lo recuerdas, o no quieres recordarlo, pero no fue hasta los doce años que declaraste que querías ser astrónoma. Lo recuerdo porque ayudé a comprar ese telescopio tan caro que querías para tu cumpleaños.

Frunzo el ceño.

—No lo entiendo. Si estaba obsesionada con el cielo nocturno antes de eso…

—Estabas obsesionada, pero no con el fondo de microondas cosmético y la materia oscura.

—*Cósmico* —corrijo—. Fondo de microondas cósmico.

Ella suspira con dramatismo, pero se niega a distraerse de su argumento.

—No olvides quién eras antes de decidir que querías agregar todos esos doctorados elegantes a tu nombre.

—¿Quién era? —pregunto con curiosidad genuina, mientras Lillian se dirige hacia la puerta principal.

—Una niña que creía que las estrellas eran mágicas, que la luna guardaba secretos y que el universo tenía un plan para ella. Y no —añade, dándome una mirada significativa por encima del hombro—, ese plan no era ser titular de una cátedra. Querías ser una estrella de *rock*.

Unas horas después de la partida de Lillian, llegan los de la mudanza con mis cajas. Por suerte, en cuanto a mudanzas se refiere, esta no es demasiado abrumadora.

Dado que la Cabaña Uno ya está amueblada, la mayoría de mis muebles los he hecho colocar en un trastero justo al final de la calle; igual que todas mis cosas de cocina, ya que Lillian también tiene todo eso. Sugirió de modo generoso que podría sacar sus cosas mientras estuviera aquí, para que me sintiera como en casa. Pero me di cuenta de que ni siquiera estoy segura de cómo sería mi propia casa. O más bien, sí lo sé. Sería muy parecida al pequeño apartamento triste de un dormitorio en el campus en el que he vivido durante seis años y en el que, a pesar de ello, no he logrado dejar huella de ningún tipo.

Siempre quise hacer el esfuerzo de echar raíces: contratar a un decorador o al menos buscar inspiración en Pinterest para hacer algo yo misma. Demonios, incluso una imagen genérica enmarcada en la pared habría ayudado un poco. En cambio, el pobre espacio había sido una casa, pero nunca un hogar. Sabías que *alguien* vivía allí: había un sofá, una mesita de café, mesa de cocina, sillas, cama… Pero ¿detalles sobre la persona? Los muebles eran neutros, las paredes estaban desnudas. Incluso las pilas de libros, que estaban por todas partes, habían sido colocadas con cuidado en rincones, en vez de exhibirlas siquiera sobre la mesita de café con orgullo o entusiasmo.

Esa había sido la parte más difícil y satisfactoria del proceso de mudanza: apilar mis cientos de libros académicos y papeles en cajas, sellarlas con cinta adhesiva y luego desterrarlo todo al trastero junto con mis muebles aburridos.

Desde un punto de vista práctico, fue necesario porque tanto la casa de Lillian como su estilo personal son básicamente lo opuesto a mí. A Lillian le gusta llamarse a sí misma maximalista, lo cual es un eufemismo para decir que es casi una acumuladora. Cada rincón tiene una lámpara extravagante, una estatua curiosa o una planta de interior muy querida. Cada estante está lleno de figuritas de gnomos, bolas de nieve o pequeños recuerdos que ha recopilado de viajes y amigos a lo largo de los años.

Y, aunque no hay espacio físico para mis libros, me di cuenta de que tampoco quería hacerles espacio en mi mente. O tal vez sí quería hacerlo, y eso hizo que fuera aún más necesario ponerlos fuera de mi alcance. Si quería descubrir a una nueva Miranda —una Miranda que fuera más que hechos e intelecto—, necesitaba hacer espacio para un nuevo tipo de conocimiento. El mundo académico había sido mi refugio; mis libros, mi manta de seguridad. Así que los aparté de mí hasta que terminara el Proyecto Horóscopo.

Y hablando de eso…

Voy a la puerta principal, donde Lillian ha dejado los paquetes que me llegaron ayer. Supongo que, después de todo, tendré que hacer espacio para algunos libros, pero no para libros sobre partículas cuánticas. Daphne me preparó una lista de lectura de astrología para principiantes, y los compré todos sin falta. Justo cuando empiezo a sacarlos de las cajas, mi teléfono, que he metido en el bolsillo trasero de mis vaqueros, vibra.

Lo tomo, y —no estoy orgullosa de ello— casi lo silencio y lo vuelvo a guardar en el bolsillo. En vez de eso, respiro profundamente, encuentro la botella de vino más cercana y…

—¡Hola, mamá!

Ella suelta un suspiro pequeño y decepcionado, como si mi saludo no hubiera sido del todo acertado. Tal vez ha sido demasiado entusiasta.

—Miranda. Me sorprende que hayas contestado. ¿No es hoy el día de la mudanza?

—¿Por qué lo dices con el mismo tono que alguien podría decir el «Día del Juicio Final»? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Mi tía Lillian y mi madre son como dos imanes con los polos sur enfrentados. No importa cuánto lo intentes, nunca conectarán. Y, creedme, lo he intentado.

Yo me llevo bien con mi madre —más o menos— y me llevo bien con Lillian, lo que me convierte en su *único* terreno en común.

Mi madre es profesora de matemáticas en Harvard. Suena un poco cliché, pero su idea de una noche emocionante incluye una taza de té de arándanos y un documental sobre descifradores de códigos.

Lillian, en cambio, lleva una petaca en el bolso, junto con un paquete de tabaco y una de las novelas románticas que Harlequin saca cada mes y que ella adora, porque solo le gustan «los libros eróticos con un buen romance».

—Entiendo que tu reciente estado de desempleo te deja prácticamente sin hogar. Lo que no entiendo es por qué has elegido retirarte al… reino de tu tía, en lugar de volver a casa, a Boston, donde tu familia puede reunirse contigo y ayudarte a ponerte en pie de nuevo.

—Estoy en pie, mamá. Simplemente me he tomado un año sabático. Una parte perfectamente normal y recomendada del proceso académico.

—Un año sabático está destinado a reavivar el rigor académico de uno, no a descuidarlo por alguna seudoreligión antigua.

Me estoy sirviendo una copa de vino y, con esa última afirmación, añado un chorrito extra.

—Has hablado con Jamie —digo resignada.

Tengo dos hermanos mayores: Brian, profesor de química en Yale, y Jamie, microbiólogo en el Boston College. Los adoro a ambos, pero tengo una relación un poco más cercana con Jamie; somos más parecidos tanto en edad como en temperamento. Brian es un encanto en el fondo; solo está enterrado bajo una gruesa capa de intensidad y una debilidad por sermonear, en especial a su hermana menor. Jamie es más sociable y es más fácil hablar con él. Fue el primero de mi familia en romper el hielo después de enterarse de mi situación laboral y, como muestra de gratitud, le confesé mi idea del Proyecto Horóscopo.

También le pedí que no se lo contara a nadie; una solicitud que, al parecer, fue ignorada.

—¿Astrología, Miranda? Tú misma has sido muy clara sobre su imposibilidad.

—Inverosimilitud —la corrijo—. Hay una diferencia.

Después de una pausa incómoda, ella dice:

—Sí, cariño. Soy consciente de ello. Lo que quiero decir es que ambas sabemos que los cuerpos celestes no están ahí arriba tramando nuestras vidas. Entiendo que has tenido un contratiempo, pero este no es el camino…

La interrumpo.

—¿Por qué no llamaste?

Hay otra pausa, esta vez de sorpresa.

—¿Cuándo?

—Después de que os enviara un mensaje diciendo que no me habían dado la plaza de titular. ¿Por qué nadie llamó? No aparecisteis durante semanas, ni siquiera cuando Jamie organizó la videollamada grupal en el Día del Padre.

—Bueno, era el Día del Padre, cariño. Dudo mucho que lo ideal para tu padre ese día implicara analizar tu… tropiezo.

Sé lo que viene a continuación, pero aun así duele.

—Mi tropiezo —repito con cautela, y doy un pequeño sorbo de vino—. Te das cuenta de que no hice nada malo, ¿verdad? Aparte de ser más famosa que mis colegas… Y ¿sabes qué? —añado, más furiosa—. Incluso si hubiese hecho algo mal, incluso si hubiera sido un desastre monumental, eres mi madre.

—¡Claro que lo soy! —Tengo que admitir que suena tanto sorprendida como molesta ante mi enfado—. ¿Qué es lo que necesitabas y que no te proporcioné?

Exhalo, porque es una de esas cosas que, si tienes que explicarla, pierde sentido.

—No lo sé, mamá —digo cansada—. Supongo que solo esperaba… apoyo.

—¡Exacto! —Su voz se ilumina—. Eso es lo que queremos hacer, cariño. Por eso creo que deberías venir a casa. Tu padre, tus hermanos y yo podemos pedir algunos favores. Estoy segura de que hay oportunidades para dar clases como invitada y …

Esta vez, mi sorbo de vino es mucho más grande.

—Mamá. Aprecio que lo digas de corazón, pero no quiero ser el triste proyecto de caridad de la familia. Ni siquiera estoy segura de si quiero volver a estar cerca del mundo académico.

—Así que vas a ser… ¿una chiflada excéntrica?

Sonrío, más divertida que ofendida, porque mi madre suena más desconcertada que otra cosa, como si literalmente no pudiera entender lo que estoy intentando hacer.

—Mamá —intento mantener mi voz suave—. ¿Alguna vez te has sentido un poco… apagada? ¿Como si solo una parte de tu alma estuviera encendida?

—Bueno, la ciencia nos ha demostrado que no existe tal cosa como un alma, cariño.

Bueno, lo he intentado.

—¿Todo esto es porque todavía estás soltera? —pregunta—. Porque, ¿sabes? El amigo de Brian, Scott, ahora está divorciado y creo que está empezando a salir de nuevo. Siempre te ha gustado Scott…

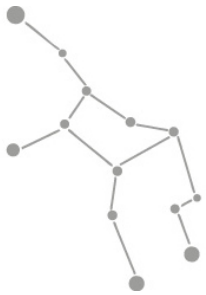
Creo que ni siquiera conozco a ningún Scott.

—Lo pensaré —digo—. Pero, a partir de mañana, realmente dependerá…

—¿Dependerá de qué?

Sonrío, un pequeño diablillo en mi hombro me empuja hacia adelante y, de repente, estoy más emocionada que nunca por el año que tengo por delante.

—De mi horóscopo.



Temporada de Virgo

Siéntate un poco más derecha hoy, querida Géminis.
Tu regente planetario, Mercurio, se posiciona y retoma su movimiento directo justo hoy. Esto supone un alejamiento de la confusión indecisa de las semanas previas, aunque aún habrá una neblina persistente, así que no tomes decisiones importantes.
Lo bueno es que el trígono Sol-Urano de hoy te recargará y te motivará. Es un buen momento para comenzar un proyecto de mejora del hogar, o algo que no habías considerado antes, pero que de repente te parecerá vital.

Unos días después de la partida de Lillian, comienzo mi mañana de la misma manera que lo he estado haciendo desde el inicio del Proyecto Horóscopo: con una taza de café y la aplicación recomendada por Daphne, Zona Zodiacal. Al parecer, es una de las pocas aplicaciones de astrología que no solo pide tu fecha de nacimiento y te dice el «signo solar», que es el que la mayoría de las personas consideran como su signo. Esta requiere tu fecha, hora y

lugar de nacimiento para evaluar tu carta astral *completa* y así darte una lectura más precisa.

Según Daphne.

Todavía no me han convencido del todo, pero hay algo que puedo decir acerca de sus predicciones diarias: pueden ser molestas.

Gimo en voz alta en la cocina vacía mientras leo el horóscopo de hoy: ¿Mejora del hogar? *Puaj.*

No soy precisamente lo que podría llamarse hábil. Ni para el arte y las manualidades, ni para los pasatiempos, y definitivamente no soy buena con los proyectos de mejora del hogar.

Además, como aún me estoy instalando en casa de Lillian, no he tenido la oportunidad de abrir ninguno de los libros de astrología, así que no tengo ni idea de qué demonios es un «regente planetario».

Tal vez no tenga que hacerle caso.

Tomo el teléfono y decido hacer una videollamada a Daphne mientras desayuno.

—¡Hola, querida Géminis! —dice en cuanto contesta.

—Has leído mi horóscopo, ¿verdad? —pregunto.

Y, como ella fue la que me recomendó esta aplicación en particular, apuesto a que hemos leído exactamente lo mismo. De hecho, esto es una de las cosas que me molesta de la astrología —una de muchas—: que hay cientos, si no miles, de fuentes de horóscopos dando vueltas por ahí y ninguna de ellas es idéntica, muchas ni siquiera se parecen. ¿Cómo se supone que debes saber cuál es la mejor? ¿La correcta?

Daphne me dice que se trata de fe, así que… lo estoy intentando. He decidido quedarme por ahora solo con esta aplicación, sin dejarme confundir por ninguna fuente contradictoria. Además, a la

científica que hay en mí le gusta la idea de una constante para este pequeño proyecto, y tener la misma fuente de horóscopo todos los días me la proporciona.

—Por supuesto que lo he leído —dice Daphne; suena ofendida—. Aunque lo leía incluso antes de que decidieras abrazar tu espiritualidad.

Arrugo la nariz.

—Es demasiado pronto para hablar de *espiritualidad*, ¿verdad? —dice con una risa.

—Paso a paso. Quiero entenderlo a nivel intelectual. ¿Qué es un regente planetario y por qué el mío es Mercurio? —pregunto antes de tragar un bocado de cereales.

—Oooh —dice, frunciendo los labios—. Ese molesto planeta desértico. Apuesto a que estás emocionada por salir de la retrogradación, ¿eh? A ver. Los regentes planetarios… Tu signo ascendente es Géminis, ¿verdad? Entonces, como Mercurio gobierna Géminis, es el regente de tu casa, tu regente planetario. Algo así como el capitán del barco —continúa—. Quien más o menos lo dirige todo.

—¿Eso quiere decir que no puedo ignorarlo?

—No sin consecuencias. ¿Por qué? ¿No estás emocionada por el…? ¿Cómo era? ¿Proyecto doméstico?

—¿Crees que pasar la aspiradora cuenta? —pregunto, iluminándome—. Tengo que hacer eso.

—Aspirar es una tarea, no un *proyecto*.

—Mierda. —Como otro bocado de cereales, frunciendo el ceño mientras mastico—. ¿Por qué?

—¿Por qué pasar la aspiradora no es un proyecto?

—No, ¿por qué Mercurio gobierna Géminis? —digo—. Tú eres Libra, ¿cuál es tu regente planetario?

—Venus.

—¿Por qué? —vuelvo a preguntar.

Daphne arruga la nariz.

—Vale, está bien. En realidad no sé cómo se determina el regente de la casa.

—Mmm, bueno —digo, cediendo—. Estoy segura de que está en uno de los libros que compré.

—Es probable —dice, mirándome divertida—. Solo recuerda que el propósito de todo esto es que te alejes de los libros por un tiempo.

—Pero soy Sol en Virgo —protesto, sabiendo que ella apreciará la referencia—. Así es como hacemos las cosas.

—Vale, vale. —Daphne sonríe—. ¿Cómo va el proceso de adaptación a tu nuevo hogar?

—Con dificultades —admito—. Me aplasté el dedo con la puerta del coche tan fuerte que casi me lo parto y ahora llevo una férula. —Levanto la mano para mostrársela—. También me contagié de ese resfriado que anda dando vueltas. Y luego el calentador de agua de Lillian se rompió y el tipo que vino a reemplazarlo empezó a vomitar sin parar en el baño. Eso es todo lo que quiero decir al respecto… ¿Por qué te ríes de mi dolor?

—No me estoy riendo —dice con una risa—. Es solo que… todo esto suena muy a Mercurio retrógrado.

Casi abro la boca para recordarle que los planetas, en realidad, no pueden moverse hacia atrás y que es solo una ilusión óptica causada por su movimiento a distintas velocidades, pero eso sería la Miranda científica hablando. La Miranda *astróloga* se supone que cree que

Mercurio rige todo tipo de comunicación y, cuando está en retrogradación, hay todo tipo de turbulencias y disrupciones aquí en la Tierra: se cruzan los cables, hay una sensación general de indecisión y caos, y bla-bla-bla.

Llevo mi bol vacío al fregadero y luego suelto un gruñido frustrado cuando echo un vistazo por la ventana.

—Me tengo que ir —le digo a Daphne—. Un conejito regordete está otra vez masticando con alegría una de las plantas de Lillian.

—Oh, ¡qué mono! ¡Los conejos son mi animal espiritual! Debe saber que estás hablando conmigo.

Termino la llamada antes de que pueda verme poniendo los ojos en blanco.

Me apresuro hacia la puerta principal, haciendo a propósito todo tipo de ruidos para asustar al pequeño portador de destrucción. El conejito es bonito, eso sí se lo concedo, pero está causando estragos en los «bebés» de Lillian, y no he tenido el corazón para decirle a mi tía que no hay un buen lugar en el patio para que sus plantas reciban la cantidad adecuada de sol *y* estén fuera del alcance de los animales.

No soy botánica, pero he estado reflexionando toda la semana sobre cómo regular la temperatura aquí fuera y proporcionar algún tipo de refugio…

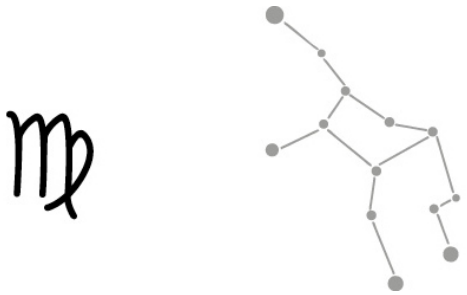
—Oh, ¡ya lo tengo! —murmuro en voz alta cuando la inspiración llega—. Necesito un invernadero.

Podría construir un invernadero; ese podría ser mi proyecto de mejora del hogar.

Vuelvo corriendo a la casa y comienzo a investigar.

Varias horas después, me sorprende descubrir que estoy más emocionada y motivada de lo que he estado en días.

Exactamente lo que mi horóscopo dijo que pasaría.



Temporada de Virgo

Parece que ni siquiera los Virgo con predilección por cumplir objetivos pueden construir un invernadero en un solo día. Ni siquiera he podido planificar uno en un día, a pesar de haberme esforzado mucho en ello. Si soy honesta conmigo misma, me ha molestado un poco que la tarea no fuera tan sencilla como esperaba.

La cuestión es que … *técnicamente* soy casi un genio, según el test de coeficiente intelectual al que nuestros padres nos sometieron de niños de la misma manera que otros padres inscriben a sus hijos en campamentos de fútbol. No es algo de lo que hable mucho, y ni siquiera es algo en lo que piense a menudo, pero la realidad es que la mayoría de las cosas me resultan bastante fáciles.

Aunque, al parecer, los proyectos domésticos no son lo mío, porque, aun habiendo pasado todo el día investigando en internet cómo construir un invernadero, no siento que haya avanzado mucho.

No es hasta que me estoy preparando para ir a la cama que me doy cuenta de que he pasado tanto tiempo enfocándome en las plantas de abajo que me he olvidado de las adoradas flores de la azotea de Lillian.

Dejo mi irrigador bucal a un lado, me pongo mis zapatillas de peluche y un jersey tan acogedor y grande que cuelga por debajo del dobladillo de mis pantalones cortos de pijama. Luego, después de llenar la regadera, subo las escaleras estrechas y sinuosas hasta el tejado.

Aunque todavía estoy un poco desconcertada por la insistencia de mi tía en esta tarea de la azotea, en realidad no me molesta. De hecho, se ha convertido rápidamente en mi parte favorita de la rutina diaria. No tanto por la tarea mundana de regar las plantas en sí —que apenas lleva un momento—, sino porque la tarea me lleva al tejado, lo cual me lleva a las estrellas.

Aún más doloroso que admitir que no puedo construir un invernadero es darme cuenta de que, a pesar de haber hecho toda una carrera estudiando el cosmos, no recuerdo la última vez que realmente *miré hacia arriba*. O la última vez que apreció el cielo nocturno por su belleza y no por su valor educativo.

Es durante estos momentos tranquilos de la noche en la azotea de Lillian (incluso más que cuando leo mi horóscopo cada mañana) que percibo a *otra* Miranda. Una Miranda que se permite ver las estrellas como pequeños diamantes brillantes destinados a que les pidan deseos y no como las gigantescas esferas de plasma que la doctora Miranda Reed sabe que son.

Técnicamente hablando, es una observación mediocre de las estrellas: la casa de Lillian está demasiado cerca de la contaminación lumínica de Manhattan como para verlas de modo correcto. Pero, de todos modos, ese rato me resulta sagrado y especial.

He subido medio tramo de escaleras cuando me doy cuenta de que esta noche no podré hacer ni siquiera una observación mediocre

de las estrellas: ya me he quitado las lentillas y me he olvidado de ponerme las gafas que uso por la noche y a primera hora de mañana. Aun así, como no necesito visión perfecta para echar un poco de agua sobre las flores, no me molesto en bajar a buscarlas.

—Hola, queridas —les murmuro a las plantas, metiendo mi dedo en la tierra.

Las instrucciones extensas que Lillian dejó para sus plantas hablan mucho de tocar la tierra para evaluarla. Al principio, esto no tenía sentido para mí, pero, al meter automáticamente mi dedo índice en la tierra fresca y húmeda, me alegra darme cuenta de que por fin estoy entendiendo cómo ser una mamá de plantas. Anoche noté que no necesitaban nada de agua porque había habido una tardía tormenta de verano, y ahora puedo ver que necesitan solo un pequeño sorbo.

Lillian se refiere a esas bonitas flores moradas como sus «maripositas», lo cual al principio pensé que era alguna ocurrencia de mi tía, pero luego descubrí que es un término reconocido. Las maripositas son una variedad de arbusto florido llamado *buddleia*. Florece hasta la primera helada, y luego se puede reducir el riego. Al principio eso me molestó, pero ahora estoy triste de que solo me quede otro mes aproximadamente para disfrutar de ellas. También son conocidas como el «arbusto de las mariposas», y tomo nota mental para subir durante el día en las próximas semanas para ver las mariposas que se supone que atrae su fragancia.

—Buenas noches, sobrina de Lillian.

Chillo y dejo caer la regadera, antes de girar hacia el inesperado murmullo de una voz masculina.

Gracias a la falta de luz y a mi miopía actualmente no corregida, no puedo distinguir muchos detalles, pero sin duda hay un hombre en el tejado vecino, a menos de tres metros del mío.

—¿Eso es un caballete? —pregunto, parpadeando hacia el soporte frente a él.

—Vaya, Lillian dijo que eras un genio. Es una maravilla verte en acción —dice en un tono sarcástico e indiferente.

Parpadeo, un poco sorprendida por la falta de cortesía sin motivo.

—Me refería a que… ¿Cómo puedes ver…? Olvídalo. —Si este tipo extraño de la azotea no va a molestarse con charlas triviales, yo tampoco lo haré—. ¿Cómo sabías quién era? —agrego, con los ojos entrecerrados.

—Lillian envió un correo electrónico a todos los vecinos. Nos avisó que estarías viviendo aquí mientras ella estuviera fuera.

—Interesante. No me dijo nada de ti.

Encoge los hombros y recoge lo que parece ser una tiza negra… ¿carboncillo? Eso es lo que usan los artistas, ¿no?

Y, dado que está tan silencioso aquí arriba, puedo escuchar el rasguño sobre el lienzo mientras retoma su trabajo.

Cojo la regadera, que por suerte todavía tiene suficiente agua para satisfacer las necesidades de las maripositas y, en lugar de terminar con mis deberes de cuidado de plantas, sigo mirando fijamente al vecino de Lillian.

—A ver…, eso era una invitación para que te presentaras —digo después de un largo silencio.

No hay pausa en el rasguido del carboncillo sobre el lienzo, y él no se molesta en girar la cabeza hacia mí cuando responde.

—Archer.

—Archer. ¿Es tu nombre o tu apellido?

Él echa un vistazo y, aunque no puedo distinguir mucho sus rasgos en la oscuridad, puedo ver un fugaz destello blanco bajo la luz de la luna.

—¿Por qué? ¿Vas a verificar mi historia con Lillian? ¿A asegurarte de que no soy un extraño que se ha instalado en el tejado?

Me rasco la nariz, porque en realidad eso es exactamente lo que había planeado hacer.

—Apellido —dice, la sonrisa ha desaparecido y se ve apático de nuevo—. Y no te preocupes, sobrina de Lillian. Tu tía me conoce. ¿Qué estás haciendo aquí arriba?

—Regando sus plantas favoritas —digo, señalando con la regadera las maripositas—. A Lillian le gusta regar las de la azotea por la noche.

Eso parece captar su atención y echa un rápido vistazo a las plantas en cuestión.

—Subo aquí casi todas las noches que no llueve y nunca había visto esas plantas —dice, señalando con el carboncillo.

Parpadeo sorprendida.

—¿Qué?

—De hecho, tampoco he visto nunca a Lillian aquí arriba.

Ahora estoy totalmente desconcertada, porque no parece estar mintiendo, pero las instrucciones de Lillian fueron muy precisas.

—¿Estás seguro?

Él encoge los hombros.

Frunzo el ceño mientras miro las plantas.

—Me pregunto por qué las trasladó aquí arriba. ¿Será por algo estacional?

Él no responde, y me doy cuenta de que ha vuelto a su trabajo como si ni siquiera estuviera aquí. No es precisamente un impulso para mi ego, pero tampoco soy una *femme fatale*. No es la primera vez que un hombre me ignora, así que no me ofende mucho.

A pesar de su descortesía evidente, siento curiosidad por Archer, por lo que camino hacia el borde de mi azotea en dirección a la suya. No es un gran trecho. De hecho, no hay ni siquiera dos palmos de separación entre nuestros edificios; un hueco suficiente para perder las llaves para siempre, pero no lo bastante grande como para que alguien corra el riesgo de caer dentro.

La estructura del tejado de Archer es casi igual que la del mío. Ahora que lo pienso, me suena haber visto la silla oxidada antes. Pero el caballete es nuevo, al igual que el taburete junto a él. Lo que sin duda es nuevo es el tipo, y no estoy disfrutando de esta novedad.

No me había dado cuenta hasta que he visto la compañía inesperada, pero he llegado a considerar la azotea como *mi* espacio.

Aún siento que el resto de la casa sigue siendo muy de Lillian. Pero aquí arriba, con la vista de las estrellas y el horizonte de Manhattan… Esto es Miranda cien por cien.

Y ahora tengo que compartirlo. Y no me gusta nada.

—¿Cómo puedes dibujar de noche si no puedes ver lo que estás haciendo? —digo, por fin cediendo ante mi curiosidad.

—No es como si estuviera aquí afuera en una tormenta con luna menguante. —Señala con la cabeza ligeramente hacia arriba—. Está despejado y hay luna gibosa creciente.

Me cruzo de brazos, molesta e intrigada de que él sepa eso.

—Sabes las fases de la luna.

—Tú también lo sabrías si te gustara dibujar a la luz de la luna.

—¿Eres un artista profesional?

Centra de nuevo la atención en su lienzo.

—Sí, gano dinero con mis pinturas.

—No es eso lo que he preguntado.

—¿No lo es?

—Bueno, supongo que sí lo ha sido —respondo después de pensarlo un instante.

Siento, más que veo, que enfoca su mirada en mí por un instante, tal vez sorprendido por la confesión, antes de volver a su trabajo.

—No gano dinero con *este* trabajo —dice, asintiendo hacia el lienzo frente a él—. Vendo lo que creo en mi estudio. Esto es solo para mí.

—¿Puedo verlo? —pregunto, curiosa.

—¿No ha sido bastante claro el «solo para mí»?

—No eres muy simpático.

En lugar de reconocerlo, levanta un vaso del taburete y da un sorbo de lo que sea que haya dentro mientras me mira.

—¿Cuál es tu nombre, sobrina de Lillian? Probablemente estaba en el correo electrónico, pero se me olvidó.

—Soy la doctora universitaria Miranda Reed.

Él suelta una risa rápida y vuelve a posar el vaso.

—¿Siempre te presentas así?

Frunzo el ceño.

—Sí. No quiero que la gente piense que soy médica. Si hubiese una emergencia, no sería de mucha ayuda.

Él solo niega con la cabeza y vuelve a su trabajo. Entrecierro los ojos.

—Has dicho que subes aquí todas las noches cuando la luz de la luna es buena, pero no es cierto. Hubo una luna llena en Piscis el 30 de agosto, y no estabas aquí arriba.

—¿Una luna llena en Piscis? Randy, ¿qué obsesión tienes por la información irrelevante?

—¿Randy? —repito.

—Bueno, no te voy a llamar «doctora universitaria Miranda Reed» —dice con una imitación bastante acertada de mi «voz de profesora», que a veces se me escapa fuera del aula—. No estuve aquí en la luna llena en Piscis —añade— porque he estado fuera de la ciudad la mayor parte del mes.

—Ah. ¿Viajas a menudo?

—¿Oigo esperanza en tu voz?

—Bueno. —Me cruzo de brazos—. No nos estamos llevando muy bien, ¿verdad? Y si estoy aquí arriba todas las noches, y tú estás aquí la mayoría de las noches… —Me detengo porque la implicación está clara.

—Ya veo. Yo también disfruto de mi soledad. ¿Qué te parece si marcamos un horario?

—¡Buena idea! —digo, contenta y sorprendida por su acuerdo.

Él asiente.

—Genial. Subiré aquí todas las noches que el clima y la luna lo permitan, y tú… nunca.

Hago un ruido de exasperación, pero, en lugar de ceder, encoge los hombros.

—No olvidemos, doctora universitaria Miranda Reed, que hace cuatro años que vivo aquí, y tú el tiempo suficiente como para mencionar solo una luna llena. En Piscis.

Con un suspiro resignado, regreso con las maripositas para darles las últimas gotas de agua de la regadera.

—Veo que he elegido el proyecto doméstico equivocado.

—¿Qué murmuras, Randy?

—Pensaba que debía construir un invernadero abajo —explico—. Pero no creo que ese deba ser mi primer proyecto doméstico.

—¿Ah, no? —Su tono indiferente y el hecho de que haya vuelto a su obra de arte contradicen su pregunta, pero decido responder igual.

—Estoy pensando en construir una cerca. Algo más alto que una cerca, de hecho. Una barrera —digo cuando él permanece indiferente—. En el tejado —digo un poco más alto.

—Randy —dice. Finalmente, algo supera la apatía: la exasperación —. ¿Siempre hablas tanto?

—No. Para nada, en realidad. —Hago una pausa—. Tenemos una cosa en común. Pero yo soy mucho más agradable al respecto.

Él suelta algo que suena como una risa, y estoy bastante segura de que intenta contenerla, aunque de todas formas la oigo. Eso me complace.

Al menos hasta que vuelve a dibujar sin decir otra palabra.

—Voy a bajar —anuncio.

—¿Tan pronto?

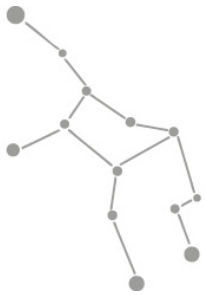
Pongo los ojos en blanco, aunque él no pueda verlo.

—Oye, Randy —dice justo cuando estoy a punto de marcharme.

Miro a través del tejado y veo otro destello de su sonrisa a la luz de la luna.

—¿Mañana a la misma hora?

Mi única respuesta es dejar que la puerta se cierre un poco más fuerte de lo necesario detrás de mí.



Temporada de Virgo

Hoy todo gira en torno al perdón y las reconciliaciones, querida Géminis. Desearás restaurar la armonía, así que da el primer paso para reparar el vínculo con alguien con quien has tenido un conflicto reciente, quizás mediante la creación de un objetivo compartido. Su papel en tu vida no es lo que parecía al principio…

—Escucha, universo. Sé que se supone que lo sabes todo, pero creo que te has equivocado esta vez —digo, y arrojo mi teléfono a un lado con disgusto después de leer mi horóscopo.

Solo hay una persona con quien he tenido un conflicto reciente, y las estrellas están muy equivocadas respecto a una cosa: No deseo hacer nada con él, y mucho menos disculparme.

Me ocuparé de ese consejo más tarde. Por ahora, estoy sorprendentemente entusiasmada por volver a dedicarme al proyecto hogareño de ayer. Relleno mi café, tomo mi cinta métrica y salgo al patio delantero para tomar algunas medidas adicionales para el invernadero. A pesar de mi conversación con el misterioso

Archer anoche, no tengo la intención de abandonar el proyecto del invernadero para poner una cerca en la azotea.

El hecho de que otra planta haya sido mordisqueada y sus flores casi destruidas renueva mi compromiso.

El jardín de Lillian —mi jardín durante los próximos meses— es espacioso para los estándares de las casas adosadas, con su patio pavimentado y su pequeña zona con césped. Con todo, no hay precisamente un montón de sitio para trabajar. La mayor parte del espacio se extiende hacia afuera en un camino que conduce hacia la bonita puertecilla que marca la entrada a la propiedad, y el poco espacio disponible a un lado está organizado como un área de comedor al aire libre.

He considerado guardar los muebles del patio en el trastero y, como empieza a terminar la temporada de «comer afuera», usar ese espacio para el invernadero en su lugar. Pero luego se me ha ocurrido otra idea, una que me gusta más… Un invernadero vertical.

Hace poco leí un artículo sobre la popularidad creciente de la agricultura vertical, así que supongo que no puede ser tan difícil implementar ese mismo enfoque a menor escala.

Actualmente, las plantas de Lillian están en una serie de macetas desiguales alineadas contra una pared de hiedra en el lado derecho de la propiedad. Nunca le había dado mucha importancia a lo que hay al otro lado de la hiedra, pero ahora sé qué hay y quién vive allí. E incluso mientras tomo todas mis medidas para determinar la estructura óptima para mi invernadero vertical, mi mirada sigue yendo hacia esa pared de hiedra.

Finalmente, la curiosidad se apodera de mí y suelto la cinta métrica con un chasquido. Camino hacia la pared de hiedra y, con

cuidado, muevo un dedo por debajo de las hojas, solo para descubrir que no hay ninguna pared: en lugar de golpear una capa firme, como ladrillo tal vez, mi dedo se abre paso hacia el otro lado y… alguien me pellizca el dedo sin nada de suavidad.

—¡Ay!

—Buenos días, Randy. —La voz de Archer suena igual de impasible por la mañana que por la noche, como si apenas pudiera reunir la energía suficiente para una interacción social—. ¿Has dormido bien? —pregunta.

—No especialmente —le respondo a la pared de hiedra—. Mi habitual y pacífica rutina nocturna se vio perturbada por un intruso malhumorado.

—Mmm —hace un ruido de aburrimiento—. Te entiendo. Yo tengo una vecina nueva bastante ruidosa.

—¡¿Ruidosa?! —exclamo—. ¡Nunca en mi vida me han acusado de ser ruidosa!

—Estás gritando, Randy.

Entrecierro los ojos, inhalando para no perder la paciencia mientras mi pulgar golpea varias veces la pestaña metálica que hay al final de la cinta métrica. Por desgracia, Miranda Géminis tiene órdenes muy claras para el día y no incluyen estrangular a artistas molestos con dicha herramienta.

«Da el primer paso para reparar el vínculo con alguien con quien has tenido un conflicto reciente. Su papel en tu vida no es lo que parecía al principio».

—Uf. Está bien —murmuro.

Me dirijo hacia la puerta delantera del patio, cuya madera fue blanca en algún momento, aunque ahora la mayor parte de la

pintura se ha desconchado y el pestillo cuelga inútilmente, a solo una ventada de caerse por completo.

Quizás ese debería haber sido mi proyecto doméstico; es mucho más fácil que mis ambiciones de crear un invernadero vertical.

Camino unos cuantos pasos hasta la puerta de Archer. En todas las veces que he visitado a Lillian a lo largo de los años, nunca he pensado mucho en los vecinos. Tengo la sensación de que ella se lleva bien con ellos, pero nunca ha mencionado nombres. Sin duda nunca dijo el de él.

Su puerta está en mejores condiciones que la de Lillian, pero no mucho. Entro sin invitación. Su patio delantero es un espejo del de Lillian en términos de disposición, aunque más austero; dudo que aquí vivan hadas rojas. No hay flores simpáticas ni gnomos caprichosos, solo algunas plantas verdes poco inspiradoras, y…

Él.

Me detengo cuando obtengo mi primera visión nítida de Archer a la luz del día, porque no se parece en nada a como se supone que debería verse. Algo en su manera tranquila y despreocupada de hablar me hizo pensar que sería mayor, pero apenas tendrá unos treinta; aunque no puedo decir exactamente treinta y cuántos, tal vez porque la mitad inferior de su rostro está cubierta de una barba oscura que parece más un «paso de arreglarme» que un «mira mi barba».

Tiene el cabello oscuro ondulado, demasiado desordenado —tal vez un poco demasiado largo— y rizado sobre las orejas, lo que transmite el mismo mensaje que su barba: «Paso de arreglarme».

Lleva vaqueros desgastados, una camiseta blanca lisa y los pies descalzos. Si a ello le sumamos la taza descascarillada en su mano,

el tipo debería parecer desaliñado, pero de alguna manera, en él, se traduce en una sensación muy hogareña.

Supongo que podría ser… *sexy*.

Si te gustara ese tipo de cosas, lo cual no es mi caso.

—¿Debería darme la vuelta? —pregunta, levantando distraídamente la taza a su boca y dando un sorbo. Sus dedos son largos y están bronceados, y hacen que me pregunte si su viaje reciente fue a algún lugar soleado.

—¿Darte la vuelta? —repito.

—Ya sabes: para que también le des un repaso a mi trasero.

Resoplo de modo despectivo a propósito.

—Supongo que es comprensible que quieras halagarte a ti mismo. Si no lo haces tú, entonces quién lo hará, ¿no?

La comisura de su boca tiembla un poco en una sonrisa que no termina de formarse, y bebe otro sorbo de su taza. Sus ojos son de un azul oscuro e inescrutables mientras me observa con descaro de arriba abajo.

Estoy medio preparada para algún tipo de insulto, dado que aún no me he duchado, llevo el mismo jersey grande que anoche, mi cabello está recogido en una coleta floja y he perdido las gafas bonitas que uso cada mañana antes de ponerme las lentes de contacto, por lo que llevo unas viejas que son un poco grandes para mi cara y además tienen una graduación desactualizada. No tan desactualizada, sin embargo, como para no darme cuenta de que no está precisamente deslumbrado por mi apariencia y que mi estilo hogareño no es tan seductor como el suyo.

—¿Siempre pasas tus mañanas así? —pregunto—. ¿Al acecho, esperando a que un dedo atraviese la pared de hiedra para asustar a

tu vecina?

—No soy *yo* quien mete los dedos donde no toca —dice—. Y sí, me gusta comenzar mis mañanas al aire libre. O me gustaba. Lillian no es ni de lejos tan ruidosa como tú.

Frunzo el ceño.

—Te lo repetiré otra vez: no soy ruidosa ni escandalosa.

—Hablas sola.

—No lo hago.

Él sorbe su café y no dice nada mientras sigue observándome.

Centrándome en mi propósito, respiro profundamente.

—A ver, Archer… Al parecer, estamos destinados a reparar nuestro vínculo.

Arquea las cejas.

—¿Estamos *destinados*? ¿Según quién?

Maldita sea, no se le escapa una y debo admitir que aprecio esto en un hombre.

—Mi horóscopo —digo, levantando la barbilla y desafiándolo a burlarse.

Él acepta el desafío porque pone los ojos en blanco.

—Oh, no. Eres una de esas.

—¿Una de esas? —pregunto, sonando excesivamente ofendida para alguien que hace unos meses podría haber pensado lo mismo o incluso haber sido lo suficientemente grosera como para decirlo en voz alta.

—Lo siento —dice, sin sonar arrepentido en lo más mínimo—. Adelante, repara nuestro vínculo. Estaré feliz de escuchar tu disculpa.

—¿*Mi* disculpa? ¿Por qué? —exclamo, olvidando por completo la reprimenda suave de mi horóscopo.

—Dímelo tú —dice Archer encogiéndose de hombros—. Eres tú quien cree que hay algo que reparar. Yo no me había dado cuenta de que teníamos una reyerta.

Arrugo la nariz.

—¿*Reyerta*? ¿La gente todavía dice eso?

Él vuelve a dar un sorbo a su café.

—¿Parezco alguien que se preocupa por si su vocabulario está actualizado?

—Pareces alguien que no se preocupa por si su corte de pelo lo está.

Archer inclina la cabeza hacia un lado y levanta un dedo hacia su oreja.

—¿Has oído eso?

—¿El qué?

—Nuestro frágil vínculo resquebrajándose aún más.

—Solo porque sigues golpeándolo de mala manera.

—Lo dice la mujer que ha entrado corriendo a mi patio delantero a las siete de la mañana sin invitación.

La verdad es que es un argumento bastante sólido, pero no pienso admitirlo.

—Comencemos de nuevo —digo, forzando una sonrisa—. Pretendamos que nos acabamos de conocer y que la noche pasada nunca sucedió.

Camino hacia él y noto que, para ser un hombre que parece no preocuparse por su apariencia, sin duda huele bien. Limpio, pero

también un poco enigmático; el tipo de aroma que no puedes identificar del todo.

Extiendo mi mano derecha.

—Hola. Soy Miranda.

—¿No querrás decir la doctora universitaria Miranda Reed?

Entrecierro los ojos y él los pone de nuevo en blanco antes de cambiar su taza a la mano izquierda y extender la derecha.

—Tienes una mirada bastante intensa, Randy. ¿Siempre estás tan seria?

El apretón de manos debería ser puramente formal, más simbólico que de contacto real, así que no me gusta nada la ligera chispa de conexión que surge cuando su palma —mucho más grande— se cierra sobre la mía.

Sorprendida, levanto mi mirada hacia la suya, y sus ojos azules se estrechan de modo sutil.

—¿Qué más decía tu horóscopo? Por cierto, no pareces de ese tipo, ¿sabes?

—¿De qué tipo?

—El tipo esotérico. ¿No se supone que los doctores son lógicos, que no creen que la luna determina nuestro estado de ánimo o algo así?

Aparto mi mano, lo que toma un segundo más de lo que debería porque sus dedos tardan un instante en soltarme; seguro que solo para molestarme.

—Es algo nuevo. —Sacudo un poco mi mano mientras trato de ordenar mis pensamientos, ignorando cómo él lo nota y muestra otra de esas medias sonrisas ante el gesto.

—¿Qué es nuevo?

—Lo de leer mi horóscopo; obedecerlo, más bien —digo, luego me ordeno a mí misma detenerme antes de contarle a este extraño molesto toda mi historia; en especial las partes más recientes y dolorosas.

—Ah. ¿Hay alguna posibilidad de que puedas dejarme fuera de eso?

—¿Esta es tu actitud habitual o solo la de mañana y noche? —pregunto, haciendo un gesto con mi mano sobre él.

—¿Qué?

—Esta pose indiferente de «la vida me aburre».

—Ah —dice de nuevo—. Me temo que es solo mi maravillosa personalidad.

—Qué agradable para todos a tu alrededor. —Frunzo el ceño hacia él—. Mi horóscopo dice que se supone que debemos tener un objetivo compartido. Quizás ese objetivo debería ser evitarnos mutuamente.

—Me encanta. Mantente fuera de mi tejado y trato hecho.

—*Mi* tejado —replico, cruzándome de brazos—. Estaba equivocada: creo que no eres de quien mi horóscopo estaba hablando, porque no «deseo restaurar la armonía» contigo, en absoluto.

—Podríamos hacer otra cosa —dice él, bajando la voz y echándome un vistazo un poco más duradero que antes.

—Serás asqueroso… —murmuro.

Él sonríe, luce menos apático de lo que lo había visto hasta ahora.

—Por cierto, estoy empezando un proyecto allí. —Señalo hacia mi patio—. Y no tengo ni idea de lo que estoy haciendo, así que si oyes algo que suene como si me hubiera cortado el brazo mientras

intentaba construir un invernadero, apreciaría que pasáramos por alto nuestras diferencias y llamaras a urgencias.

Estoy caminando hacia la puerta delantera mientras digo esto y, como él no responde nada, ni siquiera con sarcasmo, me giro para mirarlo.

—¿Qué? ¿Ningún comentario sarcástico?

Archer inclina su taza hacia atrás, termina su café y luego me mira resignado.

—Mi abuelo tenía una empresa de paisajismo.

Parpadeo.

—¿Y?

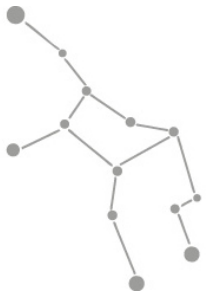
Él suspira.

—¿Sabes cuál era su especialidad? Construir invernaderos. Lo ayudaba todos los veranos. —Entonces señala con un pulgar sobre su hombro a unas plantas de aspecto triste—. Yo tampoco puedo mantener esos malditos conejos apartados de mi albahaca.

—¿Qué quieres decir con eso?

Archer esboza una expresión dolorosa.

—Creo que acabamos de encontrar nuestro «objetivo compartido».



Temporada de Virgo

Hoy hay Luna Nueva en Piscis, querida Géminis. Vas a probar varias cosas por primera vez. Entrégate a la espontaneidad experimental siempre y cuando no uses estos momentos como una distracción de tu propósito más esencial de hoy: hay una conversación o una llamada telefónica que has estado posponiendo. Hoy es el día.

—Estás poniéndolo en el lugar equivocado —dice Archer mientras empiezo a martillear un clavo en una tabla.

Bufo contrariada.

—¡Me has dicho que lo pusiera aquí!

—No. —Se acerca a mí, levanta mi mano que sostiene el clavo y la mueve un poquito hacia la izquierda—. Aquí es donde te he dicho que lo pusieras.

Hago un sonido de frustración y retiro mi mano. Él deja caer la suya, pero no se mueve y se queda mirándome desde arriba.

—No te gusta que te digan lo que tienes que hacer.

—¿A quién le gusta? —Lo aparto de mi espacio personal.

Archer retrocede, pero cruza los brazos, inclinando la cabeza hacia un lado, lo cual, en los últimos días, he notado que es su hábito cuando está evaluando algo. O a alguien. Generalmente a mí.

Crecí rodeada de científicos, así que reconozco sin problemas a alguien que evalúa algo con intensidad. Sin embargo, nunca hasta ahora había pensado que los artistas podrían evaluar algo de la misma manera.

—¿Lo echas de menos? —pregunta después de un momento.

—¿El qué? —Le echo una mirada cautelosa de reojo mientras alineo mi martillo con el clavo. Llevamos un par de días en este proyecto y, aunque he ganado bastante confianza desde que empezamos, usar un martillo cerca de mis dedos aún me pone nerviosa.

—Enseñar. Decirles a otras personas qué hacer.

Bajo el martillo despacio y me giro para enfrentarlo, con los ojos entrecerrados.

—¿Cómo sabes que era profesora?

—Google. Y no te pongas a la defensiva; sé que también me has buscado.

Resoplo.

—¿Y cómo ibas a saberlo?

Levanta una ceja.

—Está bien, lo admito. Te busqué, pero Google no me dijo nada —murmuro—. Eres tan famoso por ser ermitaño como por ser artista.

—Gracias.

—No era un… —Resoplo de nuevo—. Olvídalo.

Vuelvo a levantar el martillo y el clavo, pero justo cuando estoy a punto de balancearlo, él se acerca y mueve mi mano un poco hacia

la izquierda una vez más.

—Solo márcalo de una vez —digo, exasperada.

Él se lleva la mano a la cabeza, saca un trozo de carboncillo que parece llevar detrás de la oreja la mayor parte del tiempo y añade una pequeña equis en el lugar correcto.

—Voy a buscar una cerveza. ¿Quieres una?

—Sí, claro, porque combina muy bien con la carpintería.

—Tómate un descanso, venga. Está a punto de llover de nuevo.

Levanto la vista y, efectivamente, el cielo está más oscuro. Han sido unos días tormentosos, sobre todo por las noches, lo cual ha impedido que Archer y yo retomemos nuestra batalla por el tejado. La lluvia se ha encargado de regar las maripositas y ha evitado que Archer sacara su caballete.

—Tienes razón, pero… ¡Oye! —protesto cuando veo que se dirige hacia mi casa en lugar de volver a la suya—. Si buscas cerveza, no la encontrarás ahí dentro. Además, te estás tomando demasiadas licencias invitándote a entrar.

Él ya está dentro para cuando termino de hablar, así que pongo los ojos en blanco y lo sigo.

Durante los últimos días, hemos estado construyendo el invernadero en el área del patio delantero y, aunque parece que Archer no estaba exagerando respecto a su experiencia, yo sin duda sobreestimé la mía en exceso. Me duele admitirlo, pero ser inteligente con los libros no se traduce en saber construir nada con mis manos.

Y para ser justa…

No diría que Archer haya sido paciente, pero no ha sido tan desagradable como podría haber sido. Quizás porque ha tomado

nuestro proyecto conjunto como una invitación para sentirse como en casa en mi hogar y disponer del contenido de la nevera, el baño o mi televisión cuando su equipo de fútbol americano tenía un partido.

—Oye, lo digo en serio —le digo mientras lo sigo adentro—. Puedes tomar vino si quieres, pero no hay…

Me detengo en seco al encontrarlo apoyado en la encimera de mi cocina bebiendo una cerveza.

—¿De dónde ha salido eso?

Él señala hacia la nevera.

—Las he traído esta mañana. Lillian me dio una llave hace unos años.

—¿Qué? ¡¿Y dónde estaba yo mientras tanto?!

Él se encoge de hombros.

—Creo que en la ducha.

Lo miro fijamente.

—No nos conocemos tanto como para tener ese tipo de relación vecinal.

En lugar de responder, toma un libro de la encimera: *Guía completa de astrología para principiantes.*

—Pero sí lo bastante como para que esté listo para que me hables de esto ahora mismo —dice, moviendo el libro de un lado a otro antes de dejarlo en su sitio de nuevo. El libro es enorme y grueso, al igual que todos mis libros de astrología, y hace un sonido distintivo al caer.

Frunzo el ceño en señal de duda, y Archer se gira hacia la nevera, saca otra cerveza, abre la tapa y desliza la botella hacia mí por el borde de la encimera.

Miro la cerveza y luego la hora. No me encanta la cerveza y apenas es la una de la tarde, sin embargo…

Me encojo de hombros y doy un sorbo. Me entrego a la «espontaneidad experimental», y no resulta desagradable.

—¿Y bien? —Archer golpetea con el dedo el libro de astrología—. ¿Cuál es la historia? Yo soy famoso por ser ermitaño, pero tú eres famosa por ser inteligente. Y racional. De hecho, incluso encontré un video en el que condenas este tipo de cosas…

Bebo otro sorbo de cerveza.

—Por lo que veo, tu investigación en Google fue bastante exhaustiva.

Se encoge de hombros y aparta la mirada.

—Yo también investigué —digo, apoyando los codos en la encimera—. Tal vez eres alguien solitario, pero eso solo ha alimentado la curiosidad. Y los rumores.

Él gruñe y toma un sorbo de cerveza, sin mirarme.

—Por ejemplo —digo, comenzando a contar con los dedos—. Sé que empezaste de manera bastante modesta con el carboncillo, pero que recientemente te has hecho famoso con una serie de obras sobre Tokio hecha con acrílico. Mucha repercusión y bla-bla-bla. Pero, antes de dedicarte al arte, fuiste a la Facultad de Derecho. Eso es un dato interesante. Oh, pero no es tan interesante como tu célebre compromiso con Willow Dunn, que se canceló solo unos días antes de la boda.

—Para alguien que se supone que es inteligente, te gusta mucho el cotilleo sobre las celebridades.

—¡Ajá! —Le señalo—. Entonces admites que eres una celebridad.

—Willow era la celebridad —dice con brusquedad—. A mí me gusta que me dejen en paz.

—Entonces, ¿por qué querías casarte con una actriz? No es como para pasar desapercibido…

—La conocí en una recaudación de fondos en el Getty cuando estaba en Los Ángeles. Era muy atractiva —añade después de un momento.

—¿Le propusiste matrimonio porque era guapa? ¿Y por qué rompisteis el compromiso? —No puedo evitar preguntar—. Parece que nadie conoce el motivo.

—No todos los detalles están hechos para el consumo público, doctora Reed. Deberías saberlo mejor que nadie.

Entrecierro los ojos.

—¿Qué quieres decir con esto?

—Bueno. Alguien ha hecho una página de Wikipedia bastante completa sobre ti, pero no dice nada sobre… —Usa el pulgar para señalar la pila de libros de astrología que hay en la encimera.

—Sí, bueno… —murmuro, deslizando un dedo por el lomo de *Más allá del Zodiaco*—. No estoy segura de que mi reputación pueda soportar otro golpe.

—¿Otro golpe? ¿Cuál fue el primero?

—Nova rechazó mi solicitud de titularidad. Probablemente es solo cuestión de tiempo para que ese pequeño dato aparezca en Wikipedia.

Archer parece escéptico.

—¿Eso se considera algo interesante para Wikipedia?

Una risa sorprendida escapa de mí.

—La mayoría de la gente me ofrece sus condolencias porque mi carrera se ha ido al carajo.

Me mira durante un minuto, luego vuelve a observar la pila de libros de astrología.

—Pero ¿qué tiene que ver tu horóscopo con todo esto?

—Estoy de año sabático y… No fue idea mía; mi mejor amiga sugirió que hiciera algo al estilo de *Comer, rezar, amar*. Básicamente, abandonar mi vida y hacer algo un poco loco. Es un libro sobre…

—Lo conozco.

Parpadeo.

—¿De verdad? Bueno. Necesitaba un… reinicio, supongo. Un descanso. Un cambio. Lo que fuera.

Su pulgar rasca la esquina de la etiqueta de la botella de cerveza mientras me observa, luego endereza la espalda y asiente.

—Lo entiendo.

—¿De verdad?

—Bueno, no la parte de la astrología, eso no. Creo que es… bueno, no importa lo que yo piense. Pero a veces debes seguir tu instinto. Y hacer las cosas a tu manera.

Me sorprende gratamente su apertura y sonrío.

—Entonces, ¿eso significa que me dejarás leer tu carta astral?

—Olvídalo.

—Vamos —suplico—. Quiero practicar. Todo lo que necesito es tu fecha de nacimiento, hora y lugar.

—Oh, bueno. Déjame ir a la casa de al lado y buscar mi acta de nacimiento. ¿Te traigo también mi carné de identidad? ¿Mi pasaporte? ¿Mi tarjeta de la Seguridad Social?

—Vale, ya lo pillo. —Levanto la mano—. No quieres ser un vecino amable y cordial.

—Estoy ayudando a la mujer más torpe del mundo a construir un invernadero, mi paciencia vecinal tiene sus límites. —Hojea otro de mis libros de astrología, el de tránsitos planetarios.

Lo observo por un momento.

—¿Aún sientes algo por Willow? ¿Es por eso por lo que te pones tan gruñón al hablar de ella?

Él ni siquiera levanta la vista.

—Probablemente no —murmuro—. Leí en uno de esos sitios web que tienen más anuncios que contenido que has estado saliendo con… no recuerdo. ¿Una publicista? ¿Una representante? Alguien de Hollywood.

—¿Tu horóscopo dice algo sobre que hoy me estás volviendo loco? —pregunta—. Porque podría estar acertando.

—No —digo, sin ofenderme, porque al parecer ya me estoy acostumbrando a él—. Pero supuestamente voy a aprovechar un momento de espontaneidad experimental, algo nuevo para mí, para tratar de evitar una llamada telefónica que se supone que debo hacer.

Su mirada azul se dirige hacia mí.

—Déjame adivinar. Has logrado identificar un momento y una llamada potencial que encajen con el horóscopo, ¿no?

—Sí. De hecho, esto es nuevo —digo, levantando la botella de cerveza y señalándola—. No es habitual que beba los miércoles a esta hora, y mucho menos cerveza.

—¿Y la llamada telefónica?

Bebo un sorbo de cerveza, levantando los ojos hacia el techo para no tener que mirarlo. Él ríe.

—Ah. Un tío.

Permanezco sumida en un silencio obstinado, y él sacude la cabeza.

—Vamos, Randy. Ya has espiado mi vida amorosa. Igualemos las cosas.

Muerdo mi labio, dándome cuenta de que tal vez obtener una perspectiva masculina no sería lo peor del mundo, incluso si proviene de la peor fuente posible.

—Conocí a un tipo hace un par de semanas. Christian. Digamos que me salvó la vida.

—Oh, Dios —murmura Archer con exasperación.

—¡No, en serio! Él me sacó de la calle justo cuando un coche se saltó un semáforo en rojo y estaba a punto de atropellarme.

—Debe haber sido un desafío para él. Desde lo alto de su caballo blanco y toda esa armadura.

—Búrlate todo lo que quieras, pero pasó algo. Un clic. Uno mutuo —digo antes de que pueda desestimarlo—. Me dio su tarjeta y dijo que debería llamarlo. —Voy al cajón donde he guardado la tarjeta y la tomo para poder probarlo.

—Bueno, es más prometedor de lo que esperaba. Pensé que solo estabas esperando a que el viento lo trajera de vuelta hacia ti.

Lo miro con desdén.

Archer pasa el pulgar por la esquina de la tarjeta.

—Entonces, ¿por qué no lo has llamado todavía? ¿Es porque hablar de él ha hecho que tu voz suene temblorosa y molesta? Solo Dios sabe qué pasará cuando hables con él.

—Gracias. Eres muy alentador.

—No soy famoso por dar discursos motivacionales que incluyan palmadas en el trasero.

—Vaya, qué sorpresa…

Él toma la tarjeta, la inspecciona y luego me la devuelve.

—Hazlo ya.

—No puedo… No puedo simplemente llamar. Estas cosas requieren planificación.

—No. No deberían.

—Pero… ¡Oye!

Archer toma mi móvil de la encimera, lo sostiene frente a mi cara para desbloquearlo, y lo mantiene fuera de mi alcance mientras marca el número de teléfono de la tarjeta de Christian.

Lo coloca contra mi oído y tengo un segundo para registrar ese aroma cautivador y misterioso antes de que el teléfono comience a sonar.

—Maldita sea, Archer, no quiero… ¡Christian! —digo un poco demasiado alto cuando él contesta en el segundo timbre—. Hola. Eh… Hola. Soy la doctora Miranda Reed.

—Muy elocuente —dice Archer, moviendo los labios sin emitir sonido.

Lo fulmino con la mirada.

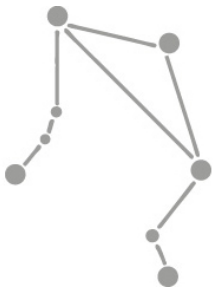
—¡Doctora Reed! —dice Christian—. Como no llamabas, empecé a pensar que había sido demasiado insistente…

—Para nada. Solo estaba… —Esperando que mi horóscopo me diera el visto bueno—. Solo estaba… —me quedo en blanco—. Pensando.

Archer sacude la cabeza con un suspiro, luego, toma su cerveza con una mano y me da una palmadita en el trasero con la otra.

—¿Qué ha sido eso? —susurro, cubriendo el teléfono con la mano.

—Una charla motivacional que incluye una palmada en el trasero —murmura él—. Créeme, la necesitas.



TEMPORADA DE LIBRA

El Sol está completamente en Libra, y hoy lo sentirás de manera intensa, querida Géminis.
La temporada de Libra es un gran momento para construir relaciones, y hoy comenzarás una que tendrá un impacto duradero.

Christian quiere verme.

¡Genial!

Como posible profesora para su hija.

¿Genial?

Cuando le conté a Daphne cómo había ido la conversación, sonó decepcionada en mi nombre. Y tenía algo de razón. Habría sido un poco más emocionante si me hubiera invitado a tomar algo. O a cenar. O a vivir juntos hasta que la muerte nos separase…

Es broma.

Más o menos.

Pero, cuanto más pienso en ello, más me gusta cómo se ha desarrollado la situación. Me gusta que Christian parezca valorar mi

cerebro y mi campo de estudio. La mayoría de los hombres pierden el interés en cuanto menciono el Big Bang, y eso incluso incluye a Daniel.

¿Y el hecho de que confíe en mí para que conozca a su hija?

Es romántico, a su manera. Al menos eso es lo que me he estado diciendo estas últimas semanas.

Cuando lo llamé, Christian iba de camino a Londres para un viaje de negocios de una semana, y la semana siguiente su hija, Kylee, viajaba a Orlando para visitar a sus abuelos maternos. Así que hoy es el primer día disponible para que los tres nos encontremos, y estoy emocionada.

Bueno, la verdad es que estoy tan nerviosa que casi vomito mientras me cepillaba los dientes esta mañana. Lo cual es ridículo.

Soy una mujer de treinta y un años, me siento cómoda hablando frente a cientos de personas y ya no me sorprende aparecer en directo en la televisión nacional para hablar sobre eclipses lunares. Sin embargo, por alguna razón, un empresario simpático y su hija de nueve años me ponen los nervios de punta.

Pero es que… tengo la extraña sensación de que mi horóscopo tenía razón sobre ese encuentro con Christian; sobre que era importante.

Y esta mañana, el mismo día en que los voy a conocer, leo que voy a comenzar una relación con un «impacto duradero».

Aún más inquietante es que se suponía que nos íbamos a encontrar ayer. Ayer, cuando mi horóscopo no decía nada sobre una reunión importante de ningún tipo y tuve que posponer la reunión para hoy después de que mi lavavajillas tuviera una fuga descomunal.

(Por cierto, el horóscopo de ayer mencionaba una emergencia doméstica…).

Incluso si no estuviera comprometida a vivir mi vida de acuerdo con el horóscopo de manera pura y completa, el nivel de coincidencia parece alto.

Para calmar los nervios, he intentado desviar mi enfoque de Christian hacia Kylee y la perspectiva de ser su profesora.

Aunque la docencia siempre fue mi meta, nunca había considerado enseñar a niños; ni siquiera a estudiantes de secundaria. En mi mente siempre iba a ser la *doctora* Reed, siempre estudiantes universitarios, siempre en una universidad prestigiosa…

Lo cual me hace sonar como una niña precoz que probablemente se convertiría en una adulta elitista e insufrible; estoy trabajando en esa última parte.

En cualquier caso, enseñar a niños nunca estuvo en mis planes. Pero, ahora que se ha plantado la semilla, no puedo dejar de pensar en ello. La perspectiva de poder moldear una mente joven y de fomentar su entusiasmo por la física promete una satisfacción muy diferente a la que estoy acostumbrada.

Un par de minutos antes de la hora programada para su llegada, hago una revisión rápida de la cocina y me aseguro de que mis libros de astrología estén bien ocultos. Por mucho que trate de hacerme mío el Proyecto Horóscopo, simplemente no puedo introducir a una niña el concepto de ser un Escorpio, o lo que sea que ella sea, hasta que entienda primero que es una constelación en el hemisferio celeste del sur, ubicada cerca del centro de la Vía Láctea. Quiero que entienda qué es antes de que decida creer que eso tiene alguna influencia en su vida.

Por supuesto, primero me tienen que contratar.

El timbre suena justo cuando estoy metiendo en un cajón el gráfico lunar que he comenzado a hacer y que tengo colgado en la nevera.

Abro la puerta al padre y a la hija, y… Santo cielo, mariposas en el estómago.

Él es mejor de lo que recordaba, mucho mejor. Y la conexión cuando sus ojos se encuentran con los míos se siente aún más intensa.

Un poco desconcertada por mi propia reacción, me obligo a prestar atención a su hija.

Kylee es tierna, seria y tiene los ojos bien abiertos. Tiene el cabello, oscuro y rizado, recogido en una coleta caída, unos ojos azules enormes y aparatos en los dientes.

—¡Hola! Tú debes ser Kylee —digo, centrándome en la niña para evitar seguir mirándolo a él.

—Obviamente. ¿O pensabas que él era Kylee? —pregunta, inclinando la cabeza, aunque no hay rastro de altanería, solo una curiosidad genuina por mi obviedad.

Su padre suelta un suspiro muy pequeño.

—Kylee.

Ella levanta la vista. Parpadea.

—¿Qué?

Sonrío para asegurarles a ambos que no me ofende y desvío mi mirada de nuevo al hombre apuesto de la puerta.

—Pasad. Muchas gracias por el cambio de agenda de última hora.

Christian sonríe de nuevo.

—No pasa nada. Estamos muy contentos de poder conocer a la famosa doctora Reed. —Levanto las cejas, y él sonríe, mirándome a los ojos—. Investigué un poco.

—Ah, sí. Mi infame página de Wikipedia —digo con una mueca leve. Nunca me había molestado tener un perfil público en el pasado, pero ahora que ya no estoy en el ojo público me siento extrañamente vulnerable al saber que alguien podría saber más de mí a través de internet que de mi propia boca.

De todos modos, como yo hice lo mismo con Archer, no puedo enfadarme demasiado.

—Como estoy en un año sabático en este momento, ¿qué te parece si dejamos lo de «doctora Reed» y usamos solo «Miranda»? —digo, mirándolo.

Y entonces lo siento. Algo pasa con mis pestañas.

¿Acaso acabo de parpadear rápido?

Dios. ¿Estoy coqueteando?

La ligera mueca de los ojos de Kylee me dice que: a) sí lo estoy haciendo, b) no lo estoy haciendo bien, y c) no es la primera vez que una mujer se derrite frente a su padre.

—Así que te gusta la física, ¿verdad? —pregunto, tratando de recomponerme.

La forma en que los ojos de la niña se iluminan al hablar del tema me reconforta un poco; me recuerda a una antigua Miranda que amaba la materia por sí misma, no como una carrera profesional.

—Me encanta —responde—. Pero el programa de ciencias de mi escuela es una mie… Apesta —se corrige rápido tras una mirada de Christian—. Lo único que aprendimos son los planetas de nuestro sistema solar.

—Como si fuera el único —respondo con desdén.

—¡Exacto! —Su voz rebosa entusiasmo, indicándome que nos vamos a llevar muy bien—. ¡Mi profesora ni siquiera sabía lo que quería decir cuando le pregunté por los brazos espirales!

Christian parpadea una vez, y le sonrío.

—Cosas de la Vía Láctea.

—Ah. ¿Eso qué es? ¿Una marca de helados? Vale, vale —dice él, haciendo un gesto de calma con las manos hacia una Kylee escandalizada—. No más chistes de papá.

—Hace muchos chistes —dice Kylee.

No me molesta.

—Bueno, a ver, ¿hay algo en particular que quieras aprender? —le pregunto.

—Pues… —Kylee aprieta su coleta—.Vi en internet el plan de estudios de tu curso «El Universo» y me parece bien para empezar.

—Cariño, la doctora Miranda enseña a estudiantes universitarios. Creo que…

—No, no, Kylee tiene razón de nuevo —lo interrumpo, sonriendo —. Es un excelente punto de partida.

Por más brillante que parezca Kylee, probablemente necesitaré cambiar los libros de texto a algo más adecuado para su edad y tal vez simplificaré un poco el tema, pero no hay razón para no estructurar el plan de clases de la misma manera.

—¿En cuántos días de clase por semana pensabais? —pregunto, dirigiéndome a Christian, esperando que mi contacto visual sea normal y no adorador.

—Cinco días —dice Kylee rápido.

—Tienes fútbol los lunes y los miércoles. ¿Recuerdas? —añade Christian, mirándola.

La forma en que arruga la nariz indica que ella sí lo recuerda, pero estaba esperando que él lo olvidara.

La mirada de Christian vuelve a la mía antes de levantar los ojos por un segundo, con un toque de exasperación paternal pero con amor.

—¿Estás ocupada los martes y jueves? —me pregunta él.

—Para nada. Año sabático, ¿recuerdas?

—¿Qué es eso? —pregunta Kylee.

Es lo que sucede cuando tu vida entera se desmorona a tu alrededor.

—Es uno de los beneficios de la vida de profesora —miento un poco—. Es tomar un descanso de la clase y la vida en el campus para explorar nuevas ideas.

—¿Y qué ideas estás explorando?

—Eh… —Pienso en mi creciente montaña de libros de astrología guardados en un armario—. ¿Cosas sobre las estrellas?

—Lo está simplificando para ti, papá —dice Kylee, dándole un golpecito reconfortante en el brazo a su padre.

—Lo agradezco —responde Christian, y la forma en que sus ojos se arrugan en las esquinas me derrite un poco—. ¿Tardes? ¿Fines de semana? ¿Qué te va mejor?

—Me va bien a cualquier hora —afirmo—. Lo que sea mejor para tu horario. O el de tu exesposa, si va a ser ella quien traiga a Kylee.

Mentalmente me avergüenzo por la curiosidad tan evidente en mi voz.

—Nunca se casaron. Mamá y papá estuvieron saliendo en la universidad y yo fui un accidente —anuncia Kylee de manera muy tranquila, dejando claro que no tiene ningún problema con ello.

Christian pone los ojos en blanco, divertido.

—Las mañanas son un poco complicadas para mí, pero tengo un horario bastante flexible por la tarde.

—Él pasa mucho tiempo con su teléfono —interviene Kylee, imitando de forma exagerada a alguien que charla por teléfono.

—Gracias por eso, Ky —dice él, mirándola.

—¿Cómo os iría a las cuatro de la tarde? —pregunto.

—A las cuatro está genial —responde Kylee, lanzándose como si temiera que la oportunidad desapareciera si no actuaba rápido—. ¿Verdad, papá?

La forma en que él la mira me hace pensar que ella lo tiene comiendo de la palma de su mano, pero que está feliz de complacerla.

—Claro. Puedo traerla a las cuatro. ¿Cuánto duran las clases? ¿Una hora? —pregunta Christian.

—No tengo ni idea, la verdad. Diría que unas dos horas, si Kylee está de acuerdo —respondo.

Kylee asiente con entusiasmo, pero, antes de que pueda responder, se oye un golpe seco en mi puerta principal. Y, sin darme tiempo a reaccionar, se abre y aparece mi molesto vecino.

—Oye, Randy, ¿has vuelto a regar la albahaca? Ya te dije que… — Archer se calla al ver que no estoy sola.

—Ah, hola.

—Hola —responde Kylee con lo que solo puedo describir como un ronroneo.

«Oh, Kylee. Pobrecita». Si Archer es su tipo, con ese estilo impaciente y desliñado, tiene un camino difícil por delante.

Los presento a todos.

—Archer, ellos son Christian y Kylee Hughes. Christian y Kylee, él es mi vecino, Archer. Que no llama antes de entrar.

—He llamado —dice frunciendo el ceño—. ¿No me has oído?

—¡Miranda va a darme clases particulares! —exclama Kylee de repente, con la voz demasiado alta.

—¿Sí? Esperemos que no sean de botánica. Es un desastre —dice Archer, guiñándole un ojo a Kylee.

—Archer y yo compartimos un invernadero —le explico a Christian. No menciono que lo comparto a regañadientes; fue parte del acuerdo por su ayuda en construirlo. Es mitad suyo, aunque no sé por qué insistió en esa cláusula, porque pasa más tiempo criticando mi cuidado de las plantas que haciendo cualquier otra cosa.

—Archer. Me encanta ese nombre —dice Kylee emocionada mientras mira con ojos brillantes al artista sombrío que es un dolor de cabeza en mi vida. Las habilidades de coqueteo de la pobre son casi tan torpes como las mías.

—Es su apellido —añado, aunque no sé por qué lo menciono—. Su nombre es Simon.

Lo aprendí de Wikipedia también.

Él me mira a los ojos y me fulmina con la mirada.

Ah, sí, por eso lo he mencionado: odia el nombre de Simon.

—Un invernadero urbano. Suena genial —interviene Christian. Luego coloca su mano sobre la cabeza de Kylee—. Vamos, peque. Dejemos que Miranda siga con su día. —Entonces me mira—. Si las

tarifas de las que hablamos te parecen bien y no te hemos asustado en persona, ¿qué te parece empezar el próximo martes?

—Perfecto. Y muchas gracias por la oportunidad —digo rápido, sin estar del todo lista para permitir que este ejemplar perfecto se vaya antes de dejar una buena impresión—. Será bueno mantenerme al día con el cosmos durante mi año sabático.

Oh, Dios mío.

De reojo, veo cómo los labios de Archer se juntan y se enrollan hacia adentro, como si estuviera conteniendo una risa.

Me despido de los Hughes, logrando no decir nada más de lo que avergonzarme.

Archer espera hasta que cierro la puerta y luego se apoya en ella, sonriendo con burla hacia mí.

—Bueno. Eso ha sido… algo.

Gimo.

—¿Tan mal he estado?

—Has mejorado un poco respecto a la llamada telefónica. Un poco nada más. Solo una cosita…

—¿Qué?

Levanta la mano hacia su rostro, los dedos rozan la comisura de sus labios.

—Justo aquí. Tienes algo de baba…

Hago un ruido de desesperación y me giro para regresar a la cocina.

—Dado que eres tan bueno entrando sin que te abran, estoy segura de que no tendrás problema en salir por tu cuenta —digo por encima de mi hombro.

—¿Y nuestra albahaca?

—¡Déjalo ya y vuelve a tu vida de ermitaño raro en tu estudio raro!

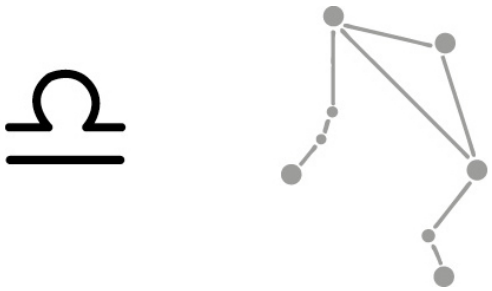
En realidad no sé si su estudio es raro o no, solo sé que es muy privado, algo que me ha repetido unos nueve millones de veces, aunque ni siquiera he puesto un pie en su casa, y mucho menos en su preciado estudio. Algunos tenemos modales.

—Hoy me he tomado el día libre. ¡No todos tenemos que mantenernos al día con el cosmos! —me grita mientras me alejo.

Ya he cruzado la puerta cuando extiendo mi mano y levanto el dedo corazón en un gesto nada habitual en mí pero muy satisfactorio.

Oigo cómo se ríe, y luego la puerta principal, que se abre y se cierra una vez más.

Me dirijo a mi ordenador y comienzo a buscar libros sobre astrología y relaciones; de repente, estoy muy interesada en descubrir lo que significará el Proyecto Horóscopo para mi vida amorosa.



Temporada de Libra

Hoy será un día de introspección relajada. La Luna se desliza hacia Géminis esta noche y te insta a enfrentar emociones que antes estaban reprimidas. No luches contra el impulso inesperado de abrirte y no intentes hacerlo sola; un oído atento te encontrará, quizás el de una fuente inesperada.

—Ya me he ocupado de ellas —dice Archer. El rasguño del carboncillo sobre el caballete no se detiene.

Le echo un vistazo a su tejado, sorprendida.

—¿Has regado las mariposas? —pregunto.

—No estaba seguro de si estarías aquí esta noche —dice encogiendo los hombros.

—¿Lo dices en serio? Hoy hay cuarto menguante en Géminis y es una noche despejada de otoño. —Levanto la vista—. ¡Vivo para esto!

—Sí, pero también es viernes por la noche, Randy. En general suele ser un día para ir a la ciudad, quedar con los amigos, ligues…

—¿Ligues? —repito sorprendida—. ¿Necesitas que te lleve a la residencia de la fraternidad, Archer?

—Sabes a lo que me refiero: citas, sexo. —Mueve las cejas con picardía al mencionar esto último, pero lo ignoro—. Ayer vi a la niña yendo emocionada a tu puerta principal —dice después de un momento—. Parecía demasiado contenta para alguien que está estudiando ciencia fuera de la escuela.

—Me recuerda a mí a esa edad. —Sonrío—. Solo hemos tenido un par de clases hasta ahora, pero está impaciente porque aún no lo sabe todo.

—¿No enseñan cosas de estrellas en la escuela?

—Sí enseñan *cosas de estrellas*, pero solo los conceptos básicos: que la Tierra gira alrededor del sol, los nombres de los planetas, que nuestro sistema solar es uno entre billones y poco más. No llegan a las cosas interesantes.

—¿Alguna vez pensaste en enseñar a niños de la edad de Kylee? ¿O siempre pensaste en estudiantes universitarios?

Inclino la cabeza, mirándolo.

—Estás muy parlanchín esta noche.

—Estoy aburrido —dice, y aunque su tono coincide con su afirmación, debo estar conociendo al hombre mejor de lo que pensaba, porque no creo que sea del todo verdad. No creo que Simon Archer sea tan indiferente a la gente que lo rodea como aparenta. También tengo la sensación de que esta noche quiere una distracción de sus propios pensamientos.

—Siempre me imaginé siendo profesora de universidad —digo, decidiendo darle esa distracción—. Aunque me sorprende lo mucho que disfruto enseñándole a Kylee. Es refrescante compartir conocimientos con alguien que está interesado de veras en el tema y

no en su promedio académico. Todo lo que le importa es lo genial que es el cielo.

Inclino la cabeza hacia arriba y miro esa genialidad.

—Lo cual, a su vez, me ayuda a recordarlo. Cuando estás en una gran aula universitaria, a veces olvidas lo maravilloso y grande que es el universo y lo pequeños que somos. Y, cuanto más aprendes, más te das cuenta de lo poco que sabes, así que la búsqueda del entendimiento se convierte en una especie de adicción. —Suelto una risita cuando me doy cuenta de que estoy empezando a parlotear—. Tenías razón la primera noche: sí soy ruidosa.

—Hum, supongo que me estoy acostumbrando… —dice, un poco distraído, ya que, como siempre, la mayor parte de su atención está en su caballete.

Enderezo la espalda y pongo mi mejor expresión autoritaria de profesora.

—He decidido que ya es hora de echar un vistazo a tu lienzo.

—¿Ah, sí?

Asiento.

—No es como si no hubiera visto tu trabajo, he visto lo que vendes.

Eso capta su atención. Me mira, algo molesto.

—¿Cuándo?

—Relájate. No entro en tu casa como tú haces con la mía. Pero en las noticias hay un par de artículos sobre subastas de tus obras.

Él sigue mirándome, pero no dice nada.

—Eres bastante bueno —comento mientras coloco la regadera sobre la mesa y agarro una de las sillas de hierro para sentarme. He traído algunos muebles del jardín aquí, ya que, aunque las noches

en el patio han terminado, me gusta la idea de que las noches en la azotea sean una experiencia que dure todo el año.

—Halágame todo lo que quieras —se queja—, pero no vas a echarle un vistazo a este caballete. Ya te lo dije —añade, girando el trozo de carboncillo entre sus dedos—: lo que hago aquí arriba es solo para mí.

—¿Lo prefieres? —pregunto—. ¿Prefieres el carbón a la pintura?

Al parecer, decide que mi parloteo sí le molesta después de todo, porque en lugar de responder deja caer el carboncillo en el pequeño plato desconchado que tiene en el taburete y atraviesa la azotea para volver a su casa adosada.

Parpadeo. Es grosero, incluso para él.

Y estoy un poco sorprendida por lo decepcionada que me siento al estar sola en el tejado. No hace mucho tiempo, me irritaba que el regreso de Archer de sus viajes interrumpiera mi soledad. Pero en algún momento supongo que he empezado a disfrutar de estas extrañas conversaciones nocturnas con uno de los seres humanos más desconcertantes que he conocido.

Me acomodo en mi silla e intento canalizar a la Miranda de hace unos meses, la que disfrutaba del silencio tranquilo. Antes de encontrarla, la puerta de la azotea de Archer se abre de nuevo y reaparece.

Me sorprende cuando, en lugar de regresar a su posición habitual detrás del caballete, pasa de largo y cruza el pequeño espacio entre nuestros dos tejados con zancadas largas.

Es la primera vez que lo hace. El espacio entre nuestras azoteas es de menos de treinta centímetros, pero representaba una especie

de división importante y nunca habíamos cruzado esa brecha hasta ahora.

Estoy tratando de entender cómo me siento al respecto cuando Archer coloca sin ceremonias una botella y dos frascos de vidrio en la mesa. Saca la silla que hay junto a la mía y vierte un chorrito de la botella en cada frasco.

Levanta uno de los frascos, lo golpea contra el segundo, y luego lo empuja hacia mí.

—Salud, Randy.

Levanto el frasco, lo olfateo, y retrocedo un poco.

—¿Qué es esto?

—Michter's.

Parpadeo.

—Centeno.

Parpadeo de nuevo.

Él niega con la cabeza.

—*Whisky*.

—No bebo *whisky*.

—Esta noche sí —dice él, recostándose en la silla y dando un sorbo a su vaso.

Tomo un sorbo muy pequeño, sin sorprenderme al encontrar que quema un poco.

Pero sí me sorprende que el segundo sorbo es algo mejor. Y el tercero… casi agradable.

—Ve despacio —dice sin mirarme. Está medio encorvado en su silla para poder echar la cabeza hacia atrás—. Estas sillas son una porquería.

—Lo son. —Asiento—. En especial para observar las estrellas. Lillian me dijo que podía reemplazar lo que quisiera, pero parece que todavía no me he decidido a hacerlo.

Por supuesto, él no responde, pero el silencio no es desagradable. Todo lo contrario. Me sorprende cuando él es quien lo rompe.

—Echas de menos enseñar —dice Archer, balanceando el frasco en su mano.

—¿Es una pregunta o…?

Archer se encoge de hombros.

—No hace falta preguntar. Es obvio por cómo hablas y hablas sin parar.

A pesar de su comentario, cuando me mira de reojo, su mirada no coincide con su tono exasperado; es penetrante, como si viera un poco más allá. Bajo rápido la vista hacia mi bebida.

—Sí, lo echo de menos —admito después de un momento.

—¿Pero?

Respiro profundamente, sorprendida al darme cuenta de que hay un «pero».

—Pero supongo que pensé que lo extrañaría más. O más bien… pensé que extrañaría más el resto. La gente de fuera del mundo académico no se da cuenta de que enseñar es solo una pequeña parte de lo que hacemos. Hay todo otro… lado. Todos se esfuerzan mucho por pretender que solo se trata de ciencia, cuando en realidad al menos la mitad de tu energía se va en estar al tanto de lo que hace todo el mundo y asegurarte de que te presentas de cierta manera…

—¿Es por eso por lo que vas a los programas de televisión y das las entrevistas? ¿Porque te permite enseñar y evitar todo ese

estúpido esnobismo del profesorado?

—Eso es… —*Vaya*—. Muy perspicaz. Y sí, supongo que tienes razón, pero fue algo que me salió caro.

—¿Qué quieres decir?

Subo un hombro y bebo el *whisky*.

—Mi dedicación a la parte no esnob es el motivo por el que me negaron la titularidad.

—¿Lo es?

Giro para fulminarlo con la mirada.

—Sí. ¿Por qué? ¿Acaso crees que había otra razón?

—No. —Él sostiene mi mirada—. Creo que tú piensas que la hay.

Inhalo un poco, porque, hasta este momento, no me había dado cuenta de que tiene razón y que un pensamiento sigiloso ha estado rondando en mi cabeza desde que la doctora Kowalski me dio la noticia en abril.

Exhalo.

—¿Y si…? ¿Y si pensaron que no tenía la dedicación suficiente?

Él sigue sosteniendo mi mirada.

—¿La tenías?

—Sí —respondo automáticamente—. Vengo de una familia de profesores respetados y titulares. Siempre he sido lo que he querido.

Él empuja el interior de su mejilla con su lengua antes de tomar un sorbo de su bebida.

—Entonces, ¿qué pasará ahora? Haces este asunto del horóscopo durante un año, te tomas un descanso de la vida universitaria, de ser científica, y luego simplemente… ¿vuelves? ¿A una vida que en realidad no te gustaba?

—Nunca he dicho que no me gustara.

Él levanta una ceja: «¿Seguro que no?».

—Hablemos de otra cosa. —Mi voz suena afectada y malhumorada.

—Claro. ¿Qué tal de Papi Perfecto?

—¿Perdón?

—El padre de la niña, el tipo ante el que no puedes decir una frase coherente. Es tu caballero de armadura brillante, ¿verdad?

—Christian —digo, y suena un poco soñador, como una preadolescente con su primer enamoramiento.

—Oh, guau —murmura él.

—En realidad… —Frunzo el ceño—. No he visto mucho a Christian. No sale del coche cuando deja a Kylee.

—Estás decepcionada.

—Y tú lo estás haciendo de nuevo —digo, exasperada—. Esa molesta pregunta que no es una pregunta. Basta, no hablemos más de mi carrera ni de mi vida amorosa.

—¿Qué vida amorosa? —pregunta él, aunque sin maldad.

—¡Au! —digo, aunque sin dolor alguno.

Él sonríe y se recuesta un poco más en su silla para mirar hacia arriba.

—Enséñame algo.

—¿Cómo?

Extiende su vaso hacia el cielo.

—Sobre el cielo.

—Eh, bueno, es un tema… muy amplio.

—Está bien, pues cuéntame qué opinas de la luna, qué sientes por ella.

—No siento nada por la luna —respondo de modo automático.

Él suspira.

—Está bien, Randy. Entonces, dime algo empírico sobre la luna.

—¡Este es otro tema superamplio!

Él me mira, exasperado.

—¿Siempre es así de difícil conversar contigo en una cita?

—Esto no es una cita.

—No, definitivamente no lo es.

—Pero sí —admito—. Tengo la teoría de que soy así de difícil en las citas.

—¿Tienes la teoría?

—Bueno, tampoco es que haya podido recopilar muchos datos sobre eso últimamente.

—¿Lo has intentado? —pregunta él.

—¿Qué? ¿Recopilar datos?

—Tener citas, Randy —responde Archer con exasperación—. Ya sabes: salir, conocer gente nueva…

Suspiro.

—Mejor volvamos a la luna.

Él mira otra vez hacia el cielo.

—Me parece bien.

Doy otro sorbo al *whisky*, dándome cuenta de que disfruto bastante de la bebida.

—¿Quieres que hable de ella como astrónoma de toda la vida o como una aprendiz de astróloga reticente?

—Sorpréndeme.

—Bueno. La astrónoma en mí explicaría que la luna está en la fase final de su ciclo lunar y que esta noche está a 270 grados del sol.

Vemos la mitad de ella durante esta fase, siempre el lado derecho, que es el lado que mira al sol. Y da lugar a una marea muerta.

—¿Una qué?

Sonrío, un poco sorprendida de lo bien que me siento al desempolvar este conocimiento y compartirlo; no lo enseño en mis clases.

—Es cuando hay la menor diferencia entre marea alta y baja.

Archer no responde, pero de alguna manera sé que no solo está escuchando, sino que está prestando atención.

—Ahora, en cuanto a lo que supuestamente significa para nosotros, los humanos, según la astrología —continúo, ahora más reticente porque este tema es territorio desconocido para mí—, la luna en esta fase implica que es un momento en el que debemos… reflexionar. O algo así.

—Soltar —dice Archer, sosteniendo su vaso con ambas manos.

—¿Soltar? —repito.

Él se mueve incómodo en la silla.

—El último cuarto del ciclo lunar va de reflexión, sí, pero también de soltar. De dejar ir algo que ya no funciona, incluso si es solo una actitud.

Lo miro fijamente.

—Vaya, Simon Archer, eres más profundo de lo que pareces…

Él me mira con un tono de advertencia, y yo sonrío, pero no lo provoco más.

—¿Alguna vez has tenido un diario, Randy? —pregunta después de unos minutos de silencio.

—No hasta hace poco —digo, sorprendida por la pregunta—. Últimamente voy registrando todo esto del horóscopo; aunque

intento ser algo más académica al respecto que eso de «Querido diario». ¿Por qué?

Él inclina la barbilla hacia el caballete en el tejado.

—Estos bocetos a la luz de la luna son… bueno, ya sabes.

—Son tu diario —digo, al entenderlo.

—Supongo. Solo que con imágenes en lugar de palabras.

—Eso explica por qué no me dejas verlos —reflexiono al darme cuenta—. Lo entiendo.

Él hace un gruñido que podría ser un «gracias».

—¿Lo prefieres? —pregunto, inclinándome ligeramente hacia un lado para observarlo mejor—. ¿Prefieres los dibujos hechos aquí arriba en comparación con las pinturas que vendes?

Él bebe un sorbo y parece dejar que el *whisky* se pasee sobre su lengua antes de tragarlo.

—Quizás. Pero a nadie le interesa comprar dibujos en carboncillo hechos a la luz de la luna.

—Pero ¿las otras cosas que pintas se venden bien?

—Acrílicos —dice él—. Pinto principalmente con acrílicos y… sí. Me va bien.

—Tus obras son muy hermosas —digo—. Incluso viéndolas en internet en lugar de en persona, son bastante… vitales.

Él levanta un hombro y vuelvo a cambiar mi peso para mirar hacia arriba, sintiendo que Archer se acerca al final de su «apertura», si es que puedo llamarlo así. De todos modos me parece un avance, aunque no tengo ni idea hacia dónde.

Después de un rato, empiezo a sentirme somnolienta y a gusto, aunque la dureza de la silla dificulta esta segunda parte, hasta que por fin me levanto, lista para retirarme por esta noche.

—Gracias por esto —digo, levantando mi vaso vacío.

Él asiente.

Cojo la regadera y la sostengo contra mi pecho. Y luego, porque el *whisky* ha relajado un poco mi mente y mi lengua, miro a Archer.

—Mi horóscopo predijo esto, ¿sabes?

—¿*Whisky* de centeno en un frasco?

Río un poco.

—No. Una conexión inesperada. Debo decir que no esperaba que fuera contigo.

La comisura de su boca se mueve.

—¿Deseabas que fuera con el padre de la niña?

—Quizás —admito—. Aunque esto no ha estado tan mal. ¿Y tú? ¿Hubieses deseado que fuera con…? ¿Cuál es el nombre de la publicista?

—Representante. Es representante.

—¡Ajá! Así que sí hay alguien.

Él suspira.

—Hay una mujer con la que tengo una relación.

Lo miro fijamente.

—¿Podrías ser un poco menos preciso, por favor?

Para sorpresa de nadie, él permanece obstinadamente en silencio.

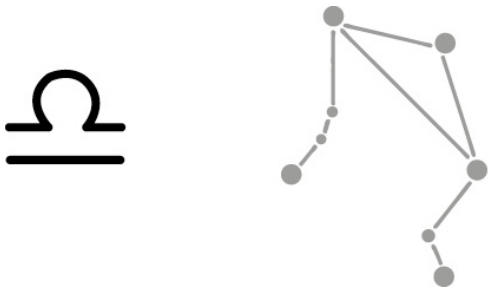
—Bueno. —Le doy un golpecito amistoso en el hombro mientras paso junto a él—. Supongo que podemos considerarlo un progreso en nuestra interacción.

—No —dice con cierta brusquedad, justo cuando estoy a punto de abrir la puerta para volver adentro.

—¿No qué? —pregunto.

—No. No estaba deseando que fueras ella.

Sonrío mientras bajo las escaleras. Viniendo de Simon Archer, eso ha sido un gran cumplido.



Temporada de Libra

Mercurio está en Libra hoy y, como es tu planeta regente, sentirás su efecto. Prepárate para un accidente feliz, un error que al principio te hará sentir incómoda, pero que es necesario para crecer y avanzar. Resiste la tentación de tomar el camino fácil, querida Géminis. Un poco de riesgo y exploración te irán bien.

—Ya estamos listas —digo, llevando con cuidado dos tazas de regreso a la mesa de mi cocina donde mi alumna espera—. Dos chocolates calientes, con extra de nubes y mi ingrediente especial: una pizca diminuta de canela.

De inmediato, Kylee saca una nube, se la mete en la boca, y luego me acerca un papel mientras me siento en la silla habitual frente a ella.

—¿Qué es esto?

—Veamos… —digo, tomando el papel. Y apenas logro contener la mueca cuando veo lo que ha estado mirando—. Es una carta astral. —Trato de decirlo de manera objetiva, y también un poco

despectiva. Como si no valiera la pena discutirlo, como si no me estuviera echando la culpa por haberla dejado en algún lugar equivocado en lugar de ponerla donde pertenece: con las cosas de astrología que escondo durante dos horas todos los martes y jueves mientras Kylee está en mi casa.

—¿Qué es una carta astral? —pregunta, sin creer mi desdén.

Ella la coge de nuevo antes de que yo pueda tirarla y la mira de una manera que hace que mi corazón se detenga. Su expresión es la misma que veo cuando uno de mis estudiantes (bueno, exestudiantes) se interesa por un concepto especialmente genial como el entrelazamiento cuántico. Solo que Kylee no se ha fascinado con ciencia avanzada, sino por una creencia antigua que la ciencia ha demostrado que es errónea una y otra vez. Mi primer instinto es poner mi voz de profesora más firme, tomar la carta y volver a enfocar su atención.

Pero luego recuerdo cuando tenía la edad de Kylee, en el campamento de verano de ciencias al que mis padres me enviaron en lugar de llevarme con la tía Lillian. Durante una de las sesiones de observación del cielo, le pedí un deseo a una estrella, tal como me había enseñado Lillian. Pero cometí el error de decirlo en voz alta. Una de las monitoras me oyó y me dijo enseguida que las estrellas fugaces eran solo pequeños fragmentos de roca o polvo que golpeaban la atmósfera de la Tierra y que, además, los deseos no eran reales.

En ese momento, la emoción más destacable fue la vergüenza de quedar expuesta. Y recuerdo con claridad haber decidido, con las mejillas ardiendo de humillación, que a partir de entonces me aseguraría de conocer bien los hechos antes de hablar sobre algo.

Desde aquella noche, no he vuelto a pedir deseos a una estrella, a una moneda lanzada a un pozo o a las velas de cumpleaños. Y me pregunto si ese no fue el verdadero daño causado: no el dolor de la vergüenza que se desvaneció en un día o dos, sino la pérdida del sentido del asombro, la destrucción de la posibilidad de cualquier cosa mágica.

De repente, me encuentro reacia a desempeñar ese papel en la vida de Kylee.

Mi horóscopo me ha prometido un accidente feliz y aquí está. Y no voy a tomar el camino fácil, apartando la magia con hechos fríos.

Cierro el libro sobre la lección del Cúmulo de Coma que tenía planeada para hoy y decido involucrarme.

—Esto es una carta astral —digo, acercándome para que ambas podamos ver el papel—. Es un mapa astronómico del momento exacto en que alguien nació.

Ella frunce el ceño.

—¿Es este el momento en que tú naciste?

—Así es. Estoy tratando de aprender a leerla.

—Pero no hay palabras.

—Exacto —digo—. Pero ¿ves todos estos símbolos? Significan algo.

—¿Como qué?

Deslizo una mano sobre el papel.

—Bueno, ¿ves este anillo dividido en doce secciones alrededor del círculo? Esas son las constelaciones, o los signos del zodíaco. Y todos estos símbolos —continúo— son los planetas.

Kylee señala el símbolo de la luna creciente.

—Pero la luna no es un planeta.

Sonrío.

—No según la definición de la comunidad científica. La luna no es un planeta según la definición astronómica, pero, en astrología, el sol y la luna se tratan como planetas. De hecho, se los llama luminarias.

—Astrología —dice Kylee, saboreando la palabra—. Son los horóscopos, ¿verdad?

—Bueno, en realidad, los horóscopos son solo una parte del estudio de la astrología. Por ejemplo… ¿Sabes cuando hablas con alguien sobre el espacio y quizá puede nombrar los planetas de nuestro sistema solar, pero piensa que eso es todo lo que hay? A eso me refiero.

—Ah, sí —contesta poniendo los ojos en blanco con exageración.

—Bueno, probablemente así es como se sienten los astrólogos acerca de los horóscopos, porque son solo una pequeña pieza de un rompecabezas muy grande.

—¿Probablemente? —pregunta, mirándome con ojos curiosos y abiertos—. ¿No lo sabes?

—Bueno, no soy astróloga. Soy más bien… mmm. ¿Sabes lo que significa ir de oyente una clase?

Ella niega con la cabeza.

—Bueno, en la universidad, a veces puedes asistir a una clase fuera de tu campo de estudio. No te ponen nota ni tampoco recibes créditos académicos.

Arruga la nariz mientras sopla el vapor del chocolate caliente.

—Entonces, ¿por qué ir?

—Solía preguntarme lo mismo —admito, jugueteando con una nube—. Pero eso es más o menos lo que estoy haciendo este año:

acercarme a la astrología como «oyente». Haciendo cuanto puedo por entenderla, aunque no sea mi campo de estudio tradicional.

Kylee lo considera, luego asiente antes de inclinarse sobre mi carta otra vez.

—¿Qué significa cuando cada planeta está en una porción diferente del pastel zodiacal?

Su dedo se mueve en círculo, tocando un símbolo cada vez.

—Bueno, por ejemplo, aquí está el símbolo del sol, y el sol está en Virgo. Eso básicamente significa que, desde el punto de vista de alguien aquí en la Tierra, el sol estaba cruzando por delante de Virgo en el momento en que nací.

—Está cerca de la línea —dice, inclinando la cabeza para ver más de cerca.

—Sí, está a solo un grado de la frontera de Virgo. Un poquito más hacia el otro lado y mi signo solar hubiese sido Leo.

Ella sonríe al reconocerlo.

—Lo sé todo sobre los signos: soy leo, nací el 3 de agosto. Eso significa que soy feroz.

Sonrío.

—Es probable. Pero eso solo significa que, en tu carta, el sol está justo aquí —Señalo—. Para obtener la imagen completa, necesitaríamos ver el resto de tu carta. En especial tu signo ascendente.

—¿Qué es eso?

—En astrología, es el más importante —digo, moviendo cómicamente las cejas.

Ella se inclina hacia adelante con entusiasmo, mucho más emocionada por esto que por la lección de ciencias que

supuestamente deberíamos estar dando. Sé que debería sentirme culpable, pero sienta bastante bien alimentar este tipo de pensamiento creativo en lugar de destruirlo. Los hechos siempre estarán ahí. Este tipo de pensamiento maravilloso y de mente abierta, en cambio, puede no estarlo.

—Entonces, ¿cuál es mi signo ascendente? —pregunta Kylee.

—No lo sé. Necesitaría saber tu año de nacimiento, la ciudad donde naciste y la hora.

—Humm. —Muerde su labio inferior y piensa—. Tendría que preguntar a mis padres.

—Bueno, estaré encantada de abordar este tema la próxima vez —digo, empezando a guardar la carta para cambiar el rumbo hacia lo que me están pagando por enseñarle.

Una vez más, ella extiende la mano y sujeta el papel, mordiéndose el labio.

—Mi madre es Tauro y mi padre es Sagitario, por eso nunca se casaron.

Oh, cielos.

Doy un sorbo a mi chocolate caliente, sabiendo que estoy en un terreno potencialmente peligroso y necesito proceder con cuidado.

—¿Por qué crees eso?

—He visto los gráficos en las revistas de mi amiga Emma —me informa de manera muy objetiva—. Los signos de Tauro y Sagitario no son compatibles, pero mi padrastro es cáncer, y por eso hace tan feliz a mamá. —Cuando no respondo de inmediato, ella me mira—. ¿Verdad?

—Bueno… —Doy otro sorbo al chocolate caliente, tratando de descifrar cómo abordaría esta conversación un astrólogo—. No

podemos olvidar que la carta astral está compuesta por muchos más componentes que el sol; lo cual significa que estamos compuestos por muchos elementos más que solo los rasgos de personalidad asociados con nuestro signo solar. Así que la compatibilidad depende de muchos factores diferentes, incluso solo desde una perspectiva astrológica.

Y el adulto responsable en mí no puede evitar agregar:

—Lo importante de verdad es que tu padrastro y tu madre se hagan felices el uno al otro, más allá de lo que sus cartas puedan decir.

—Pero las cartas *sí* dicen algo sobre la compatibilidad amorosa, ¿no? —insiste, persistente.

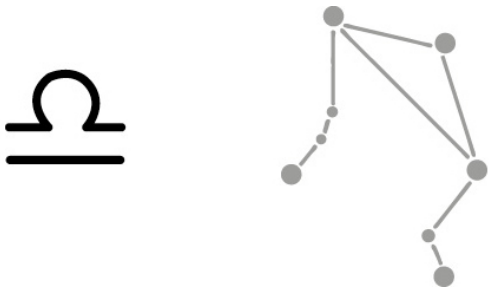
—Claro. Hay todo un campo de estudio en la astrología llamado sinastría.

—Sinastría —Kylee repite la palabra—. ¿Puede decirte si dos personas están destinadas a estar juntas?

—Em… En teoría, sí. Veo que te interesa mucho esto. ¿Tienes a alguien particular en mente? —digo, preguntándome si toda esta conversación proviene de un enamoramiento hacia algún compañero de clase.

Kylee asiente muy seria.

—Sí. Quiero encontrarle novia a mi padre, la pareja perfecta.



Temporada de Libra

La Luna Nueva está en Escorpio, querida Géminis, lo que hace que este sea un momento ideal para aprender una nueva habilidad; quizás una que has estado posponiendo por temor a una nueva dirección. Sin embargo, procede con cautela: prueba tu nuevo conocimiento con tareas de bajo riesgo para perfeccionar tus habilidades para cuando realmente importe…

Estoy sentada en la mesa de la cocina hojeando mis libros de astrología cuando oigo la puerta principal abrirse. Ni siquiera tengo que levantar la vista para saber que es Archer, quien ha convertido en costumbre eso de pasar cuando le apetece; lo cual sucede con frecuencia.

—Randy —dice como saludo mientras va hacia la nevera.

Me quito la goma del pelo y me froto el cuero cabelludo, que ha estado todo el día sujeto en una cola de caballo apretada.

—¿Hacías esto con Lillian? —pregunto.

—¿El qué? —Saca un táper con sobras de mi nevera.

—Entrar así y llevarte su comida.

—Al menos obtengo puntos por no beber directamente del tetrabrik, ¿no? —pregunta mientras se sirve zumo en un vaso que ha agarrado de la alacena.

—A duras penas puedo contener mi aplauso. Y no has contestado a mi pregunta.

Él quita la tapa del recipiente, huele y luego mete los restos de pollo al parmesano en el microondas.

—No soy muy bueno acordándome de ir a comprar cuando estoy concentrado en una obra. Pero —Archer se bebe el zumo de naranja en tres tragos antes de continuar—, por lo que puedo deducir, tu tía subsistía a base de cigarrillos, jerez y ostras ahumadas, así que no, no me llevaba su comida.

—Le pregunté sobre ti —digo, levantándome para buscar una copa de vino en la alacena.

Él saca el *pinot grigio* de la nevera y llena mi copa en silencio, y me sorprende un poco darme cuenta de lo natural que parece esta rutina; que sea siquiera una rutina.

—Lillian te describió como un «misterio encantador» —digo, aunque él no pregunta—. Estoy completamente de acuerdo con la parte del misterio.

—Mmm.

Él se sirve una copa de vino para sí mismo, lo cual no es parte de la rutina. En general bebe cerveza, o *whisky* de centeno si estamos en la azotea.

—Me dijo que hace unos años charló con tu prometida en alguna ocasión —digo como quien no quiere la cosa, dándole un pequeño giro a mi copa de vino, observando el líquido moverse.

Lillian también me dijo que le gustaba bastante la casi esposa de Archer y que le sabía mal que la cosa no hubiera funcionado. Lo que no sabía era por qué no había funcionado. Y por la mirada terca de Archer en este momento, no creo que yo vaya a descubrirlo tampoco.

Él saca el táper del microondas.

—¿Quieres?

—No, gracias. En realidad… sí —digo, dándome cuenta de que ya ha pasado la hora de la cena y tengo hambre. Pero no me distrae del hecho de que está sirviendo *mi* comida—. ¿Por qué no compras comida para llevar o pides comida a domicilio? —pregunto mientras reparte las sobras en dos platos—. Es mucho mejor que lo que yo pueda cocinar.

Él se encoge de hombros.

—No soy exigente con la comida cuando estoy trabajando. Es solo sustento.

Levanto las cejas.

—Y, sin embargo, cultivas hierbas frescas. Gracias a mi invernadero, por cierto.

—Nuestro invernadero —me corrige mientras me entrega un plato.

—Está bien. Entonces, dime: ¿por qué cultivamos hierbas si no te importa la comida?

Permanece en silencio por un momento.

—A mi madre le encanta su huerto. Las hierbas siempre han sido su orgullo y alegría.

—¿Tienes una planta de albahaca para sentirte cerca de tu madre? —Hago una pausa—. Creo que es lo más tierno que he oído nunca.

Él me apunta con el tenedor.

—Si se lo dices a alguien, te… —Pasa el tenedor por su garganta de manera amenazante.

Hago el gesto de cerrar los labios con un candado y tirar la llave.

—¿Y todo esto? —Archer pregunta, usando esta vez el tenedor para señalar los libros extendidos frente a mí—. ¿Sigues con los tránsitos planetarios?

—Guau —digo mientras como un bocado de pollo—. Has logrado decir eso sin ni una pizca de burla.

Él se encoge de hombros.

—Las demás personas son libres de creer en cualquier estúpida fantasía que quieran mientras no afecte mi vida, no tengo problema con eso.

La atención de Archer está en su pollo, así que lo inspecciono un momento por encima de mi copa de vino. Por más indiferente que pretenda ser su tono, hay cierta aspereza en él. Algo defensivo que va más allá de la simple burla habitual.

—Creo que por fin he entendido los tránsitos —digo, con cuidado —. Me refiero a un entendimiento astrológico. Como astrónoma, sé qué son los tránsitos planetarios desde siempre.

—¿Voy a arrepentirme de preguntar qué implica un entendimiento astrológico? —pregunta con cautela, dando un sorbo de vino.

—Ya sé que a ti no te interesa este tema, pero siempre preguntas. ¿Por qué será? ¿Culpa? ¿Sientes que tienes que darme conversación educada mientras engulles toda mi comida?

Él levanta un hombro.

—Parece que procesas las cosas explicándoselas a la gente. Es como… tu sello personal.

Lo miro un momento, un poco desconcertada por lo acertado que suena.

—Nunca lo había pensado, pero tienes toda la razón.

—Lo sé. Entonces, ¿qué me dices de esos tránsitos?

—Bueno, a ver. En su definición más básica, la de la NASA, significa simplemente que un planeta pasa entre una estrella y su observador. Entonces, si vemos a Mercurio pasar frente al sol, eso es un tránsito.

—¿Y en tu mundo?

Años de condicionamiento casi me llevan a aclarar que la NASA es mi mundo, pero el instinto ya no es tan agudo como lo era hace algunas semanas.

—En astrología, sigue tratándose del movimiento de los planetas, pero dicho movimiento tiene un significado que viene determinado por la relación entre la posición actual de los planetas y su ubicación en el momento de tu nacimiento. —Hago una pausa—. Ya sabes, la carta astral. Y necesito práctica para leerlas.

Él me mira con ojos comprensivos.

—No.

—Por favor, todo lo que tienes que hacer es darme tu certificado de nacimiento o los datos que necesito.

Llevo un par de semanas rogándole a Archer que me deje estudiar su carta astral. He hecho la de Daphne, la de Lillian y la de mi cuñada Emily. Ella es un amor y no solo se ofreció como voluntaria, sino que también prometió no contárselo al resto de la familia.

Pero, aunque la práctica ha sido genial, quiero leer la carta de alguien a quien no conozco desde hace años, alguien sobre quien no tenga muchas ideas preconcebidas para poder hacer una lectura

más clara y objetiva; alguien con quien practicar antes de leer la carta que realmente quiero ver: la de Christian Hughes.

Desde mi conversación con Kylee ayer, no he podido sacarme de la cabeza el concepto de «compatibilidad astrológica».

Archer arrastra el último bocado de pollo por la salsa y lo mete en la boca. Luego mira mi plato.

—¿Vas a terminártelo?

—Sí.

Él gruñe y pone su plato en el lavavajillas antes de ir hacia la mesa y tomar mi última lectura.

—¿Sinastría?

—Astrología de relaciones —explico—. Esencialmente consiste en superponer las cartas natales de dos personas para crear una carta de sinastría y ver cómo esas dos personas se afectan mutuamente o se complementan.

Tensa la mandíbula y tira el libro de vuelta sobre la mesa.

—¡Vaya chorrada!

Estoy a punto de dar un bocado, pero me quedo helada ante la vehemencia en su tono.

—¿He tocado una fibra sensible?

—No creo que el futuro en común de dos personas deba determinarse por nada más que su propia voluntad. Si a dos personas les gusta estar juntas, si se hacen felices mutuamente, eso es suficiente. O al menos debería serlo.

—Vale, ahora realmente quiero leer tu carta, porque creo que en realidad eres un romántico, pero también eres obstinado. Tal vez eres Tauro…

—¿Por qué no mantienes tu atención enfocada en Papi Perfecto?

Hago una mueca.

—Deja de llamarlo así, por favor. Es un apodo espeluznante.

—¿Cómo se llamaba? ¿Chris?

—Christian.

—¿Tú y Christian sois compatibles?

Decido que estoy llena y empujo mi plato hacia él, que coge mi tenedor y comienza a comer el resto de mi cena como si fuera lo más natural del mundo.

—No tengo ni idea. No puedo precisamente preguntarle por su cumpleaños, y menos aún por su hora de nacimiento.

—¿Por qué no? Me acosas por el mío.

—Contigo es diferente. —Hago un gesto con el vino.

—¿Por qué?

—Bueno, tú no me salvaste la vida —digo dulcemente, batiendo mis pestañas.

—¿Por qué no se lo preguntas de una vez? Sin duda, le gusta tu estilo peculiar. El otro día se tomó un tiempo inusualmente largo para recoger a Kylee.

Entrecierro los ojos.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque mientras vosotros dos estabais charlando en tu porche delantero, Kylee se acercó a mi jardín cuando yo sacaba el correo.

—Oh, no me di cuenta.

Archer resopla.

—Lo que demuestra que tengo razón.

Me muerdo una uña y lo miro durante un momento.

—Mi horóscopo dice que hoy debería emprender una tarea de bajo riesgo para practicar para uno de mayor riesgo…

—¿Y?

Suelto mi mano.

—Creo que leer tu carta es mi tarea de bajo riesgo y la de Christian es la de alto riesgo.

Él gime.

—¿Y si te prometo no mencionar una palabra al respecto? Has dicho que las creencias de otras personas no te molestaban siempre y cuando no afectaran tu vida.

Archer suelta un suspiro cansado.

—Sí, lo he dicho. Pero el problema es, Randy, que si lees mi carta, aunque no me digas nada al respecto, igual vas a tener pensamientos. Y esos pensamientos me molestarán.

—¿Cómo pueden molestarte mis pensamientos?

—Todo lo que tiene que ver contigo logra molestarme —gruñe, y vacía su copa de vino.

También la pone en el lavavajillas y luego comienza a dirigirse hacia la puerta principal. Estiro la mano y sujeto su muñeca.

—Archer. Por favor…

Los ojos azules de Archer sostienen los míos por un momento, luego se ponen en blanco de manera dramática e impaciente.

Él se libera de mi mano en silencio, pero en lugar de ignorar mi solicitud, toma un bolígrafo y un cuaderno de la mesa, escribe algo rápido y deja caer el bolígrafo y el cuaderno frente a mí.

Miro hacia abajo. Además del año de su nacimiento, ha escrito 10 de abril, 4:11 p.m., Denver.

—¿Sabes tu hora exacta de nacimiento? —digo, sorprendida. No parece ese tipo de persona—. ¿De memoria?

Archer se encoge de hombros.

—Una de las historias favoritas de mi madre es cómo hubiese deseado pujar un poco más para que yo hubiera nacido a las cuatro y diez del diez del cuatro.

—Ah, vaya… Gracias. En serio.

Él se encoge de hombros y se dirige hacia la puerta.

—No es nada.

—¿Hay alguna posibilidad de obtener también la carta de tu amiga misteriosa? ¿O la de tu ex, ya que estamos?

—No te pases, Randy —responde desde lejos.

Sonrío.



Más tarde, regadera en mano y abrigada para combatir la fresca noche de otoño, subo al tejado y me siento sorprendida pero contenta de encontrar a Archer en su lugar habitual a pesar del clima nublado y la luna creciente.

—Bueno, sé que he dicho que no hablaría de esto, pero he mentido —comento mientras riego las maripositas como todas las noches—. Es muy fuerte: he analizado nuestras cartas de sinastría y no estamos hechos el uno para el otro. De hecho, somos un desastre total en casi todos los aspectos.

Él emite un «hummm» que tanto puede ser distracción como de completo desinterés; probablemente un poco de ambos.

Miro hacia él.

—¿Es desolación lo que oigo en tu voz?

Sus dientes brillan rápido en la oscuridad, una sonrisa que supongo involuntaria.

—Solo estoy triste porque tendré que devolver el anillo que llevo encima desde el día en que nos conocimos.

Suelto un suspiro dramático.

—Y yo he tenido que quemar todas las libretas llenas de garabatos que decían «Doctora Miranda Reed Archer».

—Llenas de corazones, espero.

—Claro. —Sonrío.

Dejo la regadera y me quito el jersey, porque, al parecer, he añadido una capa de más, y todavía no es invierno. El pensamiento me hace darme cuenta de que en un mes, quizás menos, podría hacer demasiado frío para estas charlas en la azotea.

Trato de no pensar en ello.

—Honestamente —digo, acomodando mis gafas que estaban torcidas—, la lectura de nuestras cartas ha sido un punto a favor de la sinastría.

—¿Por qué?

—Bueno, es bastante obvio que no estamos destinados a tener un vínculo romántico, y las estrellas lo confirman. Punto a favor para la astrología.

—¿Por qué te resulta tan obvio? —pregunta con tono de curiosidad genuina, mirándome.

—Bueno, para empezar, tienes novia. Lo siento —digo rápido, porque me echa la misma mirada de siempre cada vez que se me escapa esa palabra—. Tienes a *alguien* con quien sales cuando estáis en la misma ciudad, lo cual no es muy a menudo. ¿Voy bien?

—Deja de intentar conseguir detalles, Randy. Será un esfuerzo inútil. —Él se endereza y se estira, mirando con ojo crítico su caballete antes de volverse hacia mí. Se guarda carboncillo detrás de la oreja—. Entonces, ¿ya estás lista para la tarea de alto riesgo?

—¿Qué?

—Has dicho que mi carta era la práctica de bajo riesgo para cuando tengas que hacer la de alto riesgo. ¿Ahora vas a pedirle la información a Christian?

—Bueno, en realidad… —Miro hacia abajo, sintiéndome indecisa sobre los próximos pasos.

—Es probable que me arrepienta de esto, pero… suéltalo de una vez, Randy. —Lo dice con más paciencia de lo habitual, como si entendiera mi incomodidad.

—Kylee me ha mandado un mensaje hace un rato con la información del nacimiento de su padre.

—¿Se lo has pedido a su hija? —Suena horrorizado.

—No, no —aclaro—. Ella está haciendo todo esto por su cuenta. Quiere encontrarle novia a su padre.

—Ah, vaya… Está haciendo de casamentera.

—Bueno, no dijo que quisiera que yo fuera la novia.

—¿Cómo es posible que yo sea más listo que tú en esto? —dice, acercándose a mí, inclinando la cabeza y frotándose la frente—. Por supuesto que ella quiere que tú seas la novia.

Cuando levanta la mirada de nuevo, sonrío, porque tiene una pequeña mancha de carboncillo en la frente.

—¿Cuál es el problema? ¿No está todo marchando según tu plan? ¿Según tu horóscopo?

—Es solo que… —Cruzo los brazos, sintiéndome vulnerable—. Siento que podría haber algo con Christian. Pero también es importante para mí seguir este camino que he comenzado, confiar en que las estrellas y el universo tienen un plan para mí; dejar que algo más que mi cerebro me guíe.

—¿Acaso son dos cosas incompatibles?

Trago saliva y encuentro sus ojos.

—Podrían serlo. Ahora mismo, es algo desconocido. Es el gato de Schrödinger: una situación paradójica donde…

—Sí, Randy. Conozco el gato de Schrödinger. Hasta que se observe, un gato en una caja puede estar vivo y muerto a la vez.

—Así que, hasta que lea la carta de Christian, podemos ser compatibles y no serlo. Pero si miro… Entonces lo sabré.

Archer suelta un pequeño suspiro y se sube a la cornisa de su tejado hacia el mío, con los dedos de los pies justo sobre el borde. Yo también estoy de pie en el borde del mío, así que estamos cara a cara, su aroma es tan inconfundible y atrayente como siempre.

—Mira —dice un poco a regañadientes—. Soy la última persona que debería estar dando consejos románticos, porque no hago lo de ser leal, atento y tener una sola pareja.

—«Ya no», querrás decir. Estuviste comprometido.

—El hecho de que hables en pasado lo dice todo. En cualquier caso, creo que tu vacilación sobre leer la carta de Christian no tiene nada que ver con la astrología.

—Tiene todo que ver con la astrología…

—Tampoco creo que tengas miedo de que él no sea compatible —dice Archer, hablando por encima de mi objeción—. De hecho, creo que tienes miedo de que sí lo sea. Porque significaría que, según las

reglas que te has impuesto para este año, tendrás que arriesgarte. Y esa es la parte que te da miedo.

Trago con dificultad porque sus palabras me resultan incómodas y… acertadas.

—Bueno —digo después de una pausa larga—. Supongo que hay algo bueno en todo esto.

—¿Qué? —pregunta él.

—Pues… Diga lo que diga su carta, no hay forma de que él y yo seamos más incompatibles que tú y yo. Eso ya es algo, ¿verdad?

No me doy cuenta de que he extendido la mano para tocarlo hasta que mi pulgar frota distraídamente la mancha de su frente. Sorprendida por el contacto, aunque yo lo he iniciado, bajo la mirada desde su frente hasta sus ojos, y encuentro que me observan con intensidad.

—Sí, Randy —dice con voz un poco áspera mientras dejo caer mi mano—. Eso ya es algo, sin duda.



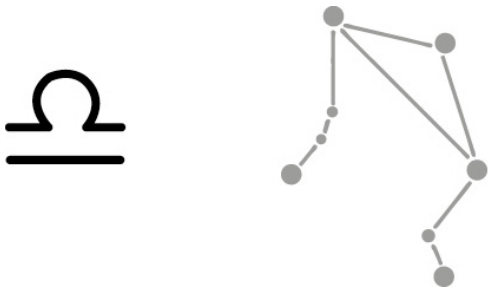
Una hora más tarde, miro la carta astral de Christian y la mía. Decir que el universo ha dado su bendición sería quedarse corto. Si mis referencias diversas sobre sinastría están cerca de ser precisas, él y yo somos casi una combinación perfecta en casi todos los aspectos.

De hecho, hablando astrológicamente, Christian Hughes está hecho para mí. Entre otras cosas, su Júpiter está en Libra en la quinta casa, lo que al parecer complementa mi lenguaje del amor. Y

es ascendente *y* sol en Sagitario, que es el regente de mi séptima casa.

Aprieto los labios, preguntándome por qué la sensación de emoción que espero se parece mucho a aprensión. Luego frunzo el ceño: es culpa de Archer. Archer, quien básicamente me ha llamado cobarde.

Para demostrarle lo contrario, tomo mi teléfono y le pregunto a Christian Hughes si quiere una cita conmigo.



Temporada de Libra

Un gran cambio está en el horizonte, y la anticipación te hará sentir perdida en tus propios pensamientos. Tu juicio e intuición están un poco nublados hoy, querida Géminis. Confía en un amigo para que te ayude a superarlo. Ellos podrán ver la situación con una claridad que tú no tienes en este momento.

—Creo que voy a vomitar —digo, poniendo una mano en mi estómago—. Tal vez debería cancelarlo.

—No vas a cancelar nada —dice Daphne con firmeza mientras sigue rebuscando en mi armario—. Y esa sensación de náuseas son solo mariposas en el estómago. Antes de una primera cita, las mariposas en el estómago son algo bueno, créeme.

Como he estado fuera del juego de las citas mucho más tiempo que mi mejor amiga, tal vez debería confiar en ella. Pero saber que las mariposas en el estómago son un buen presagio no las hace más cómodas. Por un segundo fugaz, desearía poder pasar la noche comiendo sobras con Archer antes de discutir en la azotea. No hay mariposas allí, solo una irritación cómoda.

Daphne mira por encima del hombro.

—¿Este es todo tu guardarropa? Nada, olvídalo, ha sido una pregunta estúpida. —Suelta un suspiro y vuelve hacia el armario—. De acuerdo, pues, tendrá que ser marrón.

—¡Tengo otros colores además del marrón! —digo.

Ella se aparta y señala hacia el armario.

—Demuéstralo.

Me pongo de pie y saco una de mis chaquetas de cuadros favoritas.

—Mira. Esta tiene rojo.

—Cariño, eso es como un dos por ciento rojo. El otro noventa y ocho es de tonos… ¿cómo llamarías eso?

—El marrón me queda muy bien —insisto.

Ella niega con la cabeza, exasperada, pero estoy bastante segura de que tengo razón en este punto. Y me gusta lo que llevo puesto ahora. Mi cuello alto marrón oscuro y mis pantalones caqui complementan mi cabello castaño claro, mis ojos marrones oscuros y mis pecas de una manera agradable y monocromática.

Al parecer soy la única que piensa así, porque, aunque Daphne puede parecer la despreocupada, reconozco la determinación en su boca roja anaranjada mientras sigue rebuscando entre mis limitadas opciones de ropa.

«Confía en un amigo para que te ayude a superarlo. Ellos podrán ver la situación con una claridad que tú no tienes en este momento».

Voy hacia la cómoda y saco un jersey de cachemira azul claro.

—¿Mejor?

—Perfecto —declara Daphne, y toma un par de pantalones azul marino del armario y me los entrega—. Ahora, hablemos de zapatos. Olvídate de las Birkenstock.

—No pensaba usar Birkenstock —respondo ofendida—. Tengo tacones, ¿sabes?

—Sí, los que usas para apariciones públicas y son muy… de profesora.

Ella saca una bolsa en la que no me había fijado hasta ahora, mete la mano dentro y saca una caja de zapatos que acepto, sorprendida.

—¿Me has comprado zapatos? ¿Tan horrible es mi guardarropa que sientes que tienes que complementarlo?

—Estaban de oferta, están de moda y son tu estilo —insiste.

Escéptica, quito la tapa azul de la caja, solo para hacer un ruido de sorpresa y aprobación.

—¿Ves? —dice mi mejor amiga, arrogante con razón.

—Son… Me encantan —digo, y me pongo enseguida los mocasines. Siempre me han gustado los mocasines, pero estos son más bonitos que los otros que tengo. Son de color marrón visón con una textura casi aterciopelada, y una suela gruesa que los hace parecer un poco más elegantes. Me levanto—. Oh. Estoy muy alta.

—Tienen una pequeña plataforma, como un tacón pero no tanto —dice ella, dando un aplauso feliz—. Bien. Vístete. Maquíllate… Al natural está perfecto —añade, al captar mi mirada—. Nos vemos abajo. Vamos a beber vino y a hablar de cómo Christian se va a enamorar perdidamente de ti.

Solo con eso, mi malestar se incrementa de repente.

Una parte de mí realmente espera con ansias la noche que se avecina. Pero lo que más siento es incomodidad.

Mi última primera cita fue hace unos meses con un profesor visitante del MIT. Hablamos solo de trabajo todo el tiempo. A nivel mental, fue bastante estimulante. Pero a nivel emocional o físico, lo más cercano a química que compartimos fue un interés mutuo en la espectroscopia. Y no sé por qué, pero dudo que Christian Hughes tenga un interés especial en el estudio de la absorción y emisión de luz y radiación por la materia.

Me pongo la ropa que ha elegido Daphne y rebusco en mi limitada colección de joyas hasta que encuentro unos aros dorados brillantes que compré para una fiesta navideña de la Universidad Nova hace años y que no he usado desde entonces. También me tomo más tiempo de lo normal con el maquillaje: delineador negro en lugar del habitual marrón, una capa extra de máscara de pestañas e incluso un poco del brillo labial color coral que compré impulsivamente hace unos días, siguiendo el consejo de mi horóscopo.

Doy un paso atrás y observo el resultado en el espejo.

—No está mal, doctora Reed —murmuro ante mi reflejo. Sigo pareciendo yo misma, solo que no como la versión aburrida y cotidiana.

Alzo la mano y suelto la goma que siempre llevo en el pelo para liberar mi habitual cola de caballo baja y despeinar un poco mi media melena alrededor de mis hombros. Mejor. Dudo que Christian se desmaye al verme, pero es agradable sentirme un poco más especial.

Bajo las escaleras y me detengo cuando escucho la voz de un hombre. Por un segundo, pienso que tal vez Christian ha llegado

temprano para recogerme, pero, a medida que me acerco, reconozco la voz grave de Archer.

Ha habido tormentas las últimas noches, así que no lo he visto desde nuestro extraño encuentro en el tejado cuando le limpié una mancha de la cara como si… Bueno, como si tuviéramos una relación mucho más cercana que la que realmente tenemos.

—Miranda Frances Reed —me regaña Daphne en cuanto entro en la cocina—. ¿Cómo demonios no me has dicho que conoces a Archer?

Parpadeo sorprendida por la acusación hecha en tono divertido.

—¿Os conocéis?

—Bueno, yo sé quién es —dice Daphne en tono escandalizado, entregándome una copa de vino—. Es una figura destacada, por así decirlo.

Oh, claro. El mundo del arte.

Realmente no se me había ocurrido que Daphne podría conocer a Archer, aunque supongo que debería haberlo pensado. Daph es diseñadora gráfica de profesión, pero su obsesión por el arte es prácticamente un trabajo extra: tiene pases anuales para todos los museos de arte más importantes de Manhattan e incluso trabaja como guía voluntaria en el MoMA los fines de semana.

Miro de reojo a Archer, que lleva un jersey gris, vaqueros, botas y su expresión sarcástica habitual, mientras da un sorbo a su copa de vino con una ceja levantada (Daphne probablemente le ha servido una, o tal vez se ha servido él mismo).

—¿Por qué me estás mirando así? ¿Acaso he vuelto a cometer alguna ofensa contra el invernadero? —digo.

—*Nah*. Tengo hambre. Pero tu nevera está casi vacía.

—Porque sabía que iba a salir esta noche.

—Sí. —Levanta una ceja—. Ya me he enterado.

Nuestros ojos se encuentran y parece que se sostienen durante un segundo más de lo que resulta cómodo, así que aparto la mirada rápido.

—Hay huevos. Sírvete.

—Siempre lo hago.

La cabeza de Daphne va de uno a otro como en un partido de pimpón.

—Te ves diferente —me dice Archer, echándome un vistazo que no es muy halagador.

Pongo los ojos en blanco.

—Maravilloso. *Diferente* es justo lo que buscaba.

—Te ves fantástica —interviene Daphne—. Entonces vosotros dos… sois… ¿amigos?

—Vecinos —respondemos Archer y yo al mismo tiempo.

—Tenemos que compartir el espacio del tejado —digo, señalando hacia arriba—. Y él me ayudó a construir mi invernadero, pero solo porque el horóscopo dijo que tenía que pedírselo.

La ceja de Daphne se eleva hacia Archer.

—¿Dijiste que sí?

Él se encoge de hombros.

—Vaya… —dice Daphne—. Bueno, Archer, como gran fan tuya que soy, tengo que preguntártelo: ¿En qué estás trabajando ahora? Porque esa serie de Londres que hiciste es… —Hace un gesto de desmayo—. Si hubiera tenido unos cuantos millones de dólares extra para gastar, ese cuadro de Bond Street estaría en mi pared ahora mismo—. Daphne se gira hacia mí—. Has visto su trabajo, ¿verdad?

—En una pantalla de ordenador. No en persona. Pero sé que pinta… cuadros grandes y… brillantes. —Y dibujos de carboncillo por la noche. Solo para él.

La amante del arte que hay en Daphne parece horrorizada, y mira rápido hacia Archer.

—Perdónala. No sabe lo que dice.

—No me molesta —dice Archer, rellenando su copa de vino ahora vacía y pareciendo completamente cómodo mientras me observa.

—Así que al final te armaste de valor para invitar al tipo —dice.

—Así es.

Los ojos de Archer brillan con diversión, aunque no de manera desagradable.

—Bien por ti, Randy.

—*Randy* —repite Daphne—. Dios mío.

—Te acostumbrarás. Milagrosamente, yo lo he hecho —digo, mirando mi reloj—. Tengo menos de cinco minutos hasta que Christian me recoja. Cualquier consejo es bienvenido.

—Sé tú misma —dice Daphne—. Pero quizás, ya sabes, no le hables demasiado de ciencia. —Hace un gesto suave con la mano—. Recuerda que algunas personas no saben qué es la teoría del Big Bang.

—Quien sea mi alma gemela potencial lo sabrá, pero tomo nota. —Miro a Archer—. ¿Y tú? ¿Qué tienes? ¿Alguna pista o consejo?

Él encoge un hombro.

—Bueno, para empezar, no vayas diciendo cosas como «alma gemela» en la primera cita.

—En eso no estoy de acuerdo —dice Daphne, señalando a Archer con el dedo—. ¿No te has enterado de lo de sus cartas? —añade

haciendo besándose los dedos como un chef ante un plato suculento.

Él pone los ojos en blanco y, cuando me mira de nuevo, lo hace de manera inquisitiva, aunque no logro discernir qué es lo que busca.

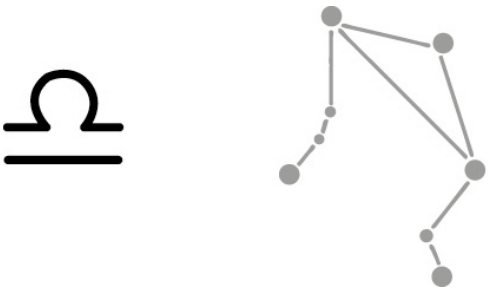
El timbre, que es muy ruidoso por la pérdida de audición de Lillian, nos interrumpe y Daphne aplaude emocionada.

—Ooooh, ya ha llegado. Bien, tengo que salir a conocerlo, porque eso es un derecho de la mejor amiga. Pero tú quédate —le dice en tono firme a un divertido Archer—. Ningún hombre quiere recoger a una mujer en una primera cita y encontrarse con un artista *sexy* y atormentado moviéndose por su cocina como si estuviera en su casa.

—¿Sexy y atormentado? —pregunto, arrugando la nariz confundida—. ¿Archer?

Él me guiña un ojo presumido mientras Daphne me quita la copa de vino de la mano y me empuja con firmeza hacia la puerta principal.

—Créeme, cariño —susurra mi amiga—. Estoy en lo cierto. Pero vamos a lidiar con un hombre cada vez…



TEMPORADA DE LIBRA

Hoy encontrarás tu atención divagando en direcciones inesperadas. La curiosidad es natural, pero sé consciente de dónde se posa tu enfoque, ya que guiará tus próximas acciones.

Mi cita con Christian terminó a una hora respetable con un respetable beso en la mejilla en la puerta principal, pero la magnitud emocional de ayer aparentemente me ha afectado, porque duermo más allá de mi alarma habitual y me despierto con el zumbido constante de mi teléfono en la mesita de noche.

Somnolienta, busco el dispositivo, sin sorprenderme al ver que la letanía de mensajes de texto es de Daphne.

A ver, ni se te ocurra responder si no estás sola en la cama. Si él está ahí contigo, dale café, pero no desayuno. Es demasiado. Si no está allí…

¿Cómo fue? Quiero detalles hasta lo que pedisteis para cenar y cualquier contacto físico accidentalmente a propósito.

Además, ¡es taaaaan mono! Muy mono. Tiene cierto parecido con Ryan Gosling.

Por otro lado, estoy un poco enfadada porque no me dijiste que conocías ¡¡a Archer!! Ni que era tan guapo. Y ya que estamos: ¿qué pasa entre vosotros?

Gimo, lanzo el teléfono a un lado y me cubro la cara con los brazos.

Demasiadas preguntas antes del café.

Por un momento me permito estar aquí, escuchando los pájaros que hay al otro lado de mi ventana mientras dejo que mi mente divague hacia la cita de anoche y… me doy cuenta de que estoy sonriendo.

Las mariposas que fueron una presencia constante en mi estómago todo el día de ayer desaparecieron cuando él me abrió la puerta del copiloto. Aunque me aseguré de evitar hablar de ciencia y astrología, no hubo ni siquiera un susurro de silencio incómodo, solo un agradable flujo de temas sencillos hasta que me acompañó hasta los escalones de mi casa.

¿Y el beso en la mejilla?

No estoy segura de cómo me siento al respecto. ¿Decepcionada? ¿Aliviada?

Aun así, estoy bastante segura de que fue más un gesto de respeto y de ir despacio que de rechazo, porque ya tenemos una segunda cita planeada.

Mi teléfono vibra de nuevo. Un poco más despierta, lo tomo. Otro mensaje de Daphne.

Es más encantador de lo que esperaba, dadas las circunstancias.

Le respondo a ese.

Ya te dije que era encantador.

Daphne: No lo hiciste. ¡Ni siquiera me dijiste que lo conocías!

Me toma un momento darme cuenta de que no estamos hablando de Christian.

Yo: Espera. ¿Archer? Encantador no es la palabra que usaría.

Daphne: Solo esperaba que fuera… torpe y raro.

Yo: No te preocupes, tiene un montón de otras cualidades negativas.

Seco.

Molesto.

Irritante.

Y bueno, está bien, a veces también es un poco gracioso. Y amable.

Pero por lo general es molesto.

Daphne: ¿Sabes que una de las voluntarias del MoMA con las que trabajo conoce bien a su ex? Esa actriz llamada Willow. Se ve que lo dejó solo unas semanas antes de la boda.

Me incorporo, un poco más intrigada de lo que quiero estar.

Ya lo leí. Hay mucha especulación sobre infidelidad u horarios incompatibles, pero ninguno de ellos ha dicho nada al respecto.

Daphne: ¡Mira si te mantienes al día con el cotilleo de las celebridades! ¡Y ni siquiera son tan famosos!

Yo: ¿Puedo decirle a Archer que has dicho que no es tan famoso?

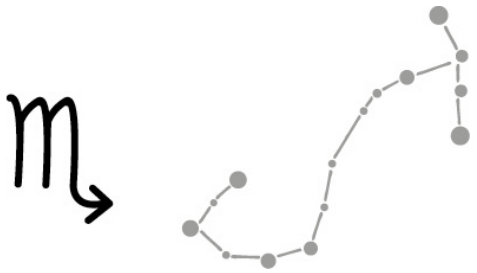
En realidad, no importa, seguro que lo tomará como un cumplido.

Daphne: ¿Quizás por eso cortaron? ¿A él no le gustaba la vida pública?

Yo: ¿Tu amiga del MoMA no sabe nada?

Daphne: ¡Guau! Doctora Miranda Reed, ¿estás… buscando saber más detalles sobre tu vecino?

Yo: ¡No! Solo tengo curiosidad sobre qué hace que sea tan gruñón. Volviendo a Christian…



TEMPORADA DE ESCORPIO

Con la Luna en Cáncer, no te sorprendas si te encuentras hoy en un estado de ánimo casero, querida Géminis. Incluso podrías descubrir impulsos maternales previamente desconocidos. Explóralos, pero con precaución: la oposición del Sol con Neptuno podría dificultarte discernir entre la realidad y la ficción.

—Estaba superbueno, doctora Reed. Gracias —dice Kylee, apartando su plato con un suspiro de satisfacción. El hecho de que su plato esté limpio calma el recuerdo de esta tarde, cuando varios casi desastres en la cocina me han hecho pensar que estaba destinada a cocinar para una sola persona el resto de mi vida. O para dos, si contamos la dedicación continua de Archer para arrasar con mis sobras.

—Coincido, estaba superbueno —concuerda Christian, sonriéndome desde el otro lado de la mesa. Al igual que el de Kylee, su plato está limpio; aunque, a diferencia de ella, ha logrado

mantener la mayor parte de la salsa de los *penne alla vodka* fuera de su camisa.

—Me alegra que os haya gustado. Admito que he tenido un pequeño contratiempo de último minuto con la comida —digo, finalmente relajándome lo suficiente como para disfrutar un poco de mi vino—. Mi plan original era hacer pollo asado, puré de patatas y todo eso. Pero luego he recordado que el Día de Acción de Gracias es la próxima semana, y el menú parecía demasiado similar.

—¿Qué planes tienes para el Día de Acción de Gracias, doctora Reed? —pregunta Kylee.

—Pasar un día tranquilo en casa —respondo—. Mis padres van a Arizona a visitar a mi abuela, uno de mis hermanos ha decidido ir a Londres y el otro está con la familia de su esposa.

—Qué triste. Estarás sola.

—¡Kylee! —la reprende Christian.

—Oh, créeme, no me molesta —digo sonriendo—. Disfruto de mi propia compañía, y los veré a todos en Navidad. Además, viajar el próximo fin de semana va a ser un verdadero fastidio. Vosotros dos sois más valientes que yo.

—Cuando conozcas a mi madre entenderás que es al revés —dice Christian con una sonrisa—. Atreverse a decirle que no a su invitación sí que habría sido un acto de valentía.

«*Cuando* conozcas a mi madre». No «*si conoces…*».

¿No está yendo muy… rápido?

Aunque la cena de esta noche también ha sido algo rápido. Christian y yo hemos estado saliendo, de manera informal, durante apenas un mes, y aquí estoy cocinando para él.

Y para su hija.

Aun así, esto fue más fácil de aceptar porque fue idea de Kylee y, aunque fue un intento bastante evidente de acercarme más a su padre, no tuve corazón para decirle que no.

Y esta noche ha sido divertida. De veras.

Pero ¿conocer a los padres de Christian?

Eso es otro nivel. Ni siquiera nos hemos acostado todavía.

Es difícil de explicar, pero, por mucho que me guste, no me siento preparada. ¿Quizás porque me gusta? ¿Porque nuestras cartas indican que Christian y yo somos perfectamente compatibles y, por lo tanto, todo parece importar un poco más…?

Kylee nos mira a su padre y a mí, y al parecer decide que está aburrida de nosotros.

—¿Puedo irme a mirar las estrellas? —pregunta.

—¿A mirar las estrellas? —repite Christian, sorprendido.

—La doctora Reed lo hace desde su tejado. ¿Verdad?

Asiento, pero Christian no está convencido.

—No sé si me gusta la idea de que estés en el tejado, Ky.

—Por favor. Seré muy cuidadosa.

—El cielo está despejado, lo que significa que mi vecino estará allí arriba. Él puede vigilarla. —Lo digo un poco indecisa, porque parece demasiado pronto para intervenir de alguna manera en decisiones parentales. Pero también he llegado a conocer bastante bien a Kylee durante nuestras clases y sé que no es torpe ni imprudente.

Christian parpadea.

—¿Tu vecino también mira las estrellas en el tejado?

—Bueno, no. Más que nada dibuja. —Hago un gesto con la mano —. Es todo un tema.

—Mmm. Bueno, déjame ir a ver con qué nos enfrentamos y luego decidiré —dice Christian, empujando hacia atrás su silla. Me mira—. ¿Te parece bien?

—Claro, por supuesto. Empezaré a fregar los platos. —Comienzo a recoger la mesa.

Él me señala con el dedo.

—Ni lo sueñes: tú has cocinado; yo friego los platos.

—¿Tienes un telescopio, doctora Reed? —pregunta Kylee, emocionada mientras se pone el abrigo y lo cierra.

—Por desgracia, no —digo con cierto pesar—. Tuve uno muy bonito, pero cuando me mudé a Manhattan para estudiar en NYU había demasiada contaminación lumínica, por no mencionar la falta de espacio al aire libre. Doné mi telescopio a un campamento científico para que alguien pudiera darle mejor uso. De todos modos, se pueden ver algunas estrellas —continúo—. La luz de la ciudad impide una observación adecuada, pero tengo ganas de ver cuáles puedes identificar solo con tus ojos.

—¡Perfecto! —dice Kylee, ya saltando hacia las escaleras.

—Vuelvo enseguida —dice Christian por encima del hombro—. Recuerda: yo friego.

—Por supuesto —concuerdo. Pero, en cuanto escucho sus voces subiendo las escaleras hacia el tejado, me levanto y apilo los platos. Necesito hacer algo con mis manos para evitar que mi cerebro entre en modo de análisis de cada momento de la noche hasta ahora.

Estoy bastante segura de que todo ha salido bien, pero estoy fuera de mi terreno haciendo estas actividades hogareñas, sin importar lo que diga mi horóscopo sobre mi «estado de ánimo casero».

En cuanto al impulso maternal no explorado, no puedo negar que también he sentido un anhelo desconocido en esa dirección. Cuanto más tiempo paso con Kylee, más me doy cuenta de que disfruto de los niños. Disfruto de estar con ella.

Y también con su padre. Christian es… cada pedacito del Príncipe Azul que pareció ser aquel primer día en la acera.

Es educado, encantador, buen conversador y con él todo es fácil de un modo extremadamente agradable. Incluso parece ser un padre maravilloso; es obvio que Kylee lo adora.

Pero quizás hay una pequeña parte de mí que no puede dejar de preguntarse: «¿Estoy siguiendo mi corazón o mi horóscopo?».

Lo cual es increíblemente frustrante, porque la razón principal por la que comencé el Proyecto Horóscopo fue para acceder a esa otra parte de mí misma, no explorada o quizás muy enterrada. Pero últimamente, la advertencia de la tía Lillian antes de irse a Florida resuena en mi cabeza: «No cambies un conjunto de reglas por otro».

El hecho de que Christian sea padre solo lo hace todo más complejo. Kylee ha sido bastante clara desde el principio en que quiere encontrarle una novia a su padre y, aunque por supuesto no se ha mencionado explícitamente tan temprano en la relación, Christian no es el tipo de hombre que se involucraría en un romance pasajero, y mucho menos con la profesora de su hija…

Me aparto del fregadero para tomar más platos y doy un respingo cuando veo a Christian en la puerta.

—¿Acaso no haces ruido? —digo, sacudiendo mis manos húmedas y secándomelas en una toalla.

—Murmuras cuando estás pensando —dice él, acercándose a mí con una sonrisa—. ¿Lo sabías?

—Algo me han dicho —digo sonriendo mientras él me rodea con sus brazos. Yo enlazo los míos alrededor de su cuello; el gesto aún no es del todo natural para alguien no acostumbrado al afecto físico, pero él parece no darse cuenta o no le importa.

—¿Es raro si digo que te echaré de menos mientras esté con mis padres en Acción de Gracias? —murmura, rozando suavemente mis labios con un beso.

—Si lo es, me gusta lo raro —respondo.

—Mmm. —Me besa de nuevo—. Te he asustado cuando he mencionado la idea de conocer a mi madre, ¿verdad?

—Para nada —miento, y él parece creerme, porque me acerca más a él.

—Bien. Porque puedo imaginarte con bastante facilidad viniendo con Kylee y conmigo a Oregón para Acción de Gracias, para conocer a mis padres.

—Oh. Vaya.

Me tenso, y él ríe.

—No te preocupes, no me refiero a este año. Sé que es demasiado pronto para lo de conocer a la familia. Solo… no sé, te he visto aquí y me he dado cuenta de que me apena no poder verte este fin de semana.

—A mí también —digo, forzándome a relajarme.

—De acuerdo —dice él, dándome un último beso antes de retroceder—. Entonces, esto es lo que vamos a hacer. —Me lleva hacia la mesa—. Vas a sentarte y beber este delicioso vino que he traído y yo me encargaré de fregar los platos mientras tú me

aseguras que el tipo malhumorado de la azotea no está enamorado de ti.

Suelto una risa de sorpresa genuina.

—¿Archer? ¡Por Dios! No. Creo que ni siquiera le caigo bien. Ni yo ni nadie —añado después de un momento.

—¿Él te gusta? —pregunta Christian, observándome con una falsa mirada amenazadora por encima del hombro mientras lleva un plato al fregadero.

—Depende del día —Sonrío—. Pero no, no de esa manera. Además, tiene novia. O algo así.

—Algo así como una novia… Me dejas intrigado —dice Christian.

Encojo los hombros.

—No tengo muy claro cómo va la cosa; creo que es una relación moderna y no exclusiva. Por los detalles básicos que él proporciona, ella es una reconocida representante que pasa la mayor parte del tiempo en Los Ángeles, pero cuando está aquí…

Él mueve las cejas sugestivamente.

—Sí —confirmo—. Creo que así es como funciona.

Intento no pensar en ello.

—Bueno, que haga lo que quiera —dice Christian con tono divertido—. Siempre y cuando no tenga ojos para mi novia.

Todavía estoy limpiando un poco de queso parmesano rallado de la mesa, pero al escuchar eso me detengo.

—Tu novia. ¿Yo?

Christian ríe.

—Estaba tratando de ser sutil, pero tal vez ha sido demasiado sutil si tienes que preguntar a quién me refería.

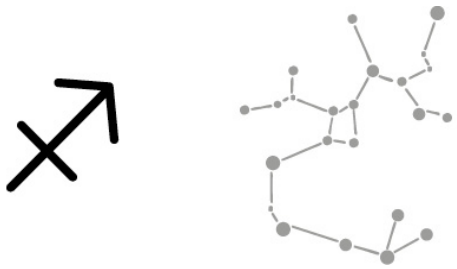
—Lo siento —digo—. Como ya te he dicho, soy…

—Nueva en esto, lo sé. —Él se limpia las manos en sus pantalones y reduce la distancia entre nosotros, lo que hace que me ponga de pie de nuevo—. Me encantaría ser quien te ayude a ser un poco menos nueva en eso de las relaciones. Si te parece bien, claro.

Lo pienso por un momento y luego asiento despacio.

—Me parece bien.

—Perfecto —dice en un tono satisfecho, y me acerca para un beso. Y aunque intento perderme en la sensación agradable, no puedo dejar de pensar en esa oposición Sol/Neptuno de hoy, la que está dificultando que distinga entre la realidad y la ficción.



TEMPORADA DE SAGITARIO

La amenaza del cambio parece estar llamando a cada puerta hoy, querida Géminis. Sentirás como si lo estuvieras viendo todo con ojos nuevos, desde las rutinas establecidas hasta las relaciones que quizás no son exactamente como siempre has creído. Trata de aceptar la incomodidad: está intentando decirte algo.

Nunca me ha gustado mucho Acción de Gracias. No es que esté en contra ni nada por el estilo; siempre he sentido que esta festividad es demasiado: demasiada presión, demasiado drama familiar, demasiada comida.

Cuando era niña, siempre lo pasábamos en casa de mis abuelos o mis tíos (pero no los tíos y tías geniales como Lillian, sino los estrictos que no te dejaban comer pastel de calabaza hasta que te comieras las coles de Bruselas).

Cuando la familia extendida por fin se dispersó en mi adolescencia, mis padres, que no eran muy hábiles en la cocina, empezaron a pedir comida preparada en la tienda local. Debió de ser

más por nosotros, los niños, que por ellos, porque ni siquiera hubo un indicio de culpa cuando dejé de ir a casa cada año. Siempre y cuando fuera en Navidad, claro, lo que siempre hago.

Pero eso significa que, más años que no, el Día de Acción de Gracias lo he pasado… sola. Daphne siempre se va a Michigan para celebrarlo con su madre y su padrastro, y Lillian tiene la tradición de irse de crucero por el Caribe con sus amigos desde hace mucho tiempo. No tengo suficiente cercanía con ningún colega aparte de Elijah, y ni siquiera nuestra amistad está remotamente al nivel de merecer una invitación para las fiestas.

En años anteriores, he pasado ese fin de semana largo y lujoso conmigo misma… trabajando.

Y no lo digo para dar lástima. Siempre me ha gustado: me pongo al día con revistas académicas, preparo clases, evalúo metas profesionales, califico trabajos, ajusto exámenes… Todo mientras como demasiado pastel, porque, aunque no participe en la mayoría de las tradiciones festivas habituales, puedo apreciar la magia que tiene el pastel de nueces.

Hasta ahora, nunca había sido capaz de imaginar una mejor manera de disfrutar unos días libres.

Pero aquí está el problema de hacer que el trabajo sea tu vida entera: cuando tu trabajo desaparece, te das cuenta de lo vacía que es tu vida. Y de lo sola que estás.

Sin mucho entusiasmo, me siento en la mesa de la cocina y abro *Astrología Predictiva.* Me he sentido satisfecha conmigo misma estas últimas semanas por haber superado los libros de astrología para principiantes; tal vez incluso he superado el conocimiento de Daphne en el campo, al menos en términos fácticos.

Pero esta noche, no puedo concentrarme en el libro. En ninguno de ellos.

Por primera vez desde que tengo memoria, no quiero leer. No quiero aprender.

No quiero estar sola.

Y, curiosamente, la ausencia que más noto es… la de Archer.

No me había dado cuenta realmente del tiempo que pasa en casa hasta ahora, que no está. Ni siquiera era consciente de que planeaba irse de la ciudad hasta que ayer recibí un mensaje de texto para recordarme que no riegue demasiado su albahaca adorada mientras él esté fuera.

Salgo a regarla, contenta de ver que la planta está prosperando, al igual que el romero, el tomillo y la salvia. Arranco una hoja de salvia y la acerco a mi nariz; el aroma me recuerda la comida de Acción de Gracias que no disfrutaré. Cocinar para una sola persona me parece triste, y todas las comidas preparadas que había en la tienda ayer eran para un mínimo de cuatro personas. Así que opté por comprarme un pastel de nueces, que siempre ha sido uno de mis favoritos.

De hecho, tal vez sea mi cena. Al menos será algo parecido a la cena de Acción de Gracias.

Huelo con nostalgia la salvia una vez más y vuelvo adentro. Me he perdido una videollamada de Christian. Pienso en devolverle la llamada, pero luego… no lo hago.

Estoy debatiéndome entre el vino tinto o el blanco, para decidir cuál es el menos desagradable para acompañar el pastel de nueces, cuando el escandaloso timbre de Lillian casi me hace caer de la silla.

Observo por la mirilla y luego abro la puerta, sorprendida.

—¿Archer?

—¿Desde cuándo cierras con llave la puerta de entrada? —pregunta, como si hubiera cometido alguna locura.

—Mmmm, ¿desde que un extraño comenzó a entrar en mi casa? —digo mientras él me aparta para entrar—. Y la verdad es que solo la dejaba sin cerrar con llave durante el verano porque era más fácil entrar y salir mientras trabajábamos en el invernadero.

Él gruñe por toda respuesta.

—Por cierto, feliz Día de Acción de Gracias —señalo con la cabeza hacia la bolsa de compras que lleva colgando del brazo—. ¿Qué es eso? ¿Por fin has venido a reponer parte de la comida que has estado robando?

Él se acerca hacia el perchero en forma de pulpo de Lillian, saca mi abrigo azul marino y me lo da antes de dirigirse hacia la parte trasera de la casa.

—Ponte un gorro —añade—. Pero no ese feo con esas estúpidas solapas.

—Esas «estúpidas solapas» mantienen mis orejas calientes —murmuro, y tomo el sombrero en cuestión, así como un par de guantes, ya que evidentemente vamos a subir al tejado como un par de lunáticos en medio del frío gélido.

Escucho la puerta de la azotea abrirse y cerrarse, y luego abrirse de nuevo.

—Dos copas de vino, Randy. Las sencillas, sin pie. Ah, y ese pastel.

Hago un saludo militar burlón aunque él no pueda verme y, después de tomar las copas y el pastel, subo las escaleras antes de que pueda ladrar más órdenes.

Archer ya está sentado en la pequeña mesa exterior, aunque en un raro gesto de cortesía aparta mi silla con un pie calzado.

—Kylee me dijo que ella y tu chico se iban de la ciudad por las vacaciones —dice mientras saca un gorro de su abrigo y se lo pone; es azul, y hace que sus ojos parezcan más azules todavía.

—¿Cuándo hablaste con Kylee?

—La otra noche. Aquí, en el tejado. Ella habla mucho.

—Oh, sí. Por cierto, veo que ya no la llamas «la niña»…

Archer se encoge de hombros.

—Me informó que dirigirse a ella como «niña» resultaba desdeñoso. Tuve que buscar el significado.

—Tiene razón. Es un poco condescendiente. —Él pone los ojos en blanco y cambia de tema—. Sé útil y desenvuelve esto, venga.

Hago lo que dice y saco dos bocadillos. La etiqueta con el logo que cierra el envoltorio es de una elegante tienda de sándwiches de nuestra calle.

—¿El Lona estaba abierto hoy? —pregunto, sorprendida.

—Abre durante dos horas cada noche de Acción de Gracias. Es el mejor sándwich de pavo que hayas probado nunca —dice él, levantándose. Da un paso largo hacia su tejado y vuelve con una canasta enorme.

—¿Qué es…? ¡Oh! —digo contenta cuando saca una manta cálida y gruesa y me la entrega.

—No te emociones demasiado aún. Vamos a compartirla —dice antes de sacar una botella de vino tinto—. Vamos a compartir esto también. Y tu pastel.

Acomodo los sándwiches y las aguas con gas embotelladas que saco de la bolsa mientras él extrae un sacacorchos plegable del

bolsillo trasero de sus vaqueros y lucha para sacar el obstinado corcho de la botella de vino.

—Pensé que estabas de viaje —digo, y asiento a modo de agradecimiento cuando me ofrece una copa de vino.

—Así debía ser, pero hay alerta de tormenta de nieve en Denver. Mi vuelo ha sido reprogramado tres veces, y luego lo han cancelado.

—Qué pena. Tus padres viven allí, ¿no? —digo, recordando que, al hacer su carta astral, me dijo que había nacido allí.

Él asiente.

—Espero poder volar mañana o el sábado. De todos modos, las sobras son la mejor parte del Día de Acción de Gracias.

Archer se sienta de nuevo, y suelto un gritito cuando agarra mi silla y me acerca. Sin ceremonias, reajusta la manta para que ambos tengamos las piernas cubiertas y choca su copa con la mía.

—Salud. Feliz Día de Acción de Gracias, Randy.

Ambos damos un sorbo, luego Archer me mira, pensativo.

—¿Dónde estaban Kylee y Christian? ¿En Washington?

—Oregon. Los padres y la hermana de Christian viven allí. Él es de allí.

Archer desenvuelve su sándwich y le da un gran mordisco.

—Entonces, ¿vosotros dos sois algo, o qué?

—¿Eh? —digo distraída mientras lo veo limpiar con el pulgar un poco de lo que parece salsa de arándanos en la comisura de su boca.

—Tú y Christian. Debe estar volviéndose algo serio si cocinas para él.

Casi señalo que también cocino para Archer cuando aparece sin avisar y hambriento, aunque sea solo un sándwich de queso a la

parrilla o lo que sea que ya esté planeando comer yo.

—Estamos cada vez más involucrados, sí —digo, comenzando a desenvolver mi propio bocadillo.

—Tú sí que sabes cómo romantizar las cosas, Randy —resopla.

—Mira quién habla. Ni siquiera mencionas a tu novia.

—Porque no tengo una.

Pongo los ojos en blanco.

—Está bien. ¿Cómo llamas a la mujer con la que has estado saliendo?

Hay una pausa larga.

—La mujer de la que hablaban las páginas de cotilleo es Alyssa.

—¿Por qué nunca hablas de ella? —pregunto. Él no dice nada—. De acuerdo, entonces no cocináis el uno para el otro. Y ¿qué hacéis? —insisto.

Él me mira fijamente.

—Quiero decir respecto a la comida —añado un poco tensa.

Él esboza una sonrisa veloz, disfrutando de mi incomodidad.

—Volvamos a Christian. Te gusta.

—Sí, me gusta —confirmo mientras inspecciono el sándwich—. ¿Qué lleva esto?

Él encoge un hombro.

—Pechuga de pavo asada, salsa de arándanos, brie… Magia.

Sonrío.

—¿Y entonces? —dice Archer mientras doy un mordisco.

Lo miro sorprendida al ver que me está mirando.

—Entonces, ¿qué?

—¿Puedo ir a la boda?

Me atraganto un poco con el sándwich y tengo que tragar el bocado con vino.

—¿A qué viene ese interés por Christian?

—Solo estoy siendo educado, Randy.

—En realidad, ser preguntón es lo contrario de ser educado.

Él encoge los hombros.

Por un rato nos quedamos en silencio, disfrutando de nuestros bocadillos, que, como él ha dicho, saben un poco a magia. El pavo está jugoso y sabroso, y la acidez de los arándanos evita que el brie sea demasiado prominente y abrumador. El pan está recién horneado y es celestial.

—¿Por qué has hecho esto? —pregunto por fin.

Le entrego el último cuarto de mi sándwich ya que estoy demasiado llena para terminarlo y él lo acepta sin dudar.

—¿Hacer qué?

—Esto… este pícnic —digo, haciendo un gesto hacia la comida.

Archer traga un bocado de sándwich y da un sorbo de vino.

—Estaba solo y he supuesto que tú también. No es la forma en que uno debería pasar un día festivo si no es necesario.

—Eso es sorprendentemente… considerado.

—Acabo de actualizar mi *software* —dice, tocándose la sien, luego arruga el envoltorio del bocadillo con el puño y lo deja caer dentro de la bolsa vacía.

—No eres como esperaba que fuera un artista profesional, ¿sabes? —le digo.

—Oh, Dios. Le compras a la chica un sándwich y ya quiere profundizar —bromea mientras me mira—. ¿Y qué esperabas? ¿Que todos nos cortáramos la oreja al estilo Van Gogh?

—No. Solo quiero decir que siempre pensé que había una división marcada entre el arte y la ciencia. Subjetivo versus objetivo. Emociones e intuición versus datos y hechos.

—No sé si estás equivocada en eso —dice después de un momento.

—Ya, pero… —le señalo con el dedo— eres el único artista que conozco y eres muy racional en la forma en que interactúas con las personas. O al menos conmigo.

Archer alcanza su copa de vino y se recuesta en su silla, con las piernas extendidas para que sus botas sobresalgan debajo de la manta. Coloca el vino sobre su vientre mientras parece considerar lo que he dicho.

—Sí tengo —dice despacio después de un momento.

—¿Qué tienes?

Da un sorbo a su vino.

—Emociones.

Levanto la cabeza rápido y, aunque estamos compartiendo una manta, todavía me sorprende un poco encontrarlo tan cerca, en especial porque el sol acaba de ponerse y no está tan oscuro como suele estarlo cuando estamos aquí arriba.

—No he querido decir que no tuvieras emociones —digo con suavidad.

—Solo digo que uno puede tener emociones sin esparcirlas por todas partes —murmura—. Lo sabes mejor que nadie.

Inclino la cabeza hacia un lado.

—¿Cuál era tu signo lunar?

—Dímelo tú. Tú eres la astróloga. ¿Por qué? ¿Qué importa?

—Tu signo lunar determina tu composición emocional.

—Ah.

—Recuerdo tu signo solar —digo, chasqueando los dedos—. Eres Aries.

—Fascinante.

—¿No quieres saber qué significa?

—No.

—Pero…

—Randy. —Con pereza, gira la cabeza hacia mí y, como todavía lo estoy mirando, el gesto acerca nuestros rostros, aunque de alguna manera no resulta tan incómodo como debería—. ¿Por qué no te tomas un descanso del Proyecto de Horóscopos esta noche? Solo por esta noche, sé Miranda. No seas una astróloga, ni una astrónoma. Solo una mujer que cree que ella misma crea su propio destino; que no cree que las estrellas determinen nuestra personalidad o nuestra compatibilidad amorosa.

Por un momento solo lo miro, y luego me escucho susurrar:

—Está bien.

Me siento un poco agitada, aunque no sé bien por qué. Sus ojos azules bajan a mis labios por un instante antes de apartar la mirada. Yo también aparto la mirada y llevo los ojos hacia el cielo, metiéndome más bajo la manta aunque de repente siento calor.

Y a medida que la noche se alarga entre discusiones amables alternadas con silencios cómodos, me permito imaginar que, en un futuro probable, no estoy comprometida con vivir según mis recomendaciones astrológicas y que tampoco regreso a mi vida anterior, aquella en la que las ambiciones académicas y las relaciones no son compatibles.

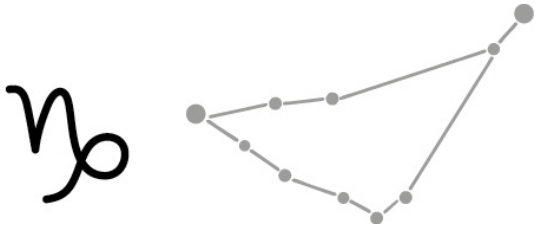
Me permito imaginar quién podría estar en ese futuro hipotético, ilimitado y paradisíaco, y el hecho de que Christian no sea la primera persona que me viene a la mente me alarma lo suficiente como para asegurarme de llamarlo a él y a Kylee en cuanto vuelvo abajo.

Están a tres horas de diferencia, así que los atrapo justo cuando han terminado su pastel.

—Te echo de menos —dice Christian después de que Kylee se haya ido a ver *Mejor solo que mal acompañado* con sus abuelos.

—Yo también —digo. Y lo digo en serio. Christian me gusta mucho, y de veras que disfruto de su compañía.

Pero mientras me quedo dormida más tarde, por la noche, no puedo evitar preguntarme: «¿No debería haber… más?».



Temporada de Capricornio

¡Prepárate, querida Géminis, porque hoy va a ser una jornada intensa! La luna gibosa creciente en Aries combinada con Marte en Libra cuadrando a Plutón en Capricornio significa que el día estará lleno de emociones intensas y turbulencias.

Voy a casa, a Boston, para Navidad. Siempre vuelvo a Boston para Navidad e, históricamente, siempre lo he esperado con entusiasmo.

Me siento afortunada de tener un hogar familiar al que regresar, donde nada ha cambiado mucho desde que me fui. El árbol de Navidad está en el mismo rincón de siempre y el ángel de la parte superior está un poco torcido, tal como lo estaba cuando yo era pequeña. Mis padres no son de los que redecoran las habitaciones de sus hijos cuando estos se van de casa, y me gusta pensar que es por razones nostálgicas; aunque, en realidad, creo que simplemente no se molestan en hacerlo. Por lo tanto, mi habitación de la infancia está casi intacta desde mi adolescencia: todavía está la tabla periódica en la parte trasera de la puerta de mi habitación, con el póster de una *boy band* escondido detrás de ella; la ropa de cama de color morado oscuro, con la que orgullosamente reemplacé mis

sábanas de estrellas infantiles, y libros, muchos libros, todos relacionados con la física y la mayoría de ellos recibidos como regalo.

Siempre he encontrado reconfortante regresar a este espacio. Es un recordatorio de que, aunque todo cambia, algunas cosas permanecen iguales. Sin embargo, este año, la habitación me resulta oprimente. Toda la casa me resulta oprimente. La conversación, sobre todo, y eso que no me han prestado mucha atención. Desde el momento en que aterricé en el Aeropuerto Internacional Logan, me he sentido como una obligación que nadie tiene el corazón de ignorar por completo, pero con la que tampoco quieren realmente lidiar.

Como siempre, cada reunión familiar ha sido una sucesión de varios logros profesionales, discusiones sobre los últimos artículos académicos y una sorprendente cantidad de cotilleo académico.

Solía encantarme.

Ahora no puedo evitar preguntarme: «Si no estuviera presente, ¿sería yo el tema de cotilleo?».

Pero es Navidad. Ellos son mi familia. Y los quiero.

Así que me he dispuesto a sonreír, he asentido, he hecho el ruidito requerido que significa «estoy impresionada» en cada acto de modestia y he esperado. He esperado a que alguien preguntase por mí, a que me dieran la oportunidad de hablarles de Christian y Kylee, de lo mucho que me encanta ser profesora particular o del el Proyecto Horóscopo y, para cuando llega la cena de Navidad, me queda dolorosamente claro que lo que no va a llegar son las preguntas. Ahora que no estoy jugando su juego, midiendo mi valía con sus mismas métricas, es como si me hubieran relegado al

banquillo: me permiten sentarme con el equipo, pero no se me permite jugar en el campo.

Durante el postre —una tarta de chocolate mediocre comprada en la tienda—, escucho cómo debaten cuál es el horario más lógico para llevarme al aeropuerto mañana por la mañana, como si fuera una tarea tediosa pero necesaria. Es en ese momento cuando lo decido… Estoy harta.

—Por cierto, mi ascendente es Géminis —digo, interrumpiendo la charla de modo bastante grosero.

El silencio en la mesa de la familia Reed no es ensordecedor, pero sin duda se siente.

—Perdona… —Mi padre se inclina hacia adelante y se lleva la mano a la oreja, como si el problema fuera su audición—. ¿Qué has dicho?

—Ya sabes, astrología. Tú eres Sol en Virgo, al igual que yo, papá.

—Un Sol en… ¿Virgo? —repite. Parece confundido, una expresión que nunca he visto en el rostro brillante de mi padre.

Miro alrededor de la mesa esperando a que alguien pregunte sobre la diferencia entre el signo solar y el ascendente, sobre qué significa. Que pregunten cualquier cosa, que muestren interés.

Por el contrario, recibo expresiones que van desde la confusión en el rostro de mis hermanos hasta la lástima en el de mi madre.

—Oh, Miranda —dice ella con un suspiro—. No tenía idea de lo mal que estabas.

—No estoy mal, mamá. Estoy… bueno, de hecho, siento que estoy mejor que antes.

En el momento en que lo digo, me doy cuenta de lo cierto que me parece. Dado que mi año de vivir según mi horóscopo es en realidad

un año académico, estoy casi a mitad de camino y, aunque todavía estoy luchando por convencer a mi cerebro de que la posición de la luna frente a Aries en el hemisferio norte en cualquier noche dada pueda determinar de alguna manera cómo será mi día, también estoy comprendiendo que… tal vez lo interesante es que no tiene nada que ver con mi cerebro, sino que es la primera vez en mi vida donde la lógica y los hechos no parecen tan importantes como sentirme… libre.

—¿Cómo puedes estar mejor que antes? —dice mi madre, con bastante suavidad, pero con escepticismo—. Estás en el paro.

—No estoy… —Respiro profundamente—. Estoy eligiendo explorar una parte de mí misma que no se centra solo en la lógica y los hechos. Y me encantaría contar con vuestro apoyo en esto.

—Pero ¿qué pasará después de este… año sabático? —pregunta mi padre—. Cuando tengas que volver a la vida real.

Literalmente me muerdo la lengua para no replicar que mi vida en este momento no es menos real solo porque sea diferente a la suya. Pero, si soy honesta, sé que es una pregunta con la que tendré que empezar a lidiar. Por más encantadores que hayan sido estos últimos meses, es algo temporal.

En algún momento, las vacaciones terminarán y tendré que volver al trabajo.

Tendré que tragarme el orgullo y regresar a Nova como profesora o intentar encontrar una nueva universidad a la que llamar hogar. Pero el mundo académico es pequeño y ya se sabrá que no obtuve la titularidad, así que cualquier universidad que me mire estará viendo a una rechazada.

Una rechazada semifamosa, pero rechazada de todos modos. No espero que Columbia o Princeton me llamen, vaya.

—Sí. No puedes fingir ser hechicera para siempre, Miranda —interviene mi hermano Jamie con un guiño.

Mi otro hermano, Brian, asiente y, por la seriedad de su expresión, puedo decir que está de acuerdo con Jamie.

—Sigo siendo científica. ¿Y sabéis qué? —replico—. Incluso si no lo fuera, incluso si no quisiera ser científica, ¿sería menos persona? ¿Menos hija o hermana?

No estoy segura de dónde está surgiendo todo esto, simplemente brota de mí. Y sigue saliendo.

—¿Cuándo quise convertirme en astrónoma? —pregunto, dirigiendo toda mi atención a mis padres.

—No lo sé con exactitud. Tenías como nueve años o algo así… —Mi madre parece sorprendida.

—¿Y fue antes o después de que me enviarais al campamento de ciencias?

—¡Te encantaba el campamento de ciencias!

—Sí, pero ¿fue idea mía? —pregunto, porque de repente necesito saberlo.

De repente, siento que es vital que lo sepa. Saber si esta vida que he estado persiguiendo, esta aspiración de ser profesora titular, de dedicarme a una universidad y un campo de estudio por el resto de mi vida… es mi sueño o fue implantado; no con malas intenciones, sino solo porque eso es lo que hacen los Reed.

—Querida —la voz de mi padre es inusualmente suave—, eres brillante. Más allá de los contratiempos recientes que hayas experimentado, ninguno de nosotros ha dudado nunca de tu

capacidad e hicimos todo lo posible para darte todas las oportunidades, para fomentar esa brillantez.

—Lo sé, papá —digo, apoyando los codos en la mesa y frotándome la sien, de repente exhausta—. Supongo… que solo quiero saber si aún tendría un lugar en esta mesa si las pruebas de coeficiente intelectual, mis notas y mis ambiciones fueran diferentes.

—Bueno, por supuesto. —Mi madre se siente ofendida—. Somos una familia.

El alivio que siento con esto se desvanece con sus siguientes palabras.

—Y, como familia, necesitamos decirte que estamos preocupados. Retomando lo que ha dicho tu padre: eres demasiado inteligente como para desperdiciar tu tiempo con fantasías. Un sabático, está bien. Pero estás dañando tu reputación, y la nuestra con ella.

Ahí está.

—Ah —digo, con ligereza—. Así que os avergonzáis de mí, todos vosotros.

Miro alrededor de la mesa. Mi cuñada Emily, la única que no es académica ni científica y que me permitió hacer su carta astral, me sonríe y niega con la cabeza, pero el resto evita el contacto visual.

—Es solo que eres muy famosa —dice mi hermano Jamie con un poco de culpa—. O lo eras. Todo el mundo se pregunta por qué ya no estás en los programas matutinos y si te han despedido de *Jeopardy!*

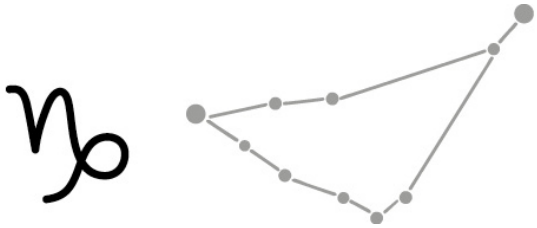
Me incomodo, sin querer admitir —ni siquiera para mí misma— lo mucho que he pensado en el hecho de que esas invitaciones hayan desaparecido por completo.

—Un momento —Levanto una mano, desviando la conversación—. Pensaba que todos odiabais que hiciera esas cosas públicas.

—Sí, lo odiábamos —interviene Brian—. Pero ahora que no lo estás haciendo, la gente quiere saber por qué.

—Solo queremos entenderlo —dice mi madre, casi suplicante—. Y saber qué decir a la gente sobre tus planes de futuro.

—Decidles que estoy descubriendo cómo ser feliz —digo, apartándome de la mesa—. Y que no está sucediendo en esta mesa.



Temporada de Capricornio

Hoy te encontrarás tentada de ir en una dirección prohibida. Procede con cautela; algo que hoy parezca seductor e irresistible es poco probable que te sirva en el futuro. Prepárate para sentir una atracción hacia caminos desconocidos. Confía en tus instintos, pero estate lista para dar un paso atrás y reevaluar antes de comprometerte con más profundidad.

—¿Estás segura de que esto no es algún tipo error monumental en esto de las citas? —pregunta Christian, con su sonrisa tan bonita en videollamada como en persona—. ¿Hemos llegado al punto en el que puedo pedirte este tipo de favores horribles?

—Es una fiesta —digo, dando un sorbo a mi té—. No tiene nada de horrible.

—Es una fiesta del trabajo. Para el trabajo de otra persona. Solo tener que entablar conversaciones superficiales será agotador.

—No, lo más incómodo será usar tacones altos —respondo. «Bueno, y el sujetador sin tirantes»—. Si fuera a la fiesta de mi trabajo, ya te estaría arrastrando hacia allí —agrego—. Así que considéranos hipotéticamente en paz.

Apoya los codos en las rodillas y se inclina ligeramente hacia la pantalla.

—¿Estás molesta?

Frunzo el ceño.

—¿Por qué?

—Porque no te invitaron. Técnicamente, sigues siendo parte de su equipo docente, ¿no?

—Técnicamente —admito—. Y, de hecho… sí recibí una invitación.

Él parpadea.

—¿SÍ? ¿Fue mientras estabas en Boston?

—No. Fue la semana anterior.

—¿Y no querías ir?

Me río con desdén.

—Ni siquiera un poco.

Él sonríe pero parece un poco preocupado.

—¿No crees que eso se interpretará como rencor, como diría mi madre?

—Me negaron la titularidad, Christian. Y me forzaron a tomar un año sabático. Así que la verdad es que estoy un poco resentida con ellos.

—¡Y con razón! —asiente rápido—. Solo espero ver cómo vuelves a estar en la cima haciéndoles ver que cometieron un error.

Doy otro sorbo a mi té, un poco sorprendida por el destello de molestia que siento ante sus palabras y el hecho de que «estar en la cima» significa reclamar mi lugar en Nova. Y supongo que no está equivocado. Después de todo, probablemente es allá donde deba regresar.

—Sé que no te apetece salir esta noche, pero ¿estás segura de que no puedo llevarte algo de cenar? —pregunta él.

Christian me ha sugerido que cenáramos juntos y repasáramos nuestras respectivas vacaciones, pero yo le he pedido posponerlo, de ahí la videollamada. He llegado a casa desde Boston hace unas horas y lo único que quiero es dormir y algo de tiempo a solas.

—Estoy bien —digo—. Gracias, de todas formas. Nos vemos en un par de días para tu fiesta, ¿vale?

—Ah, me ha parecido oír una despedida… —dice tocándose el oído.

—Lo que has oído son las secuelas de una Navidad con la familia Reed.

—¿No ha ido bien?

—Psé. Ya sabes cómo pueden ser las fiestas.

—Quiero que me lo cuentes todo. Otro día.

—Gracias. Dile a Kylee que le mando saludos.

Christian pone los ojos en blanco.

—Lo haré si logro que salga de su habitación.

—¿Tuvo un buen botín navideño?

—Digamos que su madre y yo tal vez cometimos un error al ceder a la solicitud de la consola de videojuegos. Ahora tengo que ir a decirle que ha alcanzado su límite diario de tiempo frente a la pantalla. Reza por mí.

—Buena suerte —digo entre risas y cuelgo.

Me hago otra taza de té y, como estoy cansada pero no del todo con sueño, cojo mi abrigo y la regadera y subo al tejado. El pronóstico anunciaba nubes toda la noche y solo luna creciente, así que no espero ver a Archer, pero las mariposas aún necesitan agua.

Tal como esperaba, veo que la azotea está casi a oscuras mientras me acerco a las plantas. Un contacto rápido con la tierra me dice que Archer cumplió su promesa de regar mientras yo estaba fuera.

Cuando me giro para regresar adentro, suelto un chillido de sorpresa porque Archer está sentado en mi mesa exterior. De hecho, está recostado, con las piernas extendidas y las manos cruzadas sobre su abrigo grueso, mientras mira fijamente el cielo nublado.

—¡Oye! ¿Qué haces aquí? —pregunto. No hay señales de su caballete.

Él me mira.

—Randy. ¿Qué tal las Navidades?

Suelto un suspiro y me dejo caer en la silla junto a él.

—Yo igual —comenta.

—Te has quedado aquí, ¿verdad? —pregunto, ya que no lo he visto mucho en las últimas semanas; el clima de diciembre no invita a quedarse en la azotea por la noche.

—Sí.

—¿Solo?

Él me mira.

—Me gusta estar solo. Pero no. Mi hermano y su familia estuvieron aquí un par de días.

—Ah. Creo que no sabía que tenías un hermano. ¿Alguna sobrina o sobrino?

—Tres. Todos menores de cinco años. De ahí esto —dice, señalando el generoso vaso de *whisky* frente a él.

Sin decir una palabra, extiendo la mano y me sirvo un trago, luego me quedo boquiabierta al ver un objeto voluminoso cubierto por una sábana junto a la mesa y las sillas.

—¿Qué diablos es eso?

Él encoge los hombros.

—Estaba aquí cuando he llegado.

—¿Y no se te ha ocurrido mirar qué era?

—Es tu tejado, Randy.

—Claro, y tú eres tan respetuoso con mi espacio personal… —respondo, y dejo mi taza en la mesa y tomo la base de la sábana.

—Retíralo con cuidado —dice Archer, con un tono un poco más apurado de lo habitual—. No tires fuerte.

—Ajá, así que *sí* sabes qué es —digo y, siguiendo su consejo, quito la sábana con cuidado.

Lo que hay debajo me deja sin palabras.

—Es un telescopio —digo, pasando una mano reverencial sobre el tubo. Le lanzo una mirada atónita a Archer—. ¿Esto es… cosa tuya?

Él encoge los hombros.

—En realidad es un poco egoísta: pensé que podría ser algo para mantenerte ocupada mientras estás aquí arriba en lugar de hablarme.

Estoy demasiado desconcertada por el regalo generoso y atento como para encontrar una respuesta, o para señalar que él es quien se ha plantado en mi tejado.

Como si me estuviera esperando… para darme el telescopio.

Un telescopio.

Un regalo tan considerado y tan perfecto que ni siquiera puedo comprenderlo del todo.

Él carraspea.

—Kylee mencionó que donaste el tuyo y no me parecía bien que no tuvieras uno.

Paso una mano sobre él, muriéndome por probarlo, pero sé por experiencia que puedo perderme durante horas mirando a través de un telescopio, y quiero darle su regalo.

—No te muevas —digo, señalándolo—. Yo también tengo algo para ti.

Bajo corriendo las escaleras para buscar el regalo que le compré a Archer, de repente emocionada por verlo abrirlo.

La caja es grande y voluminosa, así que tardo un poco en regresar con ella a cuestas. Hago un pequeño sonido de consternación cuando veo que Archer ya no está sentado en la mesa, pero luego lo veo en su propio tejado, dirigiéndose hacia mí.

—Espera. Quédate ahí —digo, caminando hacia él—. Esto, en realidad, va justo donde estás.

Empiezo a cruzar la brecha entre nuestras azoteas, pero él hace un ruido de advertencia.

—Cuidado. Hay hielo.

Archer deja a un lado la manta que debe haber ido a buscar mientras yo estaba abajo y toma mi regalo.

Entonces me sorprende: deja el regalo junto a la manta y extiende una mano hacia mí. Vacilo un momento antes de tomarla. A nivel racional, sé que solo está siendo caballeroso para evitar que resbale.

A nivel emocional, tocarlo parece… arriesgado.

Finalmente, coloco mi mano en la suya. No es mi intención mirarlo. No quiero mirarlo, pero él atrae mi mirada como un imán.

Pongo el pie en su azotea con cuidado, pero no el suficiente, porque resbalo un poco y su otra mano sube a mi espalda para estabilizarme.

—¿Estás bien? —pregunta.

Suelto una risa que suena un poco forzada por la vergüenza y… algo más.

—Sí. Estoy bien.

Sus ojos azules sostienen los míos por un momento más antes de asentir y soltarme.

Él mira el regalo.

—No tenías que darme nada.

Pongo los ojos en blanco.

—No seas de esos. Solo ábrelo.

Archer pone la caja en el suelo y se arrodilla para desenvolverla mientras yo observo con el labio inferior entre los dientes, de repente avergonzada. La idea para el regalo de Archer surgió de manera impulsiva un par de semanas atrás. En realidad, ni siquiera sabía que existía, pero me emocioné cuando un poco de búsqueda en Google me ayudó a encontrar exactamente lo que había imaginado.

Ahora, sin embargo, me parece… una tontería.

Tal vez incluso ridículo.

Pero cuando termina de arrancar el papel, él no ríe. De hecho, no hace ni dice nada. Solo mira la imagen y el nombre impresos en un lado de la caja grande.

—Es una lámpara —explico nerviosa—. Hecha para exteriores. Está diseñada para simular la luz de la luna, y pensé que tal vez… Pensé que podrías usarla cuando no haya suficiente luz real para que dibujes.

—Joder… —dice en voz baja.

—Es una estupidez, ¿no? —pregunto, metiendo las manos en los bolsillos de mi abrigo.

Archer coloca una mano sobre la caja y levanta la vista hacia mí.

—No. Es un buen regalo, Randy. Uno muy bueno…

Exhalo aliviada.

Él se pone de pie y mete las manos en sus propios bolsillos.

—¿Qué te parece si estrenamos nuestros regalos? —Hay una esperanza en su voz que causa una extraña sensación en mi pecho —. Aunque, si hace demasiado frío…

—No hace demasiado frío —interrumpo emocionada, aunque sospecho en el fondo de mi mente que mi entusiasmo no se debe solo al telescopio.

—Voy a buscar mis cosas —dice señalando hacia su puerta. Luego señala hacia mi tejado—. No te resbales y mueras volviendo hacia allá.

Le hago un pequeño saludo militar y con cuidado me dirijo de nuevo a mi azotea, aunque la distancia entre los edificios no es una amenaza más que para mi ego si llegara a resbalar.

Una vez que aterrizo de manera segura, me instalo detrás del telescopio y suelto un suspiro de felicidad cuando lo posiciono y echo un primer vistazo. Estar justo al otro lado del río desde Manhattan significa que las condiciones para observar las estrellas no son ideales. Incluso con un cuerpo de agua entre los rascacielos y yo, la contaminación lumínica sigue muy presente, pero ni siquiera eso puede empañar la maravilla que tengo ante mis ojos.

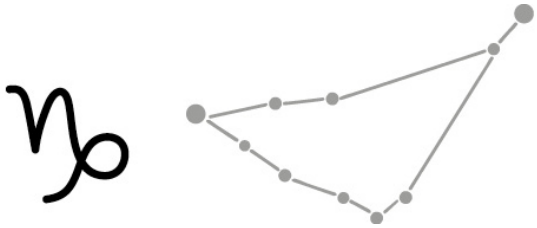
No mucho después, oigo el golpe de la puerta de Archer mientras sale afuera, seguido por el sonido de un cúter y el crujido del embalaje.

Tras un largo rato, me aparto de mi nuevo telescopio y miro de reojo para verlo ocupado dibujando, con su nueva lámpara de luna

emitiendo un cálido y suave resplandor a su lado.

Y luego, a pesar de que es tarde, vuelvo a observar las estrellas, sorprendida al darme cuenta de que mi deseo de acostarme temprano y estar sola no parece aplicarse cuando estoy aquí arriba.

Más que nada, hago un esfuerzo consciente por no pensar en la razón de todo ello. O en que el hombre a mi lado podría ser exactamente aquello de lo que mi horóscopo me ha advertido esta mañana.



Temporada de Capricornio

Hoy la energía resultará particularmente conflictiva para ti, querida Géminis. Hay una conciencia molesta bajo la superficie. Resiste la tentación de excavar demasiado profundamente demasiado rápido. Los tiempos del universo no deben tomarse a la ligera.

—Oh, Dios mío. Por favor, no —digo, apartándome nerviosa del espejo y girando el cuello sobre mi hombro para poder ver mi espalda en el reflejo—. Oh, no puede estar pasándome esto.

Christian vendrá a recogerme en menos de una hora para la fiesta de su empresa, y en el proceso de probar mis dos opciones de vestido, he logrado enganchar la cremallera de uno de ellos… en mi ropa interior.

Es uno de esos momentos horribles de mujer que vive sola que siempre supe que llegaría, pero la sincronización no podría ser peor. Si todavía estuviera en Manhattan, mi vínculo suficientemente amistoso con la profesora que vivía a mi lado en el campus me permitiría pedirle el favor incómodo, pero aquí…

Intento tirar de la cremallera, pero no tengo suerte. No me importa romper la ropa interior, pero el vestido era muy caro y quería ponérmelo esta noche.

Exhalo y contemplo mis opciones en el poco tiempo que tengo.

Se me ocurren tres:

1. Esperar a que Christian llegue y preguntarle avergonzada si puede ayudar a liberarme.

2. Cancelar la cita.

3. Me parece casi impensable nombrarlo, y sin embargo…

Me pongo unos pantalones de yoga debajo de la falda, calcetines hasta la rodilla encima de los pantalones, y luego bajo rápido las escaleras para ponerme las botas y el abrigo. Al abrir la puerta, arrastro los pies por el sendero hasta mi puerta delantera, luego hacia la de Archer, y finalmente hasta su puerta principal. Avanzo despacio porque anoche Nueva Jersey tuvo su primera nevada, aunque más bien fueron uno o dos centímetros de nieve mojada que ahora se ha convertido en un lodazal gris y resbaladizo; de todos modos, no quiero añadir un trasero mojado o una muñeca rota a la vergüenza de esta noche.

—Por favor, por favor, que esté en casa —murmuro mientras presiono con impaciencia el timbre de la puerta de Archer.

Él abre después de un rato largo y su irritación se convierte en sorpresa al verme.

—Randy. ¿Qué haces aquí?

—Oh, por favor. Vienes a mi casa sin ser invitado todo el tiempo —digo, empujándolo a un lado para poder entrar en su vestíbulo.

—¿Te has arreglado así para espiar en mi estudio? —pregunta, cerrando la puerta.

—Por centésima vez, no me importa tu estudio —digo—. Has dejado claro que nadie tiene permitido entrar.

—Entonces estás aquí porque…

—Necesito un favor. —Cruzo los brazos—. Y tienes que prometer que no te vas a reír.

Él niega con la cabeza.

—Por supuesto que no.

Suspiro.

—Está bien. Pero no voy a pedir este favor de pie en tu vestíbulo helado.

Él señala hacia la cocina, y lo sigo.

He estado en la casa de Archer solo un par de veces, más que nada para pedir prestado un destornillador porque todavía no logro encontrar dónde Lillian puso el suyo, y una vez porque me quedé sin detergente para la ropa. Es más acogedora de lo que uno esperaría de alguien tan hosco como Archer, pero también es masculina. La distribución es igual que en casa de Lillian, pero las paredes de Archer, en lugar de estar empapeladas con flores, están pintadas de un gris oscuro, casi negro, y cualquier nota de color proviene de las variadas obras de arte que cuelgan de ellas.

—Ninguna de estas son obras tuyas —digo, haciendo un gesto. No sé casi nada sobre arte; sin embargo, aunque aún no he visto el trabajo de Archer en persona, sé lo suficiente como para reconocer que estas no son de su autoría.

—No —responde.

—¿Por qué no?

—Porque mi arte es mi trabajo. Mantengo mi trabajo en el estudio, de la misma manera que otras personas dejan su archivador en su

oficina.

Entro en su cocina, que es sorprendentemente moderna. Los electrodomésticos de Lillian son viejos y cada superficie está cubierta por un frasco de galletas o una colección de latas de té o un gallo hecho de vidrio soplado color aguamarina. La cocina de Archer, en cambio, a pesar de tener también la misma distribución que la de Lillian, no se le parece en nada: la combinación del horno y los fogones con acabado de cobre es elegante, y lo único que hay en la encimera es una botella de *whisky*, que ahora reconozco como su amado *whisky* de centeno.

—¿Qué te hizo comprar este lugar? ¿O alquilarlo? —pregunto, mirando a mi alrededor.

—Lo compré —responde.

Estoy deseando preguntar cómo, dado que apenas es mayor que yo, y sé por Lillian que hay mucha demanda para esos chalets y que es una propiedad inmobiliaria extremadamente cara. Pero la pregunta sería demasiado descortés, incluso para el estilo franco y directo de conversación de Archer.

—Pero eres un artista, y Manhattan es… bueno, Daphne dice que es la meca de los amantes del arte —insisto.

—De los amantes del arte, sí. ¿De los artistas? Estoy seguro de que para algunas personas la ciudad sirve como inspiración. Para mí es más… como una distracción. Me gusta estar cerca para llegar a una galería cuando lo necesito, pero sobre todo me gusta la tranquilidad y la soledad. O lo que solía ser tranquilidad y soledad… —agrega, mirándome con intensidad.

Me siento un poco herida por el hecho de que todavía piense así, por lo que aparto rápido la mirada. Yo también sentí que él invadía

mi tranquilidad y soledad en la azotea el día que nos conocimos, pero dejé de sentirlo hace… algún tiempo. No me había dado cuenta de que él todavía lo sentía.

—Oye. —Archer se acerca a la encimera para ponerse a mi lado. Se apoya en ella, cruza los brazos y se inclina un poco para que su rostro esté más a mi altura—. Randy.

—¿Qué? —respondo.

Entonces él extiende la mano y mueve con suavidad mi barbilla hacia arriba con el nudillo de su dedo índice, aunque aparta la mano tan pronto como nuestros ojos se encuentran.

—No quería decirlo así.

—Ya, bueno…

—Te lo juro. Lo que quería decir es que… —Él exhala, suena frustrado—. Es cierto que interrumpiste mi soledad. Pero no… me molesta tanto como pensé que me molestaría. O para nada, la verdad.

—Oh. Pues…

—¿Cuál es el favor? —me interrumpe.

—¿El favor? Ahhhh. Sí —digo, al recordar mi vestido. Señalo su *whisky*—. Voy a necesitar un poco de eso.

Él toma la botella y dos frascos —al parecer no tiene vasos normales—, y nos sirve un chorrito a cada uno.

Me lo bebo de un trago y arquea las cejas.

—¿Cómo de grave es ese favor?

—Gravísimo —digo con seriedad. Antes de perder el valor, desabrocho mi abrigo.

La mirada de Archer sigue el movimiento de la cremallera y observa el pequeño vestido negro, que de frente es bastante

conservador. Por detrás también lo es, cuando no está abierto de par en par.

—Por favor, dime que no estás aquí por consejos de moda. Yo no lo veo mal — dice.

—Gracias por este elogio tan generoso, pero no: no quiero tu consejo. Estoy un poco… atascada.

Me doy la vuelta y, entrecerrando los ojos como si pudiera bloquear la vergüenza, me quito el abrigo.

Hay un largo momento de silencio, y me armo de valor para mirar por encima del hombro y ver a Archer contemplando mi espalda expuesta y con una mano cubriendo la mitad inferior de su rostro.

—Has dicho que no te reirías —lo acuso.

—No, recuerdo claramente que no he prometido nada de eso — dice, bajando la mano y veo su sonrisa, que, sin ser una gran sonrisa, es la más genuinamente divertida que he visto nunca en él.

—Solo… arréglalo. Pero, por favor, no rompas la cremallera. Le tengo bastante cariño a este vestido.

Él bebe su *whisky* de un sorbo y luego se acerca a mí. Nuestros ojos se encuentran por un instante antes de que yo gire rápido la cabeza.

—¿Para qué te has arreglado tanto? —pregunta.

Me sobresalto un poco al sentir el roce de sus dedos en la parte baja de mi espalda.

—Lo siento. —Su voz suena áspera—. ¿Tengo las manos frías?

Ni un poco.

—No, está bien. —Despejo mi garganta—. Eh… Esta noche es la fiesta de Navidad de la empresa de Christian. Viene a recogerme en un rato, y no quería que me encontrara… así.

—Si sirve de algo, dudo que le hubiera importado —dice Archer—. Por lo general, a los hombres les gusta encontrar a las mujeres con las que están saliendo en ropa interior. En especial de color negro.

Mis mejillas se calientan, y no estoy segura de si es por vergüenza o por su proximidad.

—Por Dios, ¿cómo has logrado que se atascara así? —murmura él.

—Mi ropa interior es de encaje —digo a la defensiva—. El tejido tiende a engancharse.

—Sí, ya lo veo —dice, un poco entre dientes.

Tras un largo minuto, hace un gruñido de satisfacción y el cierre se desliza suavemente.

—Gracias —digo con alivio mientras él sube de la cremallera hasta arriba—. ¿Te importaría…? Hay un ganchito.

—Listo.

Lo abrocha y luego retrocede mientras me doy la vuelta.

—¿Y bien? —Extiendo los brazos hacia los lados, mirando hacia abajo. El vestido parecía bastante recatado en el perchero. Tal vez sigue siendo recatado ahora, pero me gusta cómo se ajusta lo suficiente para parecer femenino, pero no tanto como para quitar todo el misterio.

—Bonitos calcetines —dice, moviendo la barbilla hacia los calcetines morados peludos que me he puesto para mantenerme caliente.

Bajo los brazos, un poco desmoralizada, aunque no sé qué esperaba dado que ya ha declarado con tono insulso que el vestido no se veía mal.

—Gracias por tu ayuda —respondo, y lo digo en serio—. Prometo que no se convertirá en una costumbre.

—Puedes venir por aquí en bragas de encaje negro siempre que quieras… —Su sonrisa es rápida, apenas un destello de dientes.

—Sí, claro. Ya he visto que has quedado completamente rendido ante mis encantos femeninos —digo un poco sarcástica mientras camino de regreso hacia la puerta principal. Me pongo la chaqueta mientras avanzo.

Archer me sigue hasta el vestíbulo, aunque, cuando abro la puerta, coloca la palma de su mano en ella para cerrarla de nuevo.

Le miro con curiosidad, y sus ojos azules me observan con cautela mientras aprieta la mandíbula.

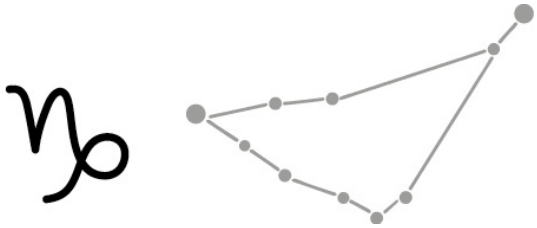
—Oye. Randy. Estás… muy guapa. ¿De acuerdo? Te ves muy bien.

La mirada cautelosa desaparece por un instante y revela lo que juraría que ha sido un destello de calidez antes de que desapareciera.

—Mejor —digo, tratando de sonar relajada, pero mi voz sale entrecortada.

En cuanto a los cumplidos, las palabras de Archer no son precisamente poesía. Así que no puedo explicar por qué siento mi cuerpo notablemente sobrecalentado en el camino de regreso a casa a pesar de las temperaturas bajo cero.

O por qué, horas más tarde, incluso estando en los brazos de Christian, juro que aún puedo sentir el roce de los dedos de Archer en la parte baja de mi espalda…



Temporada de Capricornio

Los fuegos artificiales te enviarán en una nueva dirección emocionante, querida Géminis. Acepta lo que te asusta, ya que tu mayor aventura comienza con un salto hacia lo desconocido. El universo se está alineando para guiarte, así que sigue los fuegos artificiales y deja que iluminen tu camino hacia nuevos horizontes.

¿Una predicción de fuegos artificiales en Nochevieja? No estoy para nada impresionada con el horóscopo de hoy en Zona Zodiacal, demasiado obvio.

No me gusta esta celebración, nunca me ha gustado.

La mayoría de los años paso la Nochevieja en chándal en mi sofá y estoy en la cama antes de las diez. Y la verdad es que siempre he estado más que contenta con esa tradición.

Sin embargo, al parecer así es como la doctora universitaria Miranda Reed pasaba la Nochevieja.

Pero no Miranda, la astróloga incipiente, quien, al parecer, tiene planes.

Invitaciones de último momento, dos de ellas, que mi horóscopo del 29 de diciembre sugirió con insistencia que aceptara.

La noche ha empezado con una cena en Manhattan. Christian había hecho una reserva en un elegante club de *jazz* en el Upper West Side.

Ha sido divertido. Bueno, ha estado bien.

En realidad, no me gustan mucho los menús cerrados que siempre hacen los restaurantes en este tipo de celebraciones. ¿Por qué todo tiene que llevar trufa? ¿Y si solo quiero el maldito pollo?

Tampoco es que me guste el *jazz* en particular. Sé que es moderno y culto que te agrade, pero simplemente… no. Lo encuentro demasiado caótico.

Y por último, pero no menos importante: no quiero al hombre.

Y creo que nunca voy a quererle.

Me gusta Christian. Mucho. Pero cada vez es más difícil evitar la verdad: escrito en las estrellas o no, Christian Hughes no está hecho para mí. Por eso nunca tengo prisa por devolverle las llamadas o los mensajes. Por eso nunca puedo relajarme del todo a su lado. Por eso me sentí secretamente aliviada cuando me dijo que no podría quedarse esta noche después de todo, porque su ex necesitaba intercambiar los días de Kylee y dejaría a la niña en su casa temprano por la mañana.

Se suponía que esta noche sería *la noche* con Christian, y en mi interior sé que esto no es solo un respiro o un retraso, sino una señal.

Si no fuera porque Kylee se está encariñando conmigo, podría seguir intentarlo, pero no voy a arriesgarme a romperle el corazón a

esa niñita cuando las cosas inevitablemente se desmoronen con su padre. Ni siquiera por el Proyecto Horóscopo.

Pero eso habrá que abordarlo en enero.

Puede que mi genialidad no siempre se extienda a mis habilidades en lo que refiere a relaciones, pero hasta yo sé que no se rompe con alguien en Nochevieja, en especial cuando tenemos otra fiesta a la que asistir.

La fiesta de Archer.

Ni siquiera sabía que esas dos palabras podían ir juntas, pero la invitación llegó hace unos días.

Y en realidad, «invitación» es un eufemismo para «orden tajante enviada por mensaje de texto»:

> Fiesta de Nochevieja en mi casa. Alyssa la está organizando y me ha dicho que te incluyera. Ven.
>
> *Alyssa.*

La mujer que, hasta hace poco, pensaba que él podría haber inventado.

La que quizás una pequeña parte de mí deseaba que hubiera inventado. Una parte a la que, siguiendo mi horóscopo, no voy a hacer caso.

No me emociona especialmente ir a una fiesta con un montón de gente que no conozco, así que me parece casi una bendición que ya sean más de las once cuando regresamos de la ciudad. Eso significa que tendré que soportar menos de una hora de charla trivial antes de la cuenta atrás y que, con suerte, podré llegar a mi cita con mi fiel irrigador bucal antes de las doce y cuarto.

—Háblame de esa tal Alyssa —dice Christian mientras nos ponemos nuestros abrigos para hacer la caminata corta pero gélida hasta la casa de Archer—. ¿Hay algo que necesite saber?

—En realidad no la conozco. Todo lo que sé es que es una especie de representante importante. Archer dice que está especializada en celebridades que cambian de carrera. Atletas que se convierten en comentaristas deportivos, cantantes que se convierten en presentadores de programas de entrevistas, actrices que quieren hacer programas de cocina. Ese tipo de cosas.

—Interesante. ¿Cómo se conocieron ella y Archer?

—Bueno, los detalles son escasos, porque las habilidades conversacionales de Archer son escasas, pero creo que querían hacer algún tipo de *reality show* de una residencia artística o algo así y querían que Archer involucrara con el tema. Entonces ella se involucró. Y luego ella y Archer se… involucraron.

—Pues deben estar muy involucrados si organizan una fiesta juntos.

—Em, creo que decir que están organizándola juntos podría ser un error —digo—. Archer no es de los que organizan fiestas. Tengo la impresión de que esto ha sido idea de Alyssa.

—¿Crees que nos invitó para que no llames a la policía si hacen mucho ruido?

—Bueno, más bien creo que es porque quiere tener acceso a mi azotea.

—¿Tu azotea? No hace ni un grado esta noche.

—Lillian dice que desde allí arriba se pueden ver los fuegos artificiales de medianoche. ¿Quizás su lista de invitados es demasiado grande y no cabe solo en el tejado de Archer?

No le digo cuánto me molesta la idea de que alguien esté en mi tejado.

Soy posesiva con mi tejado.

Solo con mi tejado. Definitivamente solo soy posesiva con el tejado.

Cuando llegamos, hay una nota en la puerta de Archer que dice que la gente puede entrar. La ola de ruido que nos golpea cuando empujo la puerta me hace saber que esto no es la pequeña reunión que había estado esperando.

—¡Hola! Pasad —dice una rubia alta cuando entramos a la cocina de Archer—. Debéis ser la vecina y el novio de la vecina. ¡Bienvenidos! Soy Alyssa.

—Hola, soy Miranda. Él es Christian.

Alyssa, como había previsto, es preciosa. También es un poco mayor de lo que hubiera pensado. Mayor, creo, que Archer por unos años, aunque no hay nada en ella que parezca viejo, solo… interesante, como si tuviera un millón de historias que contar y todas fueran tan brillantes y ligeras como ella misma.

Porque, ¡maldición!, parece encantadora.

—Me alegra mucho que hayáis podido venir —dice, guiándonos más adentro del espacio—. ¡Tomad! Champán.

Agarra dos copas de cristal —que deben ser alquiladas, porque no puedo imaginar a Archer teniendo algo tan elaborado—, y nos señala hacia una hielera donde ya hay varias botellas de champán abiertas.

—Ese es Jackson Burke —murmura Christian en mi oído mientras nos sirve una copa a cada uno.

El nombre no me dice nada, pero su emoción es evidente cuando mira al otro lado de la habitación hacia un hombre alto y guapo con el brazo alrededor de una rubia bonita.

—¿Quién? —Acepto el champán, tratando de no pensar en lo extraño que me resulta que no sea un frasco de cristal con *whisky* de centeno, tratando de no sentir que todas estas personas en la casa de Archer me parecen fuera de lugar.

—Un antiguo *quarterback* que tiene los anillos del Super Bowl para probar que era bueno —explica Alyssa, después de haber escuchado nuestra conversación—. Es uno de mis clientes. —Entonces mira a Christian con una sonrisa—. ¿Quieres que te lo presente?

—Oh, vaya —Christian está un poco impresionado, y resulta bastante adorable—. Claro que sí.

Toco su brazo.

—Ve. Voy a ir al baño.

Alyssa señala.

—Primera puerta a la izquierda.

Succiono mis mejillas para no decir que sé dónde está el baño, que he estado aquí antes. No a menudo, pero más a menudo que ella, al menos recientemente.

Sacudo la cabeza para despejar mi mente.

«¿Qué te pasa, Miranda? La casa no es tuya. El hombre tampoco…».

En realidad no necesito usar el baño. Solo necesito un momento para alejarme y centrarme. Nunca he disfrutado de este tipo de reuniones con tanta gente, y esta tiene lugar justo después de la fiesta navideña de la empresa de Christian hace un par de días, por

lo que mi reserva de temas de conversación trivial está un poco agotada.

El baño está ocupado cuando llego, así que me quedo en el pasillo, observando las diversas obras de arte. Son diferentes de las que están en la entrada de Archer. Más que nada son bocetos, pero todos están enmarcados. A mi ojo inexperto le parece una colección ecléctica; ninguna obra es del mismo artista y no hay ni una sola firmada por Archer.

Llego al final del pasillo, donde en mi casa se encuentra el dormitorio de Lillian. No es el dormitorio más grande de la casa, pero se mudó a él después de su cirugía de cadera hace un par de años para minimizar el uso de las escaleras.

La puerta equivalente en la casa de Archer está cerrada, y en ella hay pegada una hoja de papel con las palabras «No entrar», subrayadas para enfatizarlas.

La nota en la puerta de entrada, invitando a la gente a entrar, ha sido escrita en un bonito estilo femenino, probablemente por Alyssa. No hay nada bonito en esta escritura asertiva y concisa… Es el estudio de Archer, no hay duda.

—Vaya, vaya. La ballena blanca —murmuro, porque, cada vez que he mirado su casa, él se ha encargado de decirme que nadie tiene permitido entrar al estudio. Nunca.

Levanto la mano hacia el pomo de la puerta y luego la retiro rápido.

«¿Qué estoy haciendo?».

Soy alguien que sigue las reglas, que respeta el espacio personal de los demás. Nunca pondría en riesgo la confianza de Archer.

Y sin embargo…

La repentina necesidad de saber un poco más sobre el hombre resulta imposible de resistir.

Me muerdo la comisura del labio, dudando solo un momento más antes de mirar por encima del hombro en busca de testigos, y luego me escabullo dentro de la habitación prohibida.

Incluso si no supiera que es el estudio de Archer, el olor lo delataría: pintura mezclada con el jabón o la colonia de Archer, o lo que sea que lo haga oler como… él.

Por alguna razón, me lo imaginaba blanco. Paredes blancas, tal vez una lona blanca de pintor en el suelo para atrapar cualquier desorden. Pero aparte de un montón de lienzos blancos apilados en orden en una esquina, todo lo demás es oscuro y masculino. El suelo es de madera oscura; limpio, pero no pulido. Hay un gran armario de almacenamiento en la pared del fondo, pero el resto de las paredes de ladrillo están cubiertas, como uno esperaría, con arte. El arte de Archer.

Esta misma habitación en la casa de Lillian debería parecer igual, y supongo que hay similitudes, pero de alguna manera esta es cien por cien Archer.

El espacio está iluminado por un resplandor cálido, y sonrío al darme cuenta de que es la lámpara de luna que le regalé por Navidad. La ha bajado aquí para la fiesta. Lógicamente, sé que habrá sido para hacer más espacio en el tejado para ver los fuegos artificiales a medianoche, pero me gusta la idea de que la haya puesto aquí para que no le suceda nada.

Giro hacia lo que debe ser su lugar de trabajo, una mesa de madera enorme cubierta de pintura y un práctico taburete de

madera escondido entre las sombras, con… un hombre sentado en él.

Salto tan fuerte que parte de mi champán salpica mi mano. La sacudo.

—Maldita sea, Archer. ¿Qué estás haciendo aquí?

Él también sostiene una copa de champán, y da un pequeño sorbo antes de hablar.

—A ver… ¿Cuál de los dos debería estar haciendo esa pregunta?

Me tenso porque sé que tiene toda la razón. Soy yo quien no debería estar aquí, y entrar sin permiso ha estado muy mal de mi parte.

—Lo siento mucho. De verdad, lo siento. Ya me voy —digo, retrocediendo despacio—. Y otra vez, lo siento.

—Randy.

—¿Sí? —Me preparo para una reprimenda merecida por mi intrusión.

Él suspira.

—Primero el tejado, ahora mi estudio… Debo estar acostumbrándome a tu presencia, porque, por algún motivo, no estoy enfadado.

Estrecho los ojos sospechosamente hacia su copa de champán.

—Ya veo… ¿Cuántas de esas has bebido?

Él la agita.

—Es la primera copa. No me gusta mucho el champán.

Increíble. Lo miro.

—¿De verdad no estás molesto?

Él niega con la cabeza.

Me acerco un poco más.

—¿Por qué estás aquí? Eres el anfitrión de la fiesta.

—No —dice mientras bebe más champán—. Alyssa es la anfitriona de la fiesta. En mi casa. No conozco a la mitad de los invitados.

—Pensaba que ella tenía un apartamento en la ciudad.

—Lo tiene. En Tribeca. Pero no tiene espacio al aire libre, por lo que no tiene donde ver —hace un gesto despreocupado hacia arriba — los fuegos artificiales.

—Ah, tiene sentido. Es muy bonita —digo mientras empiezo a pasear por el estudio. Se haya acostumbrado o no a mi presencia, creo que no tendré otra oportunidad de estar aquí.

—Sí.

—Son más grandes de lo que parecen en internet —comento al detenerme frente a un lienzo que es más alto que yo, y que debe ser una obra en progreso.

Inclino la cabeza, reconociendo al instante la distintiva forma de pirámide en primer plano.

—París. ¿Es tu próxima serie? Daphne ha estado preguntándoselo.

Se ve sorprendido. Y molesto.

—¿Hablas con Daphne sobre mi arte?

—No. Ella me habla de ello. Es una gran aficionada al arte. Al parecer, todo el mundo especula sobre tu próximo movimiento.

—Fantástico —murmura.

—¿Estabas en París cuando me mudé aquí? —pregunto, mirando de nuevo el lienzo.

Él asiente.

—Durante tres meses.

—¡Tres meses! —exclamo sorprendida.

—Ese es el tiempo que me llevó captar la atmósfera que quería. Estuve en Tokio durante seis meses para la primera serie.

—¿Siempre pintas ciudades? ¿Te centras en los viajes?

—No. La serie de Tokio fue improvisada. Fui a visitar a un amigo por una semana. Me sentí inspirado, me quedé y pinté.

—Daphne me dijo que causó una gran sensación en el mundo del arte. Que ya eras famoso, pero que esto te elevó al siguiente nivel.

Se levanta y se une a mí frente al lienzo para contemplarlo.

—Supongo que a la gente le gustan las obras de viajes.

—Probablemente porque representan una escapatoria de su mundo real. En especial cuando es una obra tan grande, tan vibrante. Debes sentir eso cuando las pintas.

—A veces.

Lo miro.

—No suenas muy… cautivado.

Se encoge de hombros.

—Escapar de tu realidad solo es deseable cuando no te gusta tu realidad. Ir a Tokio me fue genial, porque en ese momento me sentía… perdido.

Es una de las confesiones más emotivas que he oído de Archer y, aunque estoy ansiosa por saber si tiene que ver con su compromiso fallido, también sé que debo proceder con cuidado. Si no abro despacio esta puerta hacia su alma, él la cerrará de golpe.

De inmediato, mis instintos me dicen que no diga nada, que espere.

Después de un momento, mi intuición es recompensada.

—Fui allí después de que Willow… cortara conmigo —dice con una mirada irónica—. Pero ya lo sabías.

Sacudo la cabeza.

—Todo lo que internet dice es que estabais comprometidos y que se terminó. No que ella cortara el compromiso. Ni por qué.

«Ni que te sentiste perdido después».

La mera idea me da ganas de llorar.

—Ni yo estoy seguro de por qué terminó —dice con una risa áspera que apenas enmascara el dolor en su voz.

—¿Ella no te lo dijo?

—Oh, sí. Lo hizo —responde, aún mirando el cuadro de París, aunque dudo que realmente lo esté viendo—. Su *vidente* le dijo que no hacíamos buena pareja.

Mi boca se abre un poco.

—Su… ¿vidente?

—Bueno, Willow lo llamaba «asesor espiritual». Llames como llames a ese bastardo, el tipo le informó que las estrellas o el universo o lo que demonios fuera no querían que estuviéramos juntos. Fue nueve días antes de la boda.

Pongo mi mano en su brazo.

—Archer. Eso es… No sé ni qué decir. Es horrible.

Desgarrador.

Él baja la mirada.

—Quizás terminó siendo lo mejor para mí, porque me obligó a establecer algunas nuevas reglas, y estoy mejor gracias a ello.

—¿Qué reglas?

Archer inclina la cabeza hacia atrás y se termina el champán de un solo trago.

—No salir con alguien que pondría los deseos del universo por encima de los propios.

Antes de que pueda procesar eso como corresponde, escucho un murmullo de voces al otro lado de la puerta, seguido del sonido de pisadas fuertes.

Miro hacia arriba.

—Imagino que se acerca la medianoche. Todos están subiendo para la cuenta atrás.

Él mira su reloj.

—Quedan nueve minutos.

Asiento con la cabeza, con la intención clara de unirme al grupo; de unirme a Christian. Pero mis pies no se mueven.

Archer debe sentir lo mismo, porque, en lugar de sugerir que vayamos a ver los fuegos artificiales, señala con su copa vacía el cuadro de París frente a nosotros.

—¿Qué te parece este, Randy?

Desvío mi atención hacia la obra, sorprendida por el cambio de tema, pero también sintiendo que él necesita ese cambio.

—Creo que es hermoso —digo con sinceridad.

Ha pintado la famosa pirámide frente al Louvre, pero se ha tomado libertades con los colores y la perspectiva. No hay colores suaves y siluetas delicadas que uno asocia a París, sino que es más bien una versión de un universo alternativo, una que suplica que lo exploren.

Asiente.

—Sí. Lo es.

Miro su perfil tenso.

—No suenas feliz.

—No lo sé —dice, frustrado—. La serie de París no me está consumiendo como esperaba.

—¿Así es como quieres sentirte? ¿Consumido?

—Cuando se trata de mi arte, sí. De lo contrario, ¿qué sentido tiene?

—Mmm. —Me rasco la mejilla—. Bueno. ¿Hay algo que te consuma últimamente? Quizás eso sea en lo que deberías trabajar.

—Sí. —Está distraído—. Pero no se parece en nada a la serie de Tokio. Y eso es lo que la gente quiere. Lo que espera.

Sonrío.

—Como alguien que abandonó el mundo de la lógica y la ciencia para desviarse hacia la astrología, te diré que creo que a veces evitar las expectativas abre puertas inesperadas.

Él no me devuelve la sonrisa.

—Puertas inesperadas… Como las que te llevaron a Christian.

Vacilo.

Ahora no parece el momento para explicar que planeo cortar con Christian. O tal vez sea el momento adecuado, y eso me aterra, porque no digo nada.

Archer se gira hacia mí y me mira despacio.

—Es el mismo vestido que la otra noche.

Miro hacia abajo.

—Sí, bueno, sale bastante del armario durante la temporada navideña.

—¿Misma ropa interior también?

Mi cerebro busca una respuesta ingeniosa, algo para aliviar la tensión, pero el recuerdo de sus dedos en mi piel cuando me abrochó el vestido la otra noche, cuando vio dicha ropa interior, parece abrumar cada uno de mis pensamientos, y todo lo que logro es asentir.

Ninguno de los dos dice nada durante un largo momento. El silencio no es incómodo, pero hay una nueva tensión que parece chisporrotear entre nosotros.

Solo la rompe una serie de estallidos, tan inesperados que doy un salto, y pongo una mano sobre mi corazón que ahora late acelerado por dos razones.

—Fuegos artificiales —dice Archer con cierta brusquedad, sin apartar la mirada.

Trago saliva.

—Debe ser medianoche. ¿Deberíamos… cantar alguna canción típica o algo así?

La comisura de su boca se tensa y su mirada destella con algo que probablemente sea diversión, pero que, por un momento, se parece mucho al afecto.

—Vamos, Randy —susurra, y toma la copa de mi mano y la deja a un lado con la suya—. No es así como se recibe el Año Nuevo.

Antes de que pueda entender qué quiere decir, acerca su rostro hacia el mío. Se detiene un latido antes del beso, sus ojos sostienen los míos, ardientes con una emoción que no reconozco.

Los labios de Archer rozan los míos.

Y cada célula de mi cuerpo parece despertar después de haber dormido toda la vida.

Objetivamente, se asemeja a un beso típico de Nochevieja. Un roce amistoso, como los que se intercambian por toda la zona horaria del este en este momento. Como los besos sin sentido que probablemente se están dando en nuestro propio tejado en este mismo instante.

¿Subjetivamente?

No hay nada típico en este beso.

No en la forma en que sus labios se quedan un momento más de lo debido.

No en la forma en que me roba el aliento.

O la manera en que anhelo con urgencia acercarlo a mí de vuelta. Besarlo de nuevo. Y no parar nunca.

Poco a poco fuerzo mis ojos a abrirse y encuentro el rostro de Archer a escasos centímetros del mío; su mirada azul oscura refleja mi misma necesidad frustrada.

—Feliz Año Nuevo, Randy —dice. Su voz es un susurro ronco.

—Feliz Año Nuevo —susurro de vuelta. Mi mirada vuelve a sus labios.

«Acepta lo que te asusta, ya que tu mayor aventura comienza con un salto hacia lo desconocido…».

Esto. Esto es lo que me asusta. Porque, sea lo que sea, parece demasiado grande para caber en la temporalidad de lo que se supone que es este año experimental, sabático.

«Acepta lo que te asusta…».

Me pongo de puntillas y presiono mi boca contra la suya.

La respuesta de Archer es inmediata, como si hubiera estado esperando este momento. Como si hubiera estado deseándolo.

Sube la otra mano para sostener mi rostro, desliza los dedos en mi cabello mientras inclina mi cabeza y profundiza el beso. Sus labios empujan los míos y los separan, hambrientos y decididos. Mi lengua toca la suya con timidez y él emite un gruñido masculino y satisfecho que siento hasta el fondo de mi ser.

Mis manos han estado descansando ligeramente en su pecho, pero ahora hundo los dedos en su jersey de cachemira suave, lo

acerco más a mí, necesito más…

En algún lugar, una puerta se cierra de golpe, seguida por el sonido de risas que bajan por las escaleras.

La realidad de lo que estoy haciendo aparece y retiro mis labios de los suyos con un jadeo.

Archer y yo nos miramos, con la respiración entrecortada, el espacio entre nosotros cargado de incertidumbre y algo que no sé cómo nombrar.

Levanto una mano temblorosa hacia mis labios.

—Archer…

Su mirada busca la mía, buscando algo.

—¿Tu horóscopo ha tenido algo que ver con esto?

Todavía me siento desconcertada, así que me toma un segundo comprender su pregunta.

—¿Qué?

Sus dedos, aún en mi cabello, se tensan ligeramente.

—Tu horóscopo, Randy. ¿Ha tenido algo que ver con lo que acaba de pasar?

—Pues… —Aún estoy tratando de ordenar mis pensamientos—. Bueno, sí, pero…

Él me suelta de forma abrupta, gira lejos de mí, hunde sus dedos en su propio cabello esta vez.

—¡Mierda, Randy!

Sorprendida y confundida por su vehemencia, sacudo la cabeza.

—No entiendo, ¿qué…?

Él se gira de nuevo hacia mí, con una expresión cerrada e inescrutable.

—Deberías ir a buscar a Christian —dice en un tono frío que no le había oído antes.

Christian. La culpa se enciende.

—No lo hagas —dice Archer, viendo mi expresión—. No te sientas culpable. Ha sido solo un beso irrelevante de Nochevieja; eso es todo lo que ha sido. Él estaba haciendo lo mismo arriba. No ha significado nada.

Trago saliva, pero mis pies no se mueven.

—¿Me estás escuchando, Randy? —dice Archer, su voz aún es fría, y ahora un poco impaciente—. No ha significado nada.

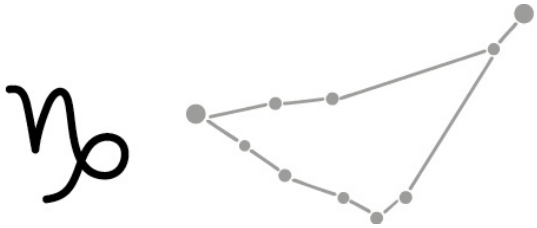
Por fin salgo de mi ensimismamiento lo suficiente como para saber que ahora necesito protegerme. Antes de que pueda lastimarme aún más.

—Sí, Archer. Tengo un coeficiente intelectual de 170, creo que puedo entender lo que es un rechazo absoluto.

Su mandíbula se tensa, y por un momento pienso, con esperanza, que me va a contradecir, pero en cambio solo asiente una vez.

Salgo de su estudio con la cabeza en alto y, en cuanto cierro la puerta detrás de mí, bajo la cabeza hacia mi pecho y me apoyo contra la pared para sostenerme.

Mi horóscopo tenía razón acerca de los fuegos artificiales, y no solo han estado en el cielo. Pero también estaba jodidamente equivocado: esos fuegos artificiales seguro que no están iluminando mi camino hacia nuevos horizontes. De hecho, parecen el final de algo. Algo que ni siquiera ha tenido la oportunidad de empezar.



Temporada de Capricornio

Hoy se presenta una decisión crucial que requiere tanto coraje como autoconciencia. Una segunda opinión será útil, pero, en última instancia, deberás confiar en tu propio instinto.

La tarde siguiente, estoy en el apartamento de Daphne en Murray Hill para nuestra tradición de Año Nuevo de comer chili y hacer una maratón de *Friends*, aunque esta vez nuestra serie favorita es solo el telón de fondo para el tema en cuestión: el beso.

—Bueno, ¿cuánto tiempo dirías que duró el beso? —pregunta Daphne mientras cubre su chili con una generosa cantidad de queso cheddar.

—¿El primero o el segundo? —pregunto, agregando una cucharada de crema agria a mi plato. El chili es en realidad una tradición familiar de Daphne, iniciada por su abuelo, y cada primero de enero todos los miembros de la familia Cabbot siguen la misma receta secreta de la familia, aunque Daphne suele omitir la carne en el suyo cuando está en su fase vegetariana.

Este año parece que no es uno de esos momentos, porque el guiso espeso es carnoso, picante y delicioso.

—Ambos. Ambos besos —aclara antes de meter una cucharada generosa en su boca.

—Em… —Soplo mi cuchara—. Diría que como dos segundos y… ¿veinte segundos? Estoy pensando demasiado en esto, ¿verdad? —pregunto un poco desesperada—. Fue solo un beso típico de Año Nuevo, ¿no?

—Podría ser —admite—. He tenido besos con desconocidos en Nochevieja que han durado más que eso, y un beso memorable hace unos años con un poco de lengua. —Hace una pausa al recordar—. Fue ardiente. Todavía lamento no haber conseguido su número. —Niega con la cabeza—. Pero volviendo a anoche… No creo que la duración del beso sea el factor más determinante aquí, sino la cantidad. Un beso a medianoche es simplemente una tradición. Dos es…

—¿Es qué? —pregunto cuando se detiene, tratando sin éxito de mantener la desesperación fuera de mi voz.

En lugar de responder, ella da un sorbo a su refresco *light*, y entrecierra los ojos.

—¿Se lo has contado a Christian?

Gimo ante la mención de su nombre.

—No. Estaba muy emocionado por el champán y por haber conocido a su ídolo del fútbol y a una actriz cuyo nombre ya he olvidado. Al parecer compartieron un beso de medianoche que habría volado la cabeza del Christian adolescente.

Esa última parte me había ayudado mucho a sentirme mejor. No del todo mejor, pero… un poco menos culpable.

—¿Así que vosotros dos no… después? —Daphne hace un gesto infantil con las manos.

Niego con la cabeza.

—Él se fue en Uber a su casa después de la fiesta como habíamos planeado.

Pero yo no me fui a dormir inmediatamente después. Pasé media noche dando vueltas en la cama, repitiendo la sensación de los labios de Archer en los míos, y la otra mitad intentando bloquear el dolor de pensar que no había significado nada. Él no podría haber sido más claro al respecto.

—¿Christian no se enteró de que te habías ido a medianoche?

—Sí, se enteró, pero no pareció importarle —admito—. Como te he dicho, el champán fluía y estaba impresionado por la lista de invitados.

—¿Ves? Quizás todo esto no es algo por lo que preocuparse. La Nochevieja es solo una de esas curiosas ocasiones en las que se permite un desliz. Y solo sucede una vez al año. No significó nada.

Asiento distraída.

—Espera. —Daphne observa mi rostro con detenimiento—. ¿Querías que el beso significara algo?

—No —respondo rápido—. ¿Por qué? ¿Crees que significó algo?

—Cariño, no se trata de lo que yo piense sobre anoche. Se trata de lo que tú piensas. Tú estabas allí. Sintiendo las sensaciones.

—Pero soy mala en estas cosas.

—¿En qué cosas? —dice ella, añadiendo más queso a su plato.

—Entender a los hombres. Entender esos… momentos.

—¿Así que fue uno de esos momentos? —Me observa con atención.

—No sé, me pareció que había… algo —digo, mirando fijamente mi chili—. Pero deberías haber visto su cara cuando me dijo que

fuera a buscar a Christian. Me lo ordenó, en realidad. Fue como si pensara que había cometido un error fatal y estuviera desesperado por borrarlo de su expediente.

—Mmm. —Daphne mastica, pensativa—. Y ¿qué vas a hacer?

Muevo mi chili en el plato.

—Voy a darle a Archer exactamente lo que quiere y pretender que nunca pasó.

Daphne aparta su plato y exhala.

—Ni siquiera puedo creer que esté diciendo esto, pero… no estarás apartando a Archer por incompatibilidad astrológica, ¿verdad?

—Incompatibilidad total —digo—. Todo en nuestras cartas apunta a un desastre.

Basándome en lo de anoche, tendría que decir que las estrellas acertaron en eso.

Los ojos de mi mejor amiga se entrecierran ligeramente.

—¿Y estás segura de que eso no es solo una excusa? ¿Algo detrás de lo cual esconderte para no tener que enfrentar esos sentimientos incómodos?

Doy un gran bocado al chili para no tener que reconocerlo, ni en voz alta ni en mis propios pensamientos.

Daphne suspira.

—Conozco esa cara.

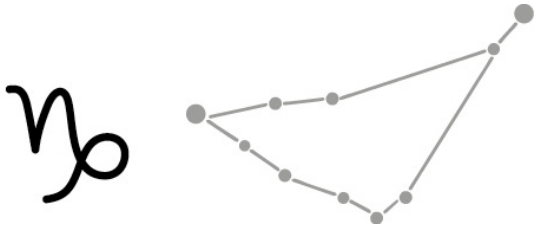
—¿Qué cara?

—Tu cara terca. La expresión que pones cuando estás decidida a usar solo tu cabeza porque es más fácil.

—¿Más fácil que qué?

Ella me mira con paciencia.

—Que escuchar a tu corazón.



Temporada de Capricornio

Hoy, Géminis, una oportunidad atractiva llama a tu puerta. A primera vista, parece ser perfecta para ti. Sin embargo, con Neptuno en cuadratura con Marte, es posible que te encuentres lidiando con una sensación confusa respecto a tu dirección y con impulsos contradictorios. Este tránsito puede traer confusión y desorientación. Mantén todas las puertas abiertas, pero no atravieses ninguna todavía.

—Gracias por recibirme hoy, en especial después del desastre de Navidad —dice mi hermano Jamie mientras asiente agradecido por la copa de vino que le entrego.

Hago una mueca y me acomodo en el sofá, con los pies debajo de mi cuerpo.

—No fue un desastre. —Bebo un sorbo de mi copa de vino—. ¿Lo fue?

—Emily lo llama un *espectáculo*, si prefieres ese término —dice Jamie con una sonrisa—. Y, si te hace sentir mejor, ella piensa que fue fantástico. Todavía habla de ello. Todos lo hacemos.

—Oh, guau, sí. Ahora me siento mucho mejor —murmuro.

Mi hermano está en la ciudad por una conferencia y me pidió tomar algo antes de la cena con sus colegas. Incluso se ofreció a venir a Jersey con una botella de vino muy buena, que ahora estamos disfrutando en el chalet.

Jamie no hace ningún esfuerzo por ocultar su fascinación ante el ataque colorido a los sentidos que es la sala de estar de Lillian, que todavía lleva el sello del estilo único de nuestra tía a pesar de que por fin he empezado a pensar en la casa más como mi hogar, y menos como «la casa de Lillian». He simplificado la cocina, guardado mesitas auxiliares innecesarias y he limpiado casi todos los armarios y estanterías a fondo, todo con la bendición de Lillian.

Pero la presencia única de Lillian es más fuerte en esta habitación en particular, y no me ha parecido bien modificarla. De alguna manera, siento que es importante dejar este cuarto en paz. Principalmente, por respeto.

Aunque, si soy honesta, es solo una verdad parcial.

Sí, con su papel tapiz estridente y anticuado, las alfombras de colores brillantes y desparejas, y las fotos enmarcadas de, bueno, traseros de mujeres (aunque según Lillian, son traseros *artísticos*), la habitación es tan única y peculiar como una huella dactilar. La huella dactilar *de Lillian.*

Así que, aunque mi tía me permitió guardar todas sus cosas e incluso me alentó a hacerlo, la verdad es que he dejado la sala de estar de Lillian tal como está porque necesito el recordatorio.

Un recordatorio de que este no es mi hogar, de que esta no es mi vida.

De que, en realidad, no soy la persona que compró comida etíope para la cena de anoche porque mi horóscopo había sugerido que

probara un nuevo tipo de comida; no soy la persona que lleva un pintalabios rojo oscuro porque el horóscopo le aconsejó a Géminis que cambiara su aspecto.

Me gusta fingir que soy esa persona. Pero es Año Nuevo y es hora de empezar a prepararme para el regreso a la vida real. Porque en solo unos meses vuelvo a ser yo, la verdadera yo. Y no puedo sentirme demasiado cómoda viviendo en el hogar de otra persona y llevando la vida de otra persona.

—Había olvidado lo rara que era la tía Lillian —dice Jamie con una sonrisa cariñosa, levantando una baraja de cartas de una mesa auxiliar —. Estas cartas son espeluznantes.

—Eso es porque no son cartas para jugar. Son cartas de tarot. Y son un artículo de colección, así que déjalas donde estaban.

—Sí, *mamá.* —Jamie obedece y levanta las manos en rendición antes de tomar su copa de vino de la mesa y acomodarse en una silla verde neón frente a mí.

Da un sorbo y me evalúa con la mirada.

—A ver, dime, ¿cómo estás?

—No, no —respondo de inmediato, negando con la cabeza—. No vamos a hacer eso.

—¿Hacer qué? ¿Preocuparme por cómo está mi hermana? — Parece confundido.

—Sé que te importo —digo suavizando el tono—. Y me encanta que te importe. Pero estoy cansada de lo de «pobre Miranda está teniendo un colapso después de que le negaran la titularidad». Estoy bien. Más que bien.

Se inclina hacia adelante, con expresión sincera.

—De acuerdo, pero ¿puedo preguntarte algo? Hace un par de años, estabas en ese programa de entrevistas. Se me olvida cuál. Y el presentador te preguntó específicamente sobre la astrología. ¿Lo recuerdas?

Me tenso un poco porque sé a dónde quiere llegar.

—Por supuesto que lo recuerdo, J. Estaba allí.

—Y ¿recuerdas lo que dijiste?

—Expliqué con delicadeza que no hay evidencia científica de que los eventos cósmicos afecten directamente los eventos terrenales.

—¿Sigues manteniendo esa opinión? —pregunta Jamie.

Me inclino hacia adelante y cojo un par de almendras de la tabla de embutidos que he preparado.

—Sí.

Mi hermano parece aliviado, pero mis siguientes palabras deshacen todo eso.

—Pero ya no estoy segura de que toda la experiencia humana pueda explicarse con la ciencia. O que deba definirse por la ciencia.

Él exhala y se recuesta en su silla.

—Demonios. La tía Lillian ha dejado huella en ti.

—¿Alguna vez has leído tu horóscopo? —pregunto—. ¿Has leído tu carta astral? ¿Has estudiado la carta de Emily junto con la tuya? ¿Te has preguntado si el hecho de que tu luna esté en Cáncer es la razón por la que estás aquí ahora mismo o por qué cuidar de la familia es importante para ti?

Mi hermano me mira fijamente.

—Por supuesto que no.

—Por supuesto que no —repito—. Y, sin embargo, puedes sentarte ahí y decirme que la astrología no es real. Que lo que he estado

haciendo estos últimos meses es una tontería. ¿Te sientes bien con eso como científico? ¿Llegando a una conclusión sin tener ni un solo dato?

Jamie cierra los ojos por un momento, frustrado.

—No he venido aquí para discutir.

—Entonces, ¿por qué has venido? —pregunto, aunque intento mantener mi voz suave—. ¿Te han enviado nuestros padres para ver si todavía estoy molesta por la cena de Navidad?

Él sonríe un poco.

—Creo que todavía están recuperándose de tu acusación de que te llevaron por el camino de la ciencia.

—No pretendía que fuera una acusación —digo, sintiéndome culpable—. Solo… me lo preguntaba. Lillian insinuó que hubo un tiempo en el que no era tan… lógica. Y últimamente he estado pensando si tal vez tenía razón.

La sonrisa de Jamie se ensancha.

—Bueno, recuerdo una mañana de Navidad en particular cuando mamá y papá te animaban a estrenar juego de química infantil, pero tú estabas mucho más interesada en un poni rosa de peluche con alas que te había dado la abuela Anne. «Volabas» en ese caballito a todas partes.

Parpadeo, un poco sorprendida.

—No lo recuerdo para nada.

Él encoge los hombros.

—Tenías como cinco años. Con la edad, lo superaste.

¿Lo hice?

Una pequeña parte de mí se pregunta si la niña que creía que los ponis rosados podían volar todavía está en algún lugar dentro de mí.

Si no hizo una aparición esa noche en el campamento de verano cuando le pidió un deseo a una estrella. Y si no está apareciendo ahora, como una mujer que se permite creer, al menos por un tiempo, que el universo tiene un plan para ella, que los tránsitos de los planetas pueden guiar sus días y que las estrellas pueden llevarla al amor.

—Bueno, hora de las confesiones —dice Jamie, colocando su bebida sobre un posavasos brillante—. No solo he venido para ponernos al día con vino o para verificar cómo estás —agrega rápido —. Tengo una… oportunidad que discutir.

—¿Una oportunidad de…?

—¿Recuerdas a la doctora Lisa Kelling? —pregunta él.

Arrugo la nariz, tratando de recordar.

—¿Es la misma Lisa con la que saliste el año antes de conocer a Em? ¿Unos años mayor que tú y un sentido del humor muy ácido?

Él asiente.

—Era genial. ¿Por qué cortasteis?

—La distancia pesó demasiado. Ella está en Stanford.

—Oh, cierto.

—En el Departamento de Física de Stanford —aclara Jamie.

Ah.

—Me alegro por ella —digo, luego señalo su vaso para distraerlo —. ¿Más vino?

Me levanto antes de que él pueda responder, pero Jamie se niega a dejarme abandonar la conversación. Él también se levanta.

—Me llamó el otro día. Logró mantener unos quince segundos de charla superficial antes de llegar al verdadero motivo por el cual llamaba: tú.

No quiero estar intrigada, pero aun así… Stanford.

—¿Qué pasa conmigo? —pregunto con cautela.

—Estaba interesada en tus próximos pasos —responde él.

Gruño.

—Así que la noticia de mi fracaso académico ya está oficialmente en circulación, ¿eh?

Él me dedica una sonrisa apenada.

—Lo siento. Sabes lo pequeño que puede ser el mundo académico.

—Pequeño de mente —murmuro.

Él encoge los hombros.

—Sea como sea, el jefe de su departamento quiere hablar contigo.

—Oh. Bueno. Me halaga, pero tengo un trabajo esperándome en Nova.

—Un trabajo donde tendrás que conformarte con ser profesora —dice Jamie.

—Tendré que conformarme con ser profesora prácticamente en todas partes —respondo—. Soy un caso perdido.

Él niega con la cabeza.

—No en Stanford. Están hablando de un puesto con probabilidades de titularización, Miranda.

Me quedo quieta, sin creer completamente lo que estoy escuchando. No es del todo imposible —aunque es poco probable— que alguien pueda regresar a la lucha por la titularidad en otro centro después de ser rechazado, pero nunca he oído hablar de alguien que tenga una segunda oportunidad en un lugar tan prestigioso como Stanford.

—¿Estás bromeando? —pregunto, incrédula.

Él se encoge de hombros.

—Al parecer algunas universidades ven tu fama como una ventaja. Eso, y que eres brillante —agrega rápido.

—Gracias —es todo lo que puedo decir mientras mi cabeza se llena de posibilidades y confusión.

Antes de que pueda empezar a ordenar mis pensamientos contradictorios, oigo que abren la puerta principal.

—¿Randy? ¿Estás en casa?

Archer comienza a pasar por la puerta abierta, y se detiene al verme en la sala de estar.

Sus ojos se encuentran por los míos por encima del hombro de Jamie, y esta vez nuestras miradas se enredan con millones de corrientes subyacentes e inexplicables pasando entre nosotros.

Es la primera vez que nos vemos desde Nochevieja.

Me he estado diciendo a mí misma que el clima invernal es la razón por la que he sacado las maripositas del tejado y las he llevado al invernadero para proteger las flores del clima. También me he estado diciendo a mí misma que Archer está centrado en su serie de París, y que por eso no ha venido a buscar sobras.

Pero, cuando sus ojos se encuentran con los míos, me doy cuenta de que esas son verdades a medias y excusas.

Lo he estado evitando.

Y puedo ver por la leve cautela en sus ojos que él también me ha estado evitando.

Le echa un vistazo a mi hermano, que ya se está acercándose para estrecharle la mano.

—Hola, soy Jamie. El hermano de Miranda. Tú debes ser Christian.

Dejo escapar un bufido, y los ojos de Archer se estrechan y aterrizan muy brevemente en mí antes de volver a mi hermano.

—No, solo soy el vecino. No el novio.

«Vaya, gracias por aclararlo, Archer. No estaba segura de quién eras».

Técnicamente, Christian sigue siendo mi novio. Todavía planeo terminar con él lo antes posible, pero recibió una llamada el día de Año Nuevo diciendo que tendría que sustituir a su jefe en una gran convención en Dallas, así que ha estado fuera una semana. Es un tipo demasiado bueno como para que lo deje por teléfono o por mensaje, así que estoy esperando a que regrese para tener esa conversación en persona.

—Oh, bueno. Encantado de conocerte —le dice Jamie a Archer, aparentemente ajeno a la tensión de la sala. Si piensa que es extraño que mi vecino entre en casa sin ser invitado, no lo demuestra.

Mi hermano echa un vistazo a su reloj y hace una mueca.

—Tengo que ir a esa cena aburrida en algún restaurante aburrido en el centro.

Se gira hacia mí.

—¿Me prometes que te lo pensarás?

Asiento.

—De verdad, piénsalo —dice, acercándose para darme un abrazo rápido de despedida—. Y, a cambio, no le diré nada de la oferta a nuestros padres. Todavía.

Le devuelvo el abrazo.

—Lo prometo.

Se aparta y toma mis hombros por un segundo.

—Te lo mereces, Miranda. Es la mejor opción.

«¿La mejor para quién?».

—Prometo considerarlo de verdad —le digo a mi hermano—. Ahora vete. Es hora punta; llegarás tarde si no te vas ya.

Me saluda y, con un gesto de despedida a Archer, sale de la habitación. Un momento después, oigo la puerta principal abrirse y cerrarse.

Hago lo posible por ignorar a Archer, pero siento su mirada sobre mí mientras me muevo por la sala de estar, recogiendo las copas de vino y la comida que apenas hemos tocado.

—¿Qué haces aquí? —pregunto finalmente mientras camino desde la sala de estar hacia la cocina.

—Tengo hambre —responde, lacónico, incluso para él.

Le entrego la tabla de embutidos al pasar delante de él.

—Toma. Todo tuyo.

Me sigue hasta la cocina mientras come algunos de los embutidos y quesos de la tabla.

El vino que ha traído mi hermano es excelente, así que me sirvo un poco más. De manera deliberada, no le ofrezco nada a mi vecino, aunque lamento un poco que la familiaridad entre nosotros haya desaparecido. Incluso admito, solo para mí misma, que lo he echado de menos.

Él coloca la tabla en la encimera, y se toma su tiempo para ir disfrutando de lo que hay en ella mientras me observa; parece ver mucho más de lo que debería. Permanezco quieta en el extremo opuesto de la isla de la cocina hasta que termina con las últimas almendras.

—Dime, ¿sobre qué se supone que debes pensar? —pregunta al fin.

—¿Mmm? —respondo, dando un sorbo de vino.

—Tu hermano. Quería que pensaras en algo.

—Sí.

Archer parece frustrado por mi brusquedad atípica, pero es su problema. Él ha puesto las reglas. Yo solo las estoy siguiendo.

Espero que se rinda y regrese a su casa, pero me sorprende cuando vuelve a intentarlo de nuevo.

—¿Una oferta de trabajo?

Señalo la tabla vacía.

—¿Has tenido suficiente con esto? Puedo hacerte un bocadillo para llevar si no.

—Estoy bien, gracias —responde, con sus ojos estrechándose ligeramente ante la inclusión directa de la opción «para llevar».

—Genial. —Cojo mi vino y empiezo a caminar hacia la mesa de la cocina, donde tengo algunos de mis libros de astrología. He estado investigando sobre los orígenes de la astrología occidental y me he centrado en la era de la Ilustración, cuando su legitimidad sufrió su golpe más duro.

Archer sujeta mi codo mientras paso y me gira para enfrentarme a él. Sorprendida por el contacto, levanto la mirada hacia sus ojos y encuentro una súplica frustrada que nunca había visto en él.

—Randy —dice con brusquedad—. Sé que lo de Nochevieja fue un error. *Mi* error. Pero… aún podemos ser… amigos. Al menos mientras vivas aquí, ¿no?

Lo único que hago es mirarlo, y él suelta mi brazo despacio, aunque el calor de sus dedos parece persistir incluso a través de la

manga gruesa de mi jersey.

—¿No? —dice después de un momento, y el breve destello de súplica en sus ojos hace algo peligroso en mi corazón.

Y me doy cuenta por primera vez de que Archer realmente es un amigo. No solo un vecino con el que tengo buena relación, sino un amigo. Alguien que me importa. Alguien a quien no quiero lastimar solo porque estoy herida.

—Sí. Sí, claro —digo, suavizando mi tono—. Por supuesto que somos amigos.

Sus ojos buscan los míos por un segundo y, aunque asiente, no parece convencido.

—Bien. Bien. Te dejaré volver a… —Hace un gesto hacia mis libros.

—Archer —digo rápido antes de que pueda irse.

Él se gira, y dudo solo un segundo antes de suspirar. Voy a la nevera y saco una de sus cervezas favoritas que, de alguna manera, he ido acumulando en los últimos meses.

—Mi hermano conoce a alguien en Stanford. Quieren entrevistarme para un posible trabajo.

Él acepta la cerveza y da un largo trago antes de responder, parece reflexionar.

—¿Y cómo te sientes al respecto?

—No tengo ni idea —admito, dándome cuenta de que ni siquiera he empezado a asimilarlo—. Estoy impactada, supongo. Nunca imaginé que, después de que me negaran la titularidad en Nova, otra escuela de ese calibre pudiera tenerme en cuenta.

Archer permanece en silencio, como si intuyera que necesito ordenar mis pensamientos y me estuviera dando el espacio para

hacerlo.

—Y estoy emocionada —digo después de un momento, porque se supone que es lo que debo sentir—. Es decir, es un puesto con posibilidad de titularidad. ¡En Stanford!

—Entonces, después de todo, ¿has decidido que echas de menos el ambiente académico? —pregunta él.

—No —digo tan rápido que me sorprendo a mí misma. Luego levanto un dedo—. Permíteme reformularlo. Todavía no echo de menos la política académica o, si soy honesta, la sequedad general del paisaje académico. Pero echo de menos las otras cosas.

—Otras cosas… —repite él—. ¿Como enseñar?

—Sí, echo de menos compartir conocimientos con mentes ávidas, pero también echo de menos… —Tiro de mi pendiente, demasiado avergonzada para continuar.

Archer se inclina, apoya los codos en la encimera mientras me dedica una pequeña sonrisa.

—Amigos, ¿recuerdas?

—Cierto. Bien. —Respiro hondo y contengo el aliento por un segundo—. Echo de menos las otras cosas. La, eh… La parte famosa. Echo de menos salir en televisión, presentar concursos… Y los pódcasts y las entrevistas y los documentales. Y no se trata ni siquiera de la fama, se trata de compartir la ciencia. La comunidad académica es estrecha, pero a veces parece que hay una división entre académicos y no académicos, lo que parece contradecir el propósito final. El conocimiento está hecho para ser compartido.

—¿Podrías hacer todas esas cosas sin ser también profesora?

Niego con la cabeza.

—Van de la mano. Todas las participaciones en televisión se terminaron en cuanto me negaron la titularidad. Supongo que soy persona *non grata* a menos que tenga a Nova respaldándome.

No me había dado cuenta hasta ahora de lo mucho que eso me ha molestado. He estado poniéndome excusas durante meses sobre por qué *Good Morning America* dejó de llamarme, y todos los demás programas y entrevistas también. Me he estado diciendo a mí misma que no ha habido lluvias de meteoros que discutir, ni eclipses interesantes, y luego estaban las fiestas…

Pero es hora de enfrentar los hechos: nadie me llama porque ahora soy una doña nadie.

—¿Crees que si vas a Stanford empezarán de nuevo a llegar esas ofertas?

Encojo los hombros.

—Me gustaría pensar que sí.

—Stanford está en California —Sus ojos se clavan en los míos mientras señala este punto obvio pero crucial, y asiento, sintiéndome un poco vacía por dentro ante la idea, y sin embargo…

—Al menos tengo que hacer la entrevista, ¿no? —digo—. Este es el camino hacia lo que siempre he querido.

Archer se endereza y rasca su mandíbula.

—Me sorprende que no consultes tu horóscopo. ¿No controla tu vida en estos días?

Abro la boca, pero él levanta una mano.

—Oye. No te enfades. Solo señalo que te tomaste un año para hacer esta cosa de la astrología. ¿No debería jugar un papel en tu próxima decisión profesional si ya lo hace en otras áreas de tu vida?

—Espera, pensaba que odiabas la astrología —digo, entrecerrando los ojos, recordando su reacción furiosa cuando mi horóscopo jugó un papel en nuestro beso. Como si mi horóscopo fuera culpable del error.

Él vacila.

—No la odio, solo pienso que es una estupidez.

—Qué distinción tan útil —digo poniendo los ojos en blanco. Luego frunzo el ceño—. Me resulta extraño usar la astrología para tomar una decisión que tiene que ver con la ciencia.

Termina su cerveza y la deja caer en el contenedor de reciclaje con un encogimiento de hombros.

—Es tu vida, Randy. Pero, visto desde fuera, parece que todo este año ha sido un ejercicio para aprender a confiar en ti misma. En tu verdadero yo.

Por alguna razón, esa simple frase me resulta aún más difícil de procesar que una posible oferta de trabajo de Stanford. Y mucho más inquietante.

—Espera, ¿qué? ¿Sueltas una reflexión así de profunda y te vas? —pregunto, sin poder evitar que la decepción se refleje en mi voz mientras él se dirige hacia la puerta principal.

Él se da la vuelta con una ligera sonrisa.

—Por ahora. Estoy trabajando en unas obras que demandan prácticamente toda mi energía.

—Oh, ¡eso es genial! Por fin estás *consumido* —digo, repitiendo su propia palabra sobre cómo quiere sentirse en relación con su trabajo.

—Sí. Eso parece —responde en voz baja. Comienza a andar por el pasillo de nuevo, y luego se gira una vez más—. Oye, Randy.

—¿Qué?

—¿Qué significará Stanford para ti y Christian? ¿Vas a intentar una relación a larga distancia?

Acababa de abrir la nevera para hacerme una ensalada, pero la cierro abruptamente. Al parecer, no estoy tan lista para dejar atrás la Nochevieja, porque la pregunta raspa las emociones que aún siento en carne viva desde esa noche.

—¿Preguntas como *amigo*? —digo, con un ligero desdén en mi voz.

Su parpadeo dura un segundo demasiado largo, como si no hubiera anticipado la pregunta, o mi tono.

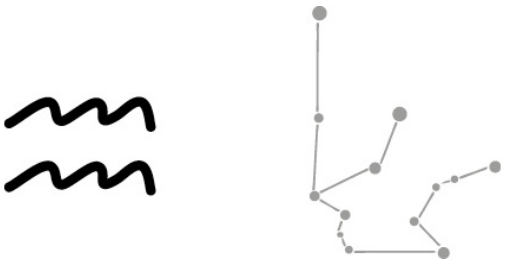
—Claro. Por supuesto. ¿Como qué si no?

«¿Como qué si no?». La pregunta dice mucho y raspa un poco mi corazón.

—No sé qué depara el futuro —digo con simpleza.

Es una verdad a medias, porque no me parece justo decirle que voy a romper con Christian antes de que Christian mismo lo sepa.

Y es una verdad a medias porque sí sé algo sobre mi futuro: Simon Archer no parece querer un papel principal en él.



TEMPORADA DE ACUARIO

El Sol entra en Acuario hoy, querida Géminis, y con Acuario regido por Urano en retrógrado, la rebelión y el cambio repentino están en el horizonte. Si has estado posponiendo una conversación difícil, ahora es el momento para tenerla. Abre paso a una temporada para reinventarte.

Las mariposas que tuve antes de mi primera cita con Christian no pueden compararse con las que tengo ahora antes de lo que será mi última cita con él. Pero esta vez, al igual que entonces, desaparecen en cuanto estoy en su compañía.

Esta vez, su desaparición es agridulce, porque me doy cuenta de que la falta de mariposas no siempre es algo bueno: a veces puede señalar la ausencia de algo especial.

Después de lo que parece el monólogo más largo de mi vida, él exhala y sostiene la taza entre sus manos, regalándome una sonrisa melancólica desde el otro lado de la mesa de la cocina.

—Espero que tomes esto como el cumplido que es, pero eres bastante hábil para romper con alguien.

Dejo escapar una risa sorprendida.

—¿En serio?

Decido no decirle que al parecer tengo talento natural para esto —ya que no tengo absolutamente ninguna práctica en terminar una relación—, porque no estoy segura de que se sienta halagado al saber que esta es mi primera vez.

Christian asiente.

—En general, hay lágrimas, gritos o mentiras piadosas sobre que no es algo personal. Pero me siento como si me hubieran presentado un conjunto de hechos empíricos, para los cuales no hay otra explicación aparte de que no estamos destinados a estar juntos.

—Si te ayuda, realmente quería que lo estuviéramos —respondo, y lo digo en serio.

Él sonríe sobre su café.

—¿Sí? ¿Y estás segura de que no puedo jugar la carta de la compatibilidad astrológica? ¿La de que tú y yo estamos destinados por las estrellas y todo eso?

Yo sonrío de vuelta, aunque es una sonrisa triste porque estoy triste por el sueño de lo que podría haber sido.

—De hecho, esa es la razón principal por la que debo ponerle fin a esto, junto con el asunto de Stanford. Una cosa fue salir contigo como un experimento astrológico, pero dejar que esto siga solo como parte de dicho experimento no es ético.

—Pero has sido honesta conmigo desde el principio —dice, inclinándose hacia adelante con una sonrisa gentil, mitad broma y mitad tristeza. Extiende las manos a los lados y levanta juguetonamente las cejas—. Soy un participante voluntario, Miranda.

—Sí, pero eres un voluntario adulto —digo con suavidad—. Y no se trata solo de mí y de ti.

Él suspira.

—Kylee.

Asiento.

—Ambos sabemos que ella ya no me ve solo como su profesora.

Sus ojos se oscurecen. Se pasa una mano por el cuello.

—Hace unos días preguntó si iba a invitar a su madre a nuestra boda o si pensaba que eso sería raro —comenta.

Dejo escapar una risa sorprendida y consternada.

—Oh, Dios. Entonces entiendes lo que quiero decir. No puedo permitir que siga esperando un futuro que simplemente no veo que suceda. En especial si las cosas funcionan con Stanford. No puedo romperle el corazón.

—Es muy inconveniente —dice Christian, sonriendo— que tus razones para terminar conmigo hagan que me gustes aún más.

—Tú también me gustas —digo con sinceridad—, pero…

—Sí, sí, lo sé —dice con tono amable, levantando una mano y luego se pone de pie—. Que seas hábil con los discursos de ruptura no significa que quiera escucharlo de nuevo. Ya sabes, el ego y todo eso.

Demonios. Es una persona tan agradable...

—Claro. Por supuesto.

Yo también me pongo de pie y camino con Christian hasta la puerta principal. La abre y, poniendo una mano en el marco de la puerta, tamborilea sus dedos pensativamente mientras me mira.

—¿Cuál es la otra razón? —pregunta.

—¿Cómo?

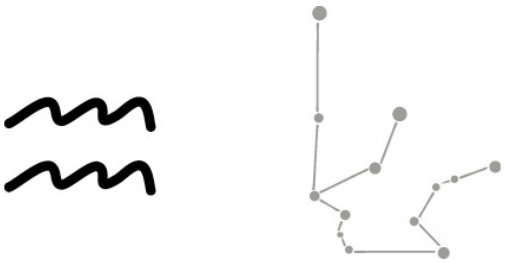
—Has dicho que no podías seguir usándome solo por el bien de tu investigación y permitir que Kylee saliera lastimada en el proceso. Y que eso, junto a la probable mudanza a California, era la razón principal por la que terminas conmigo. ¿Cuál es la otra razón?

—Oh. —Tal vez no soy tan buena en las rupturas después de todo, porque mi mente da vueltas, pero no logro encontrar una respuesta —. No lo sé.

—Seguro que sí —dice con una pequeña sonrisa—. O tal vez no lo sabes. Pero yo sí.

—¿Lo sabes? —Parpadeo confundida.

—Claro. —Christian golpea la puerta una vez con la palma abierta y sale al porche antes de darme una última de esas sonrisas perfectas y encantadoras—. Vive al lado.



TEMPORADA DE ACUARIO

La Luna Menguante en Piscis es un momento ideal para entregarte al autocuidado. Regálate un masaje facial o una pedicura, pero no te olvides de mimar también tu parte emocional. Se avecinan cambios que requerirán que tu cabeza y tu corazón estén alineados.

Lillian insistió en que viniera a visitarla a Florida. Asegura que es porque estaba preocupada por mis niveles de vitamina D y porque necesitaba desesperadamente mantener conversaciones que no tuvieran nada que ver con cremas para hemorroides o costura, pero su verdadero motivo quedó claro nada más llegué: evaluar los daños de mi ruptura con Christian.

Desde mi llegada hace cuatro días, no ha habido más que Martinis de Ruptura (una desafortunada combinación de licor de frambuesa, ron de coco y ginebra), chocolate para cenar y maratones de películas protagonizadas por Spencer Tracy y Katharine Hepburn.

En cualquier otra situación, hubiese preferido vino, patatas fritas y películas de Tom Hanks y Meg Ryan, pero estoy en la órbita de

Lillian y, al parecer, su particular forma de mimarme es exactamente lo que necesito, porque, aunque no me sentía desconsolada después de terminar con Christian, me siento más relajada de lo que he estado en años durante esta visita.

De todos modos —y tal vez sea solo por mi horóscopo—, por más relajada y feliz que me sienta, no puedo evitar sentir que también estoy al borde de algo; una calma antes de la tormenta en la que todo cambiará.

Y, por supuesto, todo está a punto de cambiar.

Puede que solo estemos a finales de enero, pero el final de mi año sabático se acerca (al menos la fecha no oficial que me he fijado para mí misma a finales de abril). No es exactamente el final del calendario académico oficial, pero sí se le acerca bastante y me da un poco más de tiempo para adaptarme a mi regreso al mundo académico.

No estoy segura de lo que significa que abril me parezca tan cerca.

Demasiado cerca.

Estoy tumbada al lado de la piscina de Lillian tratando de no pensar en ello y obedeciendo su orden de tomar un poco el sol, aunque estoy bastante segura de que los rayos no tienen oportunidad de penetrar la enorme capa de protector solar que me he aplicado.

Lillian sale al patio y suelta un largo silbido, parecido al de un obrero de la construcción que llamase la atención a la protagonista de una película antigua.

—He estado preocupada por tu corazón roto, pero, al verte ahora en bikini, creo que debería preocuparme por el chico.

Sonrío y pongo los ojos en blanco, divertida, detrás de mis gafas de sol.

—Sí, estoy segura de que está de luto por mi completa falta de curvas.

—Ser voluptuosa es solo una manera de ser sensual —dice, instalándose en una silla a mi lado—. Y, no sé… Hay algo extraño en ti desde la última vez que te vi. No en tu cuerpo físico, sino en tu aura. ¿Qué es? —pregunta.

—Podría ser el hecho de que ahora puedo dormir toda la noche los viernes, ya que no vivo en un campus universitario —digo, levantándome sobre los codos y mirándola—. O tal vez el hecho de que he estado comiendo algo que no sean sándwiches de pavo de la cafetería escolar por primera vez en una década. O…

—Fluidez —dice, chasqueando los dedos—. Eso es lo que veo.

Bajo mis gafas de sol para darle una mirada perpleja.

—¿Qué?

—Desde que comenzaste tu carrera académica hacia la titularidad, has sido muy rígida. Siempre avanzando en una sola dirección, sin mirar hacia los lados. Ahora estás más… Relajada no es la palabra correcta; eso es demasiado temporal. En cualquier caso, ahora desprendes una tranquilidad encantadora. Me pregunto de dónde viene. —Sus dedos golpetean el brazo de la silla mientras piensa, los anillos suenan.

—Ya te lo he dicho: dormir, buena comida y nada de fechas de entrega.

—Tal vez, tal vez… —dice, principalmente para sí misma—. ¿Cómo están mis maripositas?

—Están bien —digo, sorprendida por el cambio repentino de tema —. Genial, de hecho. Las bajé al invernadero por un par de semanas, pero las volví a llevar al tejado. Parecen más felices allí arriba.

Me sonríe satisfecha.

—Ya lo sé, ya lo sé. —Vuelvo a acomodar mis gafas de sol en mi nariz—. Me dijiste que les gustaba la azotea; debería haberte hecho caso.

Su orgullo parece aumentar, y tengo la clara impresión de que me estoy perdiendo algo, pero eso es bastante normal con mi tía.

Ella se inclina hacia adelante y acaricia con cariño mi pie, luego se levanta.

—Necesitamos un buen té helado. Luego voy a llamar a Judith para la reunión de bridge esta noche y le diré que añada una silla extra para ti.

—Oh, por favor, no —ruego—. No tengo ni idea de cómo jugar al bridge.

—Con ese gran cerebro tuyo, lo entenderás enseguida.

Sacudo la cabeza resignada, porque, desde que estoy aquí, Lillian ha declarado que mi «gran cerebro» me haría dominar fácilmente el golf, el *pickleball*, el bunco y el bingo.

Sin embargo, como era de esperar, mi estatus de «genio» no me ayuda mucho en actividades físicas o en juegos basados en la suerte.

—No se llama Belinda —escucho a Lillian decir en voz alta desde dentro de su cocina—. Es Miranda. Como la abogada de *Sexo en la Ciudad* con el cabello naranja. ¡Naranja! ¡Cabello! Miranda va a venir al bridge… ¡Bridge! ¿Dónde está tu audífono?

Sonrío para mí misma mientras recojo mi teléfono, que está vibrando. Espero que sea Daphne para charlar, pero me siento con la espalda recta cuando veo la identificación de la llamada: Universidad de Stanford.

He estado esperando esta llamada —¿esperándola?, ¿temiéndola?—, pero, ahora que llega, me siento más confundida que nunca. Con el corazón acelerado, respiro hondo y luego contesto.

—Doctora Miranda Reed, dígame.

Solía ser un título que usaba varias veces al día con orgullo. Ahora llevo meses siendo solo Miranda, y siento un pequeño pinchazo de arrepentimiento porque pronto tendré que volver a vestir el manto completo del doctorado.

—Miranda, me alegra poder hablar con usted. Soy el doctor Samuel Belmont, el jefe del Departamento de Física aquí, en Stanford.

«Allá vamos».

—Es un honor recibir noticias suyas —digo en un tono nítido y modulado. Es más difícil de lo que esperaba volver al modo profesora y, aunque esa fue mi personalidad durante años, ahora me resulta un poco ajena. Incómoda.

«Probablemente solo estoy oxidada», pienso para calmarme.

—Espero que no suene demasiado exagerado decir que, el año pasado, disfruté mucho de su artículo sobre la computación cuántica topológica —continúo.

—Adelante, exagere todo lo que quiera. Casi muero en el intento de lograr que quedase bien —responde con una risa que no es completamente falsa, pero es ensayada. Como si hubiera usado mil veces en el pasado esa frase exacta—. Bueno, doctora Reed —

añade; su voz se vuelve un poco más seria, pero aún es amable—. Me encantaría tener una conversación sobre su posible incorporación aquí en Stanford.

—Yo… vaya. —Lucho por hallar la respuesta correcta. Saber por parte de Jamie que tenía esta oportunidad y escucharla realmente son dos cosas muy diferentes—. Me siento muy honrada —digo con sinceridad—. Pero antes de que la conversación avance más, necesito asegurarme de que entienda…

—Me he enterado de la decisión del comité universitario en su universidad actual. Y también puedo decir que no tiene el menor sentido para mí —continúa—. He leído su trabajo; he visto su trabajo. Las evaluaciones de sus estudiantes me dicen que es la profesora más querida en STEM que he visto en mucho tiempo. Es exactamente el tipo de profesora titular que quiero en mi departamento y, aunque no puedo garantizar el futuro, claro, creo que verá que nuestro comité universitario tiene unos… valores diferentes a los de su universidad actual.

No es una promesa de titularidad. Lo sé. Pero es lo más cercano a una que voy a conseguir, y escucharlo de la boca de alguien tan respetado como el doctor Belmont, de una escuela tan venerada como Stanford… debería ser un sueño hecho realidad.

Es un sueño hecho realidad, en especial después del rechazo inesperado de Nova.

Es el tipo de segunda oportunidad que parece demasiado buena para ser verdad.

Entonces, ¿por qué no estoy eufórica?

—Hay una vacante inesperada dentro del campo de la astrofísica teórica y la cosmología, específicamente en el nivel de posgrado —

dice el doctor Samuel—. Sé que está en un año sabático muy merecido ahora, pero, como también estamos buscando a alguien para dar un curso de verano, me encantaría acelerar nuestra conversación. ¿Tendría tiempo para un par de entrevistas telefónicas durante el próximo mes? ¿Y, suponiendo que todo parezca adecuado, una reunión en persona en abril para discutir los detalles?

—Por supuesto —me oigo decir sin realmente querer decirlo.

Tengo la extraña sensación de que es una Miranda diferente quien ha respondido. No la Miranda que hace apenas unos momentos estaba hablando con Lillian sobre las mariposas, sino una Miranda que no tiene tiempo ni siquiera para una planta de interior, y mucho menos una mascota, o una relación. Una Miranda que no bebe *whisky* en el tejado con un artista sarcástico hasta la madrugada ni desayuna pastel por consejo de su horóscopo…

—Me emociona escucharlo —dice el doctor Belmont—. Ahora debo ir a una reunión, pero mi asistente la contactará para comenzar a coordinar los horarios.

—Maravilloso. Muchísimas gracias. No puedo expresar cuán agradecida estoy de siquiera tener esta conversación —dice la profesora Miranda.

—Nosotros también estamos muy emocionados. Será una nueva experiencia tener una celebridad entre nosotros.

Un susurro silencioso me dice que, si Nova no me quería por mi estatus de celebridad, Stanford solo me quiere por eso, y que nadie me quiere por mí misma.

Callo esa voz en mi cabeza y me despido del doctor Belmont justo cuando Lillian vuelve al patio con una bandeja. Al parecer, por té helado ella quería decir martini, pero al menos en su apariencia son

martinis comunes y no una mezcla repugnante de ron de coco y ginebra.

—¿Todo bien? —pregunta Lillian, apoyando la bandeja. Presiona un dedo entre mis cejas—. Tienes una línea aquí. Estás frunciendo el ceño.

—No, no estoy frunciendo el ceño. Era Stanford.

Alza sus cejas grises.

—¡Stanford! Qué elegante. ¿Qué quieren?

—Contratarme. Con posibilidades de obtener una plaza de titular —digo, sintiéndome un poco culpable por no habérselo mencionado a mi tía antes, aunque la mirada algo tensa en su rostro me recuerda por qué no lo hice.

Ella no dice nada por un momento mientras agita las copas de martini.

—Debes estar emocionada. ¿Has dicho que sí?

—Por supuesto. Bueno, he aceptado el proceso de entrevistas. Parece que es más una formalidad que otra cosa, pero… vaya. —Pongo una mano sobre mi estómago revuelto—. No puedo creer que esto esté sucediendo.

—¿Y qué pasa con tu año sabático y con seguir tu horóscopo?

—Lo llevaré hasta el final —digo, y lo digo en serio—. Tengo hasta abril. Quién sabe, tal vez mi horóscopo me proporcione la orientación necesaria para lidiar con todo esto.

—No lo dices en serio.

—¡Sí que lo digo en serio!

Ella niega con la cabeza y deja caer un palillo con dos aceitunas en cada vaso.

—No te lo crees. Hace diez minutos, tal vez lo creías. Hace diez minutos, te permitías creer en el poder del universo y el destino y los instintos humanos.

—¿Y ahora? —digo a la defensiva.

—Y ahora —me entrega un vaso— estás lista para volver a tus viejas costumbres. Donde esto reina por encima de todo. —Toca mi cabeza—. Y a esto se le dice que se calle. —Presiona su dedo contra mi corazón.

—Eso no es… —Trago saliva, frustrada y un poco herida por la falta de apoyo. Lillian es mi mayor animadora, y en este momento parece casi decepcionada conmigo—. ¿Por qué estás tan en contra de esto?

Mi voz suena desesperada, y me doy cuenta de que no es que me preocupe que mi tía esté en contra, es que tiene razón. Estoy tratando de bloquear los instintos de mi corazón porque están diciendo algo que mi cerebro no quiere escuchar.

—Oh, cariño. —Ella suspira y se sienta en la silla—. No estoy en contra de nada que tú quieras.

—Entonces alégrate por mí —suplico—. Esto es lo que siempre he querido. Un entorno académico donde prosperar y crecer… —Mi voz se desvanece, porque no puedo encontrar todas las razones por las que esto es tan importante.

—Tomar el mismo trabajo que tenías antes, en el mismo camino, con el mismo objetivo, pero en California… ¿Eso es prosperar? ¿Y crecer?

—No lo digas así. —Mi voz es un poco más cortante de lo que pretendo que sea—. Este es mi sueño.

Ella pesca una aceituna del vaso, se la mete en la boca y mastica.

—Eso sigues diciendo.

—Porque es verdad —digo, intentando ignorar el hecho de que incluso para mis propios oídos suena desesperado, como si me aferrara a la idea—. Mi carrera es todo lo que tengo. Es quien soy.

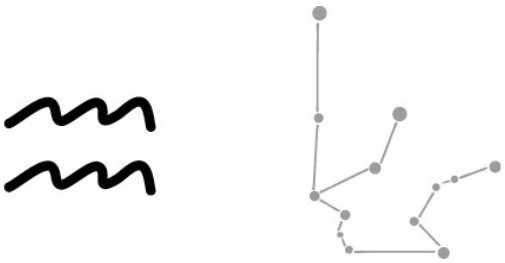
Lillian me mira directo a los ojos.

—Escúchame bien, porque soy mayor y, creas o no, mucho más sabia en algunas cosas. No eres una científica, una persona con dos doctorados, ni siquiera alguien con ascendente en Géminis. No eres la hija de tus padres o la hermana de tus hermanos, la mejor amiga de Daphne o mi sobrina favorita. Esas son partes cruciales de ti, pero no son quien eres.

—Entonces, ¿quién soy? —susurro con una voz suave que no reconozco.

Ella aprieta mi mano.

—El final de tu Proyecto Horóscopo se acerca pronto. Lo descubrirás. Te encontrarás a ti misma.



TEMPORADA DE ACUARIO

Saturno forma trino con Urano, pero hoy te costará ver las cosas con claridad, querida Géminis. Lo cual es problemático porque también te sientes espontánea. Intenta llegar a un acuerdo: cede a la espontaneidad, pero ten en mente a tu yo del futuro antes de tomar grandes decisiones. Piensa en un tatuaje temporal en lugar de uno permanente, en pintar una habitación en vez de comprar una casa nueva.

—Oh, Dios, Randy. ¿Qué ven mis ojos? —Miro a Archer por encima de mi hombro. Estaba tan absorta en mi último proyecto que no lo he oído entrar.

—Archer. —Hago un gesto hacia el acuario frente a mí—. Te presento a Andrómeda.

Archer suspira y luego se acerca a mi lado, inclinándose para apoyar ambas manos en sus rodillas mientras mira fijamente el acuario nuevo, en el cual nada un solo pez.

—Andrómeda. ¿Es esa cosa naranja que está cerca del pequeño castillo?

—Em, te refieres a Atlantis —digo—. Por supuesto.

—Por supuesto. —Se endereza y me mira—. ¿Es cosa de tu horóscopo?

Asiento.

—Dice que hoy era el día perfecto para una mascota. Bueno, no ha dicho eso exactamente, pero me estoy volviendo muy buena interpretándolo a medida que voy haciéndolo.

—Si tú lo dices… —Él le echa al pez una mirada escéptica.

—Vale, sé lo que estás pensando —explico—. En cuanto a mascotas, un pez es un poco aburrido. Y al principio pensé en la categoría de anfibios: serpiente, iguana; los sospechosos habituales.

Archer levanta una mano despacio para cubrirse la boca. Asiente.

—Claro. Las mascotas típicas.

—Pero esos requieren mucho cuidado —explico.

—Claro, por supuesto. Y ¿perro o gato no entraron en la ecuación?

—Sí —digo un poco melancólica—. Siempre he pensado que un gato y yo nos llevaríamos bien.

—Entiendo. Entonces, siempre has querido un gato, y sin embargo… —Él hace un gesto hacia el acuario sencillo que he comprado esta mañana—. ¿Has comprado un pez dorado?

—Bueno, ahí es donde ha entrado el horóscopo —respondo—. Decía que debería ceder a un impulso espontáneo… Esa ha sido la idea de conseguir una mascota. Pero moderar la espontaneidad asegurándome de que tuviera en cuenta al futuro yo.

Archer sigue luciendo escéptico.

—¿El futuro tú quiere un pez?

—Bueno, no sé —suspiro—. Específicamente, supongo que no. Pero el futuro yo tendrá un horario muy diferente. Una vez que

vuelva a la vida real, trabajaré muchas horas. No sería justo para un gato que yo esté ausente todo el tiempo.

Archer inclina apenas la cabeza hacia atrás.

—La vida real.

—Sí —digo, dándole a Andrómeda unos copos de comida—. Ya sabes: dar clases, escribir, evaluar trabajos, alguna entrevista ocasional…

—Ah. —Se cruza de brazos—. Entonces, Stanford está oficialmente confirmado.

—No —digo—. No oficialmente. Pero llamaron.

Asiente.

—¿Y esto es algo bueno?

—Por supuesto que es algo bueno —digo de modo automático—. Es Stanford. Y una plaza titular. —Mi voz suena rígida.

—¿Y qué hay de la parte en la que dijiste que no echabas tanto de menos el mundo académico? —pregunta.

—Creo que estaba un poco nerviosa y oxidada. Hablando en términos prácticos, todos tenemos partes del trabajo que toleramos para poder hacer las partes que sí nos gustan. ¿No?

—Randy, suenas como alguien que quiere justificar el hecho de que está tomando decisiones por las expectativas de otras personas.

—Oh, en serio —digo, cruzando mis brazos y enfrentándolo—. ¿Lo dice el tipo cuya serie de arte actual son acrílicos de París? ¿Él que no quiere hacer obras de viaje en este momento y prefiere el carboncillo?

—Ya te lo dije, nadie compra obras en carboncillo —responde con brusquedad.

—Exacto. Y nadie contrata a un físico cuya carrera académica se ha estancado para formar parte de un documental de *National Geographic.*

Archer inclina la cabeza.

—¿Estamos peleando, Randy?

Río un poco.

—Eso parece. Creo que Lillian me contagió su combatividad mientras estaba en Florida.

Parece que quiere decir más, pero, en lugar de eso, se encoge de hombros como si hiciera un esfuerzo consciente por dejar de lado el tema de Stanford, aunque no quiera.

—¿Cómo está Lillian? —pregunta—. Y ¿cómo fue el viaje?

—Está genial. Y yo lo pasé bien.

No le digo que el último día, después de la llamada de Stanford, las cosas resultaron un poco menos relajadas entre mi tía y yo.

Me había frustrado la incapacidad de Lillian de ver que estoy tomando la decisión inteligente. Y ella parecía decepcionada porque… bueno, no sé con exactitud por qué. Solo sé que, cada vez que me miraba, había un poco de tristeza en sus ojos.

Echo un vistazo al acuario.

—¿Crees que debería haber comprado una amiga para Andrómeda?

—¿Para que haya otro pez que le haga trenzas en las aletas? ¿Que le haga de chófer cuando ella haya bebido demasiado en Atlantis?

—No. Para que no se sienta sola. Cuando yo vuelva a la vida real.

—La vida real —repite, el tono relajado desaparece—. Es la segunda vez que dices eso en los últimos cinco minutos. Entonces

todo esto —gesticula alrededor de la casa de Lillian—, estos últimos meses, ¿no ha sido real?

—Bueno. —Trago saliva, porque de repente siento que él emite las mismas vibraciones que Lillian: vibraciones de decepción.

Excepto que, con él, también parecen teñidas de disgusto.

—Es que … Por supuesto que ha sido real —aclaro—. Pero también, ya sabes, temporal.

Él no dice nada, y yo sigo hablando.

—Estos últimos meses han sido una pausa. Un paréntesis. Un descanso, por así decirlo.

—Ya veo.

Ahora hay algo nuevo y desconocido en su voz, y una tensión en sus rasgos que no he visto desde Nochevieja.

—No estoy expresándome bien —digo, desesperada—. He hecho que parezca que este tiempo en casa de Lillian ha sido algún tipo de error cósmico, y lo que quiero decir es que han sido unas vacaciones muy muy agradables.

Él no dice nada.

—Y gran parte del motivo por el que ha sido tan agradable es mi nuevo amigo.

Todavía no dice nada.

—Tú, idiota —digo, exasperada—. Tú eres el amigo.

—Sí, lo he entendido.

—Entonces, ¿por qué…? —resoplo, frustrada—. ¿Por qué pones esa cara?

—¿Cuál? Esta es mi cara.

—No. O sea, sí, tu cara siempre parece tallada en piedra, pero has levantado como una pared.

—¿Qué, ahora lees a las personas? ¿No solo gráficos estelares y ensayos friquis?

—¿Ves? —Gesticulo con un dedo arriba y abajo—. Ni siquiera me voy a enfadar por eso, porque puedo ver que estás reaccionando mal detrás de tu pared.

—No estoy… —Él inhala profundamente—. Eres muy molesta. No estoy reaccionando mal. Y no hay pared.

—Demuéstralo.

Él pone los ojos en blanco.

—Me voy. Andrómeda, ha sido un placer conocerte. Miranda, avísame cuando dejes de actuar raro.

—Demuéstralo —repito—. Demuestra que no estás tratando de alejarme. Que todavía somos amigos.

Pongo cierto énfasis en la última palabra. Para recordarle que él fue quien generó esas expectativas.

Archer suspira con resignación.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que escriba un soneto de mejor amigo? ¿Que te haga algún tipo de pulsera? ¿Que ofrezca a alimentar a tus peces mientras no estás como hago con tus plantas?

—Las regarías de todos modos —digo con confianza, tratando de no pensar que ese arreglo solo durará mientras esté aquí en casa de Lillian. Solo un par de meses más, lo cual de repente parece no ser tiempo suficiente para… nada.

—Estaba pensando en un abrazo —digo, aunque no se me había ocurrido hasta ese momento. Simplemente ha surgido en mi cabeza, y me sorprende cuánto quiero que él lo acepte.

—No soy alguien que dé muchos abrazos —dice él, lanzándome una mirada cautelosa como si en cualquier momento fuera a

escaparse.

—Yo tampoco, de hecho. Tal vez solo necesitamos practicar.

Actuando por mero instinto y una necesidad que no puedo definir, doy un paso adelante y deslizo mis brazos alrededor de su cintura. Archer se tensa de inmediato, pero medio segundo después me sorprende al relajarse y cierra los brazos alrededor de mi espalda.

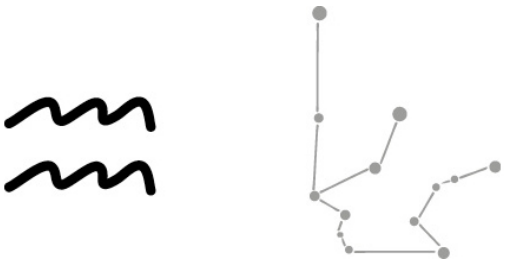
No estoy segura de si él me acerca más o si yo me muevo por cuenta propia, pero de alguna manera lo que debería haber sido un abrazo breve y sencillo se parece más a un abrazo que no quiero que termine. Siento su estómago firme y cálido contra mi pecho, y la forma en que desliza una mano sobre mi espalda, presionando con firmeza la palma entre mis omóplatos, se siente como un gesto casi protector. Posesivo.

No sé cuánto dura el abrazo. O quién se aparta primero con suavidad. Pero sé que, cuando termina, no logramos encontrarnos del todo en los ojos del otro, que eso no ha sido un abrazo normal entre amigos.

Lo más devastador de todo es que el dolor profundo en mi pecho sabe que esto tal vez no sea la vida real.

Pero es algo real.

Algo que me aterra nombrar.



TEMPORADA DE ACUARIO

Hoy nada saldrá como estaba planeado, querida Géminis. Confía en que lo que parece un contratiempo es en realidad el universo corrigiéndose a sí mismo, poniéndote de nuevo en el camino que estás destinada a seguir. Tu instinto es acertado, y cada paso que das ahora es una parte necesaria de tu viaje hacia lo que has estado buscando.

Excepto por los dos años que estuve con Daniel, el día de san Valentín es un día para Daphne y para mí. Empezó con pizza y un vino rosado barato en el sofá mientras ella me explicaba detalles de la televisión basura, pero en los últimos dos años hemos elevado el nivel del festejo.

No salimos. Pasamos del menú cerrado, las reservas obligatorias y la formalidad forzada, pero eso no significa que no lo celebremos a lo grande: nos vestimos elegantes, nos turnamos para cocinar y nos ponemos *sofisticadas*: vieiras, caviar, filete *mignon*. El año pasado, cenamos helado *gourmet* y bocadillos de langosta viendo *Thor.*

El caso es que me encanta el día de san Valentín.

Para ser sincera, nunca he entendido la actitud de «estoy amargada por estar soltera». Puedo estar soltera —puede hasta gustarme estar soltera—, y aun así disfrutar del amor romántico y de todas las cursilerías que lo acompañan: chocolate, rosas e incluso canciones de amor empalagosas. Daphne y yo lo hacemos todo juntas.

Hasta esta noche.

—Lo siento mucho, cariño —dice Daphne, aunque suena más como un gemido—. En serio pensaba que solo estaba cansada esta mañana y que el dolor de estómago pasaría, pero ahora mientras me estaba preparando… Te ahorraré los detalles.

—No te disculpes por estar enferma —digo con firmeza—. Es un insulto a nuestra amistad. Ponte el pijama más holgado y cómodo que tengas, acuéstate, mira algo terrible y duerme. Lo que necesites. ¿Necesitas algo? ¿Galletas? ¿Gatorade? ¿Compañía?

—Ojalá pudiera decir que sí, pero creo que solo quiero acurrucarme en la cama y escuchar mis audiolibros de *Crepúsculo* —responde.

Sonrío. A Daphne le encanta *Crepúsculo.* Ha leído los libros y visto las películas infinidad de veces, y es su recurso cuando tiene resaca o está enferma.

—Saluda a Edward de mi parte —digo.

—¿Estás segura de que estás bien? —dice Daphne, con voz apenas suplicante—. No puedo creer que esto esté sucediendo en un año en el que acabas de pasar por una ruptura.

—Estoy muy bien, Daph —prometo.

No le digo que apenas he pensado en Christian desde entonces ni que, aun cuando lo hago, es principalmente en relación con Kylee.

Por razones que entiendo, Kylee ha optado por interrumpir nuestras clases, pero igualmente duele un poco. La echo de menos a ella y a la oportunidad de hablar con alguien sobre el cosmos.

—Bueno —dice a regañadientes—. Te quiero. Lo sabes.

—Siempre. Yo también te quiero.

Cuelgo con mi mejor amiga y dejo mi teléfono en la encimera con un pequeño suspiro. Lo que le he dicho a Daphne iba en serio: nunca me enfadaría con ella por tener que cancelar porque está enferma. Podría haber cancelado porque conoció a un chico, y aun así no estaría enfadada. Nosotras no funcionamos así.

Pero nada de eso cambia el hecho de que tengo preparada una elaborada mesa para dos y lo que creo que es un delicioso brie al horno junto a un filete Wellington, patatas gratinadas y *soufflé* de chocolate casero esperando que los devoren.

Sin mencionar mi nuevo vestido rojo. Una de mis tiendas favoritas tenía una oferta y parecía hecho para mí.

Echo un vistazo hacia el acuario.

—Supongo que seremos tú y yo, Andrómeda.

Me gustaría pensar que ella me saluda agitando la cola mientras pasa, pero no hay mucho con qué trabajar.

A menos que…

Mis ojos van hacia mi móvil.

Estoy coqueteando con el desastre, lo sé. En unos pocos meses, Simon Archer estará fuera de mi vida. E incluso si no lo estuviera, no quiere tener nada romántico conmigo y pasar el día de san Valentín con él solo va a poner un gran foco de atención en eso.

«Tu instinto es acertado, y cada paso que das ahora es una parte necesaria de tu viaje hacia lo que has estado buscando…».

—Está bien, horóscopo —murmuro—. Me has llevado hasta aquí.

Cojo mi teléfono y llamo a Archer.

Suena sin parar, y estoy a punto de colgar cuando él contesta.

—¿Randy?

—Hola.

Una pausa.

—¿Va todo bien?

—Por supuesto, ¿por qué?

—Es la primera vez que me llamas. En general mandas un mensaje o vienes sin avisar.

—¡¿Yo voy sin avisar?! —Niego con la cabeza, aunque él no puede verme—. Olvídalo. ¿Alyssa está en la ciudad?

Otra pausa.

—No. ¿Por qué tendría que estar?

Pongo los ojos en blanco.

—Oh, no sé. Es san Valentín.

—¿Por qué iba a estar en Nueva York solo porque es san Valentín…? Oh. Claro. No, no está aquí.

Muevo los ojos hacia arriba. Ese hombre es todo lo opuesto a un romántico.

—Bueno, dime, ¿qué pasa? —pregunta con cierta impaciencia—. ¿Se te ha trabado la cremallera del vestido antes de una cita con Christian?

Aunque solo han pasado unas semanas, mis recuerdos de Christian me parecen tan borrosos y lejanos que la pregunta me toma desprevenida.

—Christian y yo terminamos hace unas semanas.

Hay otra pausa, esta vez aún más larga.

—Oh.

Pongo los ojos en blanco de nuevo. Menos mal que no esperaba una reacción más intensa, porque sin duda no la he obtenido.

—De acuerdo, escucha —digo—. Daphne y yo normalmente hacemos todo un festejo de san Valentín juntas, pero está enferma con un virus estomacal. Así que ahora tengo mucha comida preparada y… ¿Tienes hambre?

—¿En san Valentín?

Su desconfianza hacia la festividad es tan típica de un hombre soltero que me froto el entrecejo con el pulgar en busca de paciencia.

—No te preocupes, prometo no esperar hasta el final de la cena para proponerte matrimonio.

—¿Invitarme en lugar de Daphne tiene algo que ver con tu horóscopo?

Parpadeo.

—Bueno, en realidad, ahora que lo mencionas…

—Entonces no. Gracias por la oferta, pero tengo trabajo que hacer.

Él cuelga sin esperar mi respuesta y, aun para Archer, es un gesto abrupto. Aparto el teléfono y lo miro fijamente.

—De acuerdo.

Así que, una noche en solitario. Puedo hacer que funcione. Tengo mucha práctica.

Pongo mi elegante plato de brie al horno y trato de decidir entre champán y el buen vino tinto que he estado decantando desde el mediodía. Más que nada, trato de no pensar en lo brusco del rechazo de Archer. No esperaba que se deshiciera en halagos para

pasar el día de los corazones y las flores con su vecina platónica, pero que la idea le resultara tan desagradable…

Elijo el champán y estoy quitando el papel de aluminio del corcho cuando escucho un golpe en la puerta. Es un ruido desconocido. Daphne y Archer siempre entran sin avisar y Christian siempre llamaba al timbre. Pero ¿un golpe?

Voy a la puerta y presiono mi cara contra la mirilla.

De inmediato, retrocedo, con el corazón latiendo fuerte. ¿Archer?

Abro la puerta y encuentro a Archer, con una expresión muy irritada, en mi porche. Tiene un ramo de flores moradas en una mano y una bolsa de plástico en la otra.

Mis ojos se enfocan primero en las flores.

—¿Son de…?

—Las maripositas —dice, y me las entrega sin ceremonias—. No te preocupes, busqué en Google la manera adecuada de cortarlas sin dañar su crecimiento.

—Son… —«Perfectas».

Desplazo mi atención a la bolsa, donde ahora veo que hay un pez.

—Perseo —dice, con tono un poco gruñón—. De hecho lo he comprado esta tarde, antes de darme cuenta de que era san Valentín, así que ahora parece…

—¿Romántico? —digo, parpadeando con exageración.

Él empuja la bolsa contra mi pecho, entra en el vestíbulo y se dirige directo a la cocina. Luego se detiene. Retrocede hasta que estamos hombro con hombro y señala con el mentón hacia el pez.

—Eso no es una declaración de amor.

Mis ojos se abren de par en par.

—¡Oh, pero si es prácticamente un anillo de Tiffany!

Solo cuando él se aleja con un gruñido me permito sonreír.

Porque es mejor que cualquier cosa de Tiffany.

Con mucho cuidado, desato la parte superior de la bolsa y dejo que el bonito pez dorado negro se una a su nueva novia en el acuario.

—Perseo, ¿eh? Sabes de mitología griega —digo hacia la cocina.

—De nuevo, Google. Perseo salva a Andrómeda de un monstruo marino y… eso es todo lo que recuerdo.

—También son constelaciones —digo cuando me uno a él en la cocina—. Perseo y Andrómeda. Dos de mis favoritas.

Levanta la vista.

—Lo sé. Me lo has dicho durante una de tus divagaciones nocturnas.

¿En serio? No lo recuerdo.

Pero él sí.

Archer levanta la botella de champán.

—Veo que has estado luchando con el papel de aluminio. ¿Lo abro?

—Por favor —digo, volviendo mi atención a mi teléfono. Abro la lista de reproducción cursi de san Valentín que he preparado esta tarde y la conecto al pequeño altavoz Bluetooth que tengo en la encimera de la cocina.

Unos segundos después, mientras la música invade el ambiente, escucho el estallido festivo del corcho y él sirve una copa para cada uno. Intento no recordar que la última vez que bebí champán estaba con él.

Y que nos besamos.

Y que él me dijo con mucha firmeza que había sido un error.

—Pensé que tenías que trabajar —digo, aceptando la copa con una sonrisa de agradecimiento.

—Tenía. Tengo. Lo estoy haciendo.

—¿Qué?

—Nada. Feliz día de san Valentín, o lo que sea. —Él choca su copa con la mía y bebe un sorbo irritado.

Yo también doy un sorbo, luego saco el brie del horno, y me siento un poco satisfecha por la forma en que los ojos de Archer se iluminan. He añadido una capa de mermelada de albaricoque sobre la rueda de queso cremoso y exquisito envuelto en hojaldre, junto con un poco de romero picado, tomillo y nueces pecanas tostadas. Lo deslizo sobre una bandeja, que ya he preparado con galletas elegantes y rodajas de manzana saladas.

—Así que Daphne está enferma —dice, observando mientras sirvo los platos.

—Pobrecita. Sí.

—Y Christian… se fue.

—Bueno, no está muerto. No lo digas así. Simplemente no funcionó.

—¿Por qué no?

Alzo un segundo la mirada ante la intensidad controlada en su tono, luego vuelvo a mirar rápido el queso. Subo un hombro e intento mantener mi voz ligera.

—Ya sabes. Él tiene una hija que quiere una segunda madre, yo tal vez me mude a California…

—¿Tal vez?

Pongo la bandeja frente a él, junto con un plato y cubiertos. Él no pierde tiempo y empieza a comer, y me doy cuenta de que extrañaré

esto: cocinar para alguien. Ni siquiera sabía que me gustaba cocinar para mí misma, pero compartir una comida, ya sea una cena de san Valentín elegante o sobras de pollo al parmesano, es un placer inesperado.

—A ver, es probable —respondo rápido—. Pero no lo sabré hasta la entrevista.

Él asiente, luego me observa con atención mientras mastica, como si me estuviera viendo por primera vez.

—¿Siempre te vistes así para Daphne?

Miro mi vestido rojo con una sonrisa.

—Solo en san Valentín. Es nuevo. Y caro. Pero ella lo vale. —Miro de nuevo a Archer—. ¿Por qué has cambiado de opinión?

—¿Sobre qué? —Él se limpia la boca con una de las servilletas rojas y brillantes que he puesto.

—Sobre esta noche. Has dicho que tenías que trabajar y me has colgado. —Le lanzo una mirada paciente—. Sabes que no estaba tratando de seducirte, ¿verdad? Eras mi plan B.

Entonces dejo de hablar, distraída por la lista de reproducción que he preparado con algunas de mis canciones de amor favoritas, y dejo escapar un pequeño suspiro feliz al escuchar las primeras notas de la versión de Nicole Henry de *Moon River.*

Él me observa.

—Tierra llamando a Randy.

—Perdona —sonrío—. Es que me encanta esta canción.

Él me mira un segundo más, debatiendo algo consigo mismo, luego asiente de manera casi imperceptible, y se acerca a la encimera de la cocina.

Sin decir una palabra, me tiende la mano.

Sin decir una palabra, la tomo.

Y entonces, estoy bailando.

Bailando una canción de amor anticuada en san Valentín, en mi cocina, con un vecino que es un amigo, que es… todo.

Por ahora.

Mi mejilla encuentra el camino hacia su pecho. La suya, hacia la parte superior de mi cabeza. Su corazón late cálido y constante, su presencia sólida es tan querida para mí que siento que mis ojos se humedecen.

—Randy —murmura, moviendo apenas la cabeza para que su boca roce la parte superior de mi cabeza.

—¿Sí? —susurro.

Hay un momento de silencio.

—Tengo que trabajar mucho durante las próximas semanas. Mucho. Es posible que no me veas demasiado.

—Oh —digo, tratando de ocultar mi decepción. Solo nos quedan unos pocos meses antes de que necesite mudarme, ya sea a California si el trabajo sale adelante, o de regreso a la ciudad si Stanford no me quiere y vuelvo a Nova.

Pero me recuerdo a mí misma que no debo ser egoísta. Mi trabajo siempre ha sido lo más importante para mí y no puedo recriminarle que sienta lo mismo por el suyo.

Su mano en mi cintura me acerca un poco más, el pulgar de su otra mano roza la mía. No creo que él sea consciente de ello, lo que lo hace que sea aún más dulce de alguna manera.

—Solo… —Traga saliva—. Solo quiero que lo sepas. No te estoy evitando. Solo necesito concentrarme en el arte por un tiempo.

—Lo entiendo —digo.

Aunque no estoy segura de entenderlo del todo. Sus palabras tienen sentido, y respeto su proceso creativo. Pero siento que me estoy perdiendo algo; que está pasando algo más que él no puede o no quiere decirme.

Durante el minuto siguiente, solo bailamos. Aunque no parece que bailemos, sino más bien que nos aferremos el uno al otro, a un momento que podamos llevar con nosotros cuando nuestras vidas inevitablemente se separen.

Al final, mientras la última nota de la música se desvanece, empiezo a alejarme, pero su mano me aprieta, como un reflejo, y me mantiene cerca.

—¿Archer? —susurro, porque puedo sentir el conflicto irradiando de él; aunque no conozco la causa.

Aprieta la mandíbula un instante y luego, después de sacudir la cabeza con impaciencia, me suelta y retrocede.

—Debo irme —dice.

—Oh, claro —respondo, la decepción se mezcla con la confusión ante su humor extraño, incluso mientras intento recordar que tal vez solo está distraído por la fecha de entrega de su trabajo.

Archer se dirige a la puerta principal y todo en él irradia una frustración callada.

Se detiene antes de salir de la cocina, posa la mano en el marco de la puerta, golpetea los dedos con impaciencia y luego se gira.

Camina hacia mí con determinación y, por un instante lleno de excitación, pienso que me besará, que reclamará mi boca con la misma pasión ardiente que sentí en Año Nuevo.

En cambio, cuando inclina la cabeza, roza mi mejilla con sus labios. Su boca se detiene cerca de mi oído y murmura con voz

ronca.

—Feliz san Valentín, Randy.

Retrocede y esta vez sale de la cocina con más determinación. Sin girarse.

Llevo una mano a mi mejilla, un poco sorprendida al darme cuenta de que estoy llorando.

Porque ese «feliz san Valentín, Randy»...

Ha sonado demasiado parecido a una despedida.



Temporada de Aries

La tormenta para la que te has estado preparando de modo inconsciente llegará esta noche, querida Géminis. No todo es lo que parece.

Archer cumple con su palabra. Odio que lo haga, pero lo hace. Apenas lo veo las semanas siguientes. No lo veo entrar y salir de su chalet y tampoco lo veo en el tejado.

Objetivamente, sé que está trabajando mucho, como me advirtió.

Pero siento que se ha deshecho de mí en el proceso.

Y quizás sea lo mejor.

Porque yo también necesito deshacerme de Archer.

Paso marzo en medio de una sucesión infinita de entrevistas telefónicas y videollamadas con todo el Departamento de Física de Stanford, intentando impresionarlos sin que parezca que lo estoy intentando. Identifico por adelantado quiénes son posibles compañeros para ir a una *happy hour* un viernes por la noche y a quiénes debería evitar a toda costa.

El proceso de selección marcha bien. Lo noto.

Lo que al parecer no noto es entusiasmo alguno al respecto.

Sensación de logro, sí. Orgullo, también. Sienta bien que me quieran de nuevo en el espacio académico y sentir que los últimos veinte años de mi vida no han sido una pérdida de tiempo.

Pero ¿entusiasmo?

Estoy intentándolo.

El clima primaveral ha estado asomando con mucha frecuencia las últimas semanas, así que últimamente he pasado mucho más tiempo en la azotea. Con mi telescopio.

Sola.

Bueno, con las maripositas.

Pero, de algún modo, las estrellas en mi telescopio parecen brillar un poco menos sin el hombre y su carboncillo en el tejado vecino.

Y por ese motivo, una noche templada y despejada a principios de abril, cuando subo a regar las maripositas, me sorprendo al ver al hombre que no he visto desde hace más de un mes. Archer tiene las manos en los bolsillos y la cabeza inclinada hacia atrás mientras observa el cielo nocturno.

No mira en mi dirección. Por supuesto que no. Es Archer.

Y, sin embargo, nada de esto me fastidia.

Simplemente él es así.

Tal cual.

Solo es… Archer.

Intento parecer relajada. Como si la última vez que lo vi no hubiera sido san Valentín y no hubiéramos bailado y no hubiera sentido que significaba… algo.

—No hay caballete esta noche —comento muy tranquila, dado que no veo provisiones artísticas.

Alza su mano derecha sin mirarme.

—Intento evitar tener calambres en la mano. Hoy estoy dándole los toques finales a las obras de esta serie y se me olvida tomar descansos.

—¡Oh, eso es genial! —digo con entusiasmo, a pesar de mi humor —. No los calambres. Es genial que estés terminando las obras.

Archer asiente, luego vacila un instante, como si estuviera considerando algo.

Finalmente, camina hacia mí y se detiene al borde de su azotea de modo que quedamos cara a cara. Introduce la mano en el bolsillo trasero de sus vaqueros y extrae algo. Me lo entrega sin decir nada.

Acepto el sobre negro y observo el sello de cera refinado que ahora reconozco como la *A* elaborada que es su firma.

—Qué elegante.

Se encoge de hombros con indiferencia, aunque la tensión que parece irradiar contradice el gesto despreocupado.

Deslizo un pulgar por el sobre, lo abro y saco una invitación distinguida.

—Es para la inauguración de mi exposición de arte en la galería SoHo dentro de unas semanas. —Guarda de nuevo las manos en los bolsillos—. Presentarán mi nueva serie.

—Oh, guau. ¡Guau! ¡Me alegro tanto por ti! No puedo… —Dejo de hablar cuando veo la fecha de la inauguración y siento que mi corazón se detiene—. Vuelo a California esa noche. Mi entrevista es a la tarde del día siguiente.

Inclina la cabeza hacia atrás un poco cuando inhala.

—Entonces, vas a hacer eso.

Percibo un tinte de decepción, como si esperara más de mí, y siento que adopto una pose defensiva, física y emocionalmente.

—Si con *eso* te refieres a seguir mis sueños, entonces sí —respondo con cierta brusquedad en mi voz.

Como respuesta, solo me mira, y mi temperamento estalla.

—A ver, recapitulemos la interacción de esta noche —digo, sacudiendo un dedo entre los dos—. Me cuentas un gran logro profesional y yo me alegro por ti. Yo hago lo mismo y ¿ni siquiera puedes fingir entusiasmo por mí?

—Mentira —dice con calma.

Abro la boca para protestar, pero él se acerca más, con los ojos brillando de furia.

—No estás buscando que te felicite y no necesitas que me alegre por ti —continúa—. Quieres que alguien te garantice que estás haciendo lo correcto, que te digan qué hacer y cómo vivir para no tener que hacerte cargo de tomar una decisión sobre tu propia vida.

—No…

—Porque eso es lo que haces, Miranda —me interrumpe, con más vigor y más enfadado de lo que jamás lo he visto—. Vives en un sistema de pintar por números. Alguien más dibuja las líneas y tú solo sigues las instrucciones.

—Eso es absurdo.

—¿Lo es? —Cruza los brazos y se inclina un poco de modo que su mirada queda a la altura de la mía, desafiándome a profundizar—. ¿Acaso recuerdas tomar la decisión consciente de convertirte en astrofísica? ¿De entrar en el mundo académico? ¿De ir tras una titularidad? ¿O solo fue un modelo que seguiste al pie de la letra?

—Tal vez —digo—. Tal vez tienes razón en eso. Tal vez en el pasado fui tras la titularidad un poco a ciegas. Pero al menos puedo admitirlo y corregir mi rumbo. Y no olvidemos que me tomé un año entero para apartarme de lo que llamas una vida que sigue el sistema de pintar por números.

—Te equivocas —replica furioso—. Crees que tu Proyecto Horóscopo es valiente y atrevido y tal vez podría haberlo sido. Pero lo único que has hecho ha sido cambiar un conjunto de reglas por otro. No te ha servido para confiar en que el universo tenía un plan para ti, sino porque necesitabas otro manual de instrucciones con el paso a paso después de que el último no funcionara como esperabas.

»Cada minuto de tu tiempo aquí ha estado marcado por un guion —prosigue—. Desde tu pez, a lo que comes, a con quién quieres estar. Me he negado a ser una parte de ese guion y, ¿sabes qué?, me niego también a ser parte del próximo. Si quieres volver a seguir el manual de la academia porque es fácil, hazlo. Pero no esperes una ovación de pie de mi parte.

Cada palabra le da un golpe doloroso a mi alma, y hay fragmentos de verdad sobre los que agonizaré después. Pero no antes de dejar en claro algunos puntos.

—¿Quieres que hablemos de lo que es fácil, Archer? —pregunto—. ¿Quién de los dos se encerró lejos del mundo para no tener que lidiar con él? Finges que todo eso es parte de ser un artista excéntrico y ermitaño, pero los dos sabemos la verdad.

Entrecierra los ojos como advertencia, pero lo ignoro, porque de pronto lo veo; veo con claridad absoluta lo que ha estado frente a mi nariz.

—Te hicieron daño —digo—. Tu prometida te *hizo* daño. Pero, en vez de admitirlo siquiera para ti mismo, en vez de aceptarlo y sanar, lo usas como excusa para cerrarte, para fingir que nada te importa.

»¿Crees que tu relación con Alyssa es algo informal? —prosigo—. No lo es. No es una relación moderna y adulta, Archer. Es pura cobardía. Es para que no tengas que entregarte de lleno a otro ser humano que podría hacerte daño como lo hizo Willow. Tal vez yo sigo un manual de instrucciones, pero al menos ¡estoy participando del juego! —Mi exabrupto termina con un grito, mi corazón martillea mi pecho.

Archer no se mueve, solo aprieta la mandíbula mientras nos miramos con furia y frustración por varios segundos largos y cargados de emoción.

—¿Ya has terminado? —pregunta por fin, en voz baja.

Trago y asiento, me duele la garganta por la amenaza de las lágrimas inminentes.

—Sí. Sí, he terminado.

—Bien. Porque tú y yo. Nosotros. Esto… También ha terminado.

Tengo el impulso a medias de señalarle que no existe un nosotros. Que no hay nada que terminar porque nunca comenzó nada. Pero sé que no es verdad.

Lo que sea que haya sucedido entre Archer y yo estos últimos meses tal vez no tiene nombre, pero es lo más real que he experimentado con otra persona.

Lo más intenso.

Lo más satisfactorio.

Lo más doloroso.

—Buena suerte en la entrevista, Randy —dice—. Espero que encuentres todo lo que estás buscando.

Archer se aleja y no lo detengo, porque, si bien no concuerdo con todo lo que ha dicho, no está equivocado en que sigo un camino que no lo incluye a él. Sé cómo serán mis próximos años: tendré que esforzarme más que nunca para demostrar mi valor después de mi fracaso para conseguir la titularidad, en otro estado, en otra zona horaria.

No necesito mi horóscopo o nuestras cartas astrales incompatibles para saber que Archer y yo no somos el uno para el otro, que nunca estuvimos destinados a estar juntos.

Pero después de que él cierre su puerta de un golpe, después de su partida, tomo asiento despacio en la silla de hierro fría del tejado y por fin dejo caer las lágrimas.

Porque no puedo apartar la sensación de que… todo lo que estoy buscando acaba de alejarse para siempre.



Temporada de Aries

Esta noche sentirás la Luna Llena en Escorpio.
Tal vez es momento de dejar ir un resentimiento o una carga que no te ha estado ayudando. Haz espacio para nuevos comienzos.

—No hacía falta que me vinierais a despedirme —le digo a mi familia, aún un poco atónita por su llegada inesperada. Mañana me voy a California para mi entrevista con Stanford y había planeado una noche tranquila para hacer las maletas.

No solo para el viaje, sino para hacer las maletas de verdad. Porque, si todo sale bien, tendré por delante una mudanza al otro lado del país. Y, aunque no salga bien, igualmente planeo mudarme de nuevo a la ciudad para regresar a mi puesto de profesora en Nova. Una ganancia en ambos casos.

Pero justo cuando estaba pensando si pedir pizza o hacer unos huevos revueltos para cenar, mi familia ha aparecido en la puerta de Lillian como si fuera la escena al final de una película y me han

llevado a cenar a un restaurante italiano en el Upper East Side para desearme suerte.

—No te entusiasmes mucho. Ha sido un vuelo de apenas una hora —dice mi hermano Brian, sin apartar la vista del menú.

Sonrío mientras mamá lo golpea despacio en la nuca, un gesto que no le había visto desde que éramos niños.

—¿¡En serio!? —dice Brian, frotándose la nuca—. Qué caraj…

Ve la mirada fulminante de mamá y luego me sonríe a modo de disculpa.

—Nos ha encantado hacer el viaje, sin importar su duración, hermanita.

—Ajá —digo, aunque le devuelvo la sonrisa—. Pero, en serio, valoro mucho el apoyo.

—Lo sabemos. Has llorado —dice Jamie, y tiene la astucia de esquivar la mano de mamá cuando se acerca a su cabeza.

—En mi defensa diré que la familia entera nunca había venido a Nueva York. Jamás. Es decir, lo agradezco, pero…

—Teníamos miedo de que nos dijeras que no viniéramos —dice mamá—. En especial después de lo de Navidad.

Aprieto su mano con una sonrisa tranquilizadora.

—Me encanta que estéis todos aquí. De verdad… significa mucho para mí.

Jamie sube y baja las cejas.

—¿Estás nerviosa?

—Muy nerviosa —confieso y noto, por el intercambio veloz de miradas entre mis padres, que a ellos les sorprende que lo admita. Los Reed no nos ponemos nerviosos, no dudamos, no somos… vulnerables. Al menos por fuera.

Pero, si bien en el futuro quizás no tenga mucho tiempo de leer mi horóscopo o de evaluar cartas natales de novios potenciales, no puedo negar que, durante estos últimos meses, dejar el aspecto científico y entrar en el mundo mágico de la astrología me ha cambiado; me ha permitido aceptar que hay facetas de mi personalidad, de mi ser, de mi alma, que no puedo explicar o racionalizar.

Porque no hay un motivo lógico por el que deba estar nerviosa por la entrevista. A nivel intelectual, sé que es solo una formalidad. El doctor Samuel ha dicho que charlaremos sobre el sueldo, lo cual indica que el trabajo es todo mío, y que, en el semestre de verano, ya viviré en el norte de California.

Pero eso no borra el hecho de que, a nivel emocional, mi estómago esté lleno de nudos. Si bien exponer esa parte mía ante mi familia es un poco extraño, me sorprende que me siente tan… bien.

—¿Sabías que fui a la escuela con el doctor Chang? —pregunta mi padre a mi lado—. Él estará en la junta de la entrevista. Tendrás que enviarle mis saludos. Tal vez ayude.

—Sí, claro.

—He oído que la doctora Lena Goodrich también estará presente. Me encantaría tener su cerebro —añade Brian.

—Te gustaría tener más que eso —susurra Jamie, y esta vez cae bajo la mano de mi madre.

Papá ignora a sus hijos y me da una sonrisa alentadora.

—Creo que tienes muchas probabilidades. Y, aunque no salga bien, caerás de pie igualmente y encontrarás algo aún mejor.

—Gracias.

—No me las des. Está escrito en las estrellas —dice papá, luciendo adorablemente entusiasta mientras toma su móvil del bolsillo de su traje—. Mira. Hice la lectura de toda tu carta y es imposible que los próximos meses no traigan cosas buenas para ti.

Levanto una mano a mis labios para esconder mi sonrisa cariñosa antes de mirar a todos en la mesa.

—¿Tan agresivo fue mi exabrupto en Navidad?

—Me hiciste pensar en un rayo —dice mi cuñada Emily, con admiración en la voz—. Pensé que ibas a canalizar toda la energía del cosmos e incendiar la mesa.

—Fuiste intensa, sí —concuerda Jamie—. Pero fue genial ver un poco detrás de la máscara.

Sonrío porque sé que es cierto: he estado viviendo detrás de una máscara. Y, en los últimos meses, siento que he empezado a quitármela; a descubrir quién es Miranda en realidad. Sin embargo…

Mi conversación desastrosa con Archer no deja de reproducirse en mi cabeza.

Me pregunto si en verdad no he madurado para nada, si no estoy solo cambiando de máscara y llamándolo una mejoría.

—Tenías razón en reprendernos —dice mamá, y me sorprende—. Hemos tenido algunas conversaciones incómodas desde diciembre y creo que todos nos hemos dado cuenta de que el sistema de valores de nuestra familia es un poco… rígido. Y te hemos traído algo, un amuleto de buena suerte. —Mamá desliza una caja pequeña sobre la mesa.

—Oh. Vaya… —digo porque mi familia nunca es espontánea y ahora acabo de recibir una visita espontánea *y* un regalo sorpresa.

Tiro de la cinta blanca y abro una cajita diminuta de joyería en la que hay un par de pendientes de oro delicados.

—Escorpio —digo al reconocer de inmediato el símbolo de la constelación.

—Sé que tienes el sol en Virgo —dice rápido mamá, nerviosa—. Y que el importante, el ascendente, es Géminis. Pero tu tía nos dijo que tenías la luna en Escorpio, y que la luna es la que gobierna tus emociones, tu intuición. Y todos hemos visto que te has conectado con ella este último año. Y a todos nos enorgullece. Pase lo que pase mañana… estamos orgullosos de ti.

Tras una bruma de lágrimas, veo que el resto de mi familia asiente. Y me conmueve el gesto y el sentimiento. Más de lo que tal vez pueda expresar.

Pero, mientras observo las delicadas joyas, también debo reprimir la protesta de que no me las he ganado. No realmente.

Tal vez he enfrentado algunas emociones, pero no las más grandes.

No las que podrían cambiarlo todo, si tan solo fuera un poco más valiente.



TEMPORADA DE TAURO

Prepárate para un movimiento sísmico, Géminis, porque el mundo te lanzará una sorpresa que desafiará los cimientos de tu sistema de creencias. Esta turbulencia es incómoda, pero necesaria; aprovecha su impulso para construir nuevas verdades más sólidas.

La tarde siguiente, mi vuelo a California lleva un retraso de dos horas. Dado que la entrevista es mañana por la tarde, no debería preocuparme. Incluso con el retraso, las tres horas de diferencia implican que aterrizaré en San Francisco mucho antes de la medianoche. Tiempo de sobra para dormir y repasar mis notas por la mañana.

Y no estoy preocupada. Ni por el vuelo ni por la entrevista.

Solo estoy… nerviosa. Lo he estado todo el día y no logro descifrar por qué. Mi cerebro ha revisado cada escenario posible y me ha asegurado que todo está en orden. Pero siento que la lógica está librando una batalla contra el instinto.

Y el instinto parece estar ganando porque, cuanto más se acerca la partida de mi vuelo, más siento que algo no está bien.

O tal vez solo es mi horóscopo. ¿Un cambio sísmico?

¿En serio?

¿Justo cuando me dirijo a una ciudad ubicada sobre la Falla de San Andrés?

Pero por supuesto que probablemente mi horóscopo no está hablando del historial de terremotos impredecibles de San Francisco. Se refiere a otro cambio sísmico y ya he tenido suficientes de esos últimamente. Estoy lista para la estabilidad.

Me muevo incómoda en la silla chillona de cuero falso de mi puerta de embarque, pero mis piernas están inquietas, como si anhelaran huir del aeropuerto.

O correr hacia algo.

Las cruzo y me niego, obstinada, a permitir que siquiera un pie se mueva.

Cuando mi teléfono vibra, me lanzo sobre el aparato, desesperada por una distracción. No reconozco el número, pero de todos modos atiendo.

—Hola, Miranda al habla.

Mi propio saludo me toma por sorpresa. ¿Dónde está mi usual «Doctora Miranda Reed, dígame»?

—¡Miranda! ¡Hola! Soy Alyssa Upton. Nos conocimos en Nochevieja.

—¡Oh! Hola —respondo mientras poso ambos pies en la fea alfombra del aeropuerto y enderezo un poco más la espalda en mi asiento.

—Sé que esto es algo repentino, pero ¿puedes hablar? Me encantaría tu opinión respecto a algo.

—Em. Claro, dime —digo aunque no imagino en qué parte del multiverso Alyssa y yo tendríamos algo que discutir.

A menos que sea sobre Archer.

En cuyo caso, diré que me robaron el móvil de la mano y cortaré la comunicación porque no tendré esa charla. No con su… lo que sea que sean.

Sin embargo, miro la pantalla con la información de mi vuelo. Ahora está tres horas retrasado.

—Sí, tengo tiempo.

—Bien, genial —dice con el tipo de entusiasmo cálido que parece genuino, como si acabara de alegrarle el día dándole unos minutos de mi tiempo.

Es muy difícil que esta mujer no te caiga bien y, creedme, lo he intentado.

—Pues a riesgo de sonar un poco acosadora, he estado revisando cada rincón de internet y YouTube viendo todas las apariciones públicas que has hecho y déjame decirte algo, Miranda: eres fantástica.

—Vaya, gracias.

—No, en serio. Eres cautivadora, muy inteligente pero nunca condescendiente. Tienes talento para hacer que los conceptos más complicados parezcan digeribles. Después de verte durante horas, sentí que estaba lista para dar una charla TED sobre agujeros negros.

Los agujeros negros no son precisamente uno de los intereses de mi área, pero valoro lo que intenta hacer.

—Gracias. Me alegra escucharlo. En especial porque esa parte de mi carrera parece haber terminado.

—Sí, respecto a eso… —dice—. Espero que no te importe, pero algunos de los productores con los que has trabajado están en mi agenda, por decirlo de algún modo, y los he contactado. ¿Sabías que tu universidad les dijo que no estabas disponible?

Serán desgraciados…

Abro la boca, con sorpresa genuina.

—Pues… no. No, no tenía idea. Supuse que habían encontrado a alguien más para la sección de ciencia, porque no he recibido ni una sola propuesta.

Hace un sonido de irritación.

—Probablemente alguien esperaba obtener su momento de gloria. Pero están perdiendo el tiempo. Cariño, eres un unicornio y los que toman decisiones lo saben. Por ese motivo debo preguntarte: ¿has pensado alguna vez en dedicarte a los medios a tiempo completo?

—No. Nunca —digo con total honestidad—. Incluso cuando estuve más ocupada, las peticiones para que alguien hablase sobre lluvias de meteoritos o explicase el último descubrimiento del CERN solo llegaban un par de veces al mes.

—Claro, cielos, te aburrirías mucho si eso fuera todo. Pero ¿y si hubiera más? ¿Mucho más?

—¿Muchas más… entrevistas? —No la sigo para nada.

—Bien, este es un mal movimiento comercial de mi parte, porque aún no te represento de forma oficial y podrías llevar la idea a otro agente y estaría perdida, pero resulta que sé que habrá un nuevo concurso, una nueva serie documental e incluso un programa de entrevistas que matarían por tenerte como presentadora. Y ni me hagas empezar a nombrar las oportunidades que aparecerían si tuvieras tu propio pódcast. Podrías hacer como Bill Nye…

—Yo… vaya.

—Es mucho, lo sé. Y lamento decírtelo todo de golpe, pero Archer me lo mencionó hace un mes y justo ahora me he puesto a analizar las posibilidades y me he entusiasmado tanto que…

—Espera. ¿Archer te dio la idea?

—Bueno, sí. Ya conoces a Archer. Fue más una orden que una petición, y solo intercambiamos diez palabras al respecto. Pero él cree que tal vez estarías abierta al menos a explorar la idea.

—Nunca he… De hecho, he avanzado mucho con el proceso de entrevistas para otro puesto académico —le digo—. ¿Podría… hacer ambas cosas?

Oigo que bebe un sorbo de algo y percibo que está considerando con seriedad mi pregunta.

—La verdad, no lo creo. Es decir ¡puedes! Puedes seguir haciendo lo que haces y aparecer en los medios cuando haya una luna llena especial o lo que sea. Pero los trabajos más importantes, los que te convertirían en alguien famoso… esos requerirán mucho más tiempo del que tendrás disponible si trabajas como profesora a tiempo completo.

—No me interesa ser famosa.

Suelta una risa.

—Archer dijo que dirías eso. Y que debía decirte que no va de ojos, sino de mentes. Cientos de ellas. Listas para quedar deslumbradas por cosas sobre estrellas y demás. Pero, espera, déjame revisar mis notas porque me dijo que dijera algo más… Dijo que ¿te ayudaría a mantenerte al día con el cosmos?

Río un poco, porque es la misma frase torpe que yo usé en mi intento fallido de coquetear con Christian hace mucho. Sin embargo,

mi risa es algo cruda, porque es incómodo darme cuenta de lo bien que me conoce Simon Archer; de lo bien que escucha. Cuánto ve, incluso cuando yo misma no lo veo.

Porque escuchar a Alyssa hablar sobre estas posibilidades, asumiendo que no está exagerando, enciende algo en mi interior que no lo hace la idea de una plaza titular en Stanford. Algo que nunca me ha generado la idea de ser titular.

—Necesito tiempo para pensarlo —digo. Porque tampoco es que toda mi personalidad haya sido un engaño; mi esencia aún es racional.

—Por supuesto. Claro. Solo… prométeme que seré la primera a quien llamarás cuando busques representante.

—Sin duda —afirmo, porque me gusta Alyssa, aunque no me fascina el hecho de que Archer y ella se acuesten cuando les apetece.

Al darme cuenta de que no he expresado ni un módico interés en la vida de Alyssa, intento recordar mis modales y dar una conversación recíproca.

—¿Cómo va todo? ¿Hicisteis algo divertido con Archer para su cumpleaños?

Hay una pausa larga.

—¿Su cumpleaños? ¿Te refieres en diciembre?

—No. —Mi cariño hacia ella se reduce un poquito por no saber el cumpleaños de Archer. Por más informal que sea lo que tienen, debería recordarlo—. Fue la semana pasada, el 10 de abril.

Es Aries.

Alyssa suelta una risita.

—Lo siento, cielo, pero estoy cien por cien segura de que es el 2 de diciembre. Estoy *segura* porque hace un par de años tuvo que renovar su permiso de conducir y estaba de muy mal humor por ello.

—Archer se pone de mal humor por todo —digo distraída, incluso mientras mi cerebro intenta comprender—. ¿Por qué rayos me mentiría sobre su cumpleaños?

—Ni idea —dice relajada—. Él y yo seguimos siendo amigos después de haber roto. Es decir, hasta me dejó usar su casa para celebrar la Nochevieja. Pero ya no hablamos tanto como antes.

—Vosotros… —Estoy demasiado atónita para decir más. Esta es la sorpresa que decía mi horóscopo—. ¿Ya no estáis saliendo juntos? —logro decir—. ¿Cuánto hace?

—Cielos. Hace siglos —responde, distraída y oigo que alguien intenta captar su atención.

—¿Cuánto? —insisto y el instinto que ha estado latente todo el día ahora está en alerta máxima, gritándome que este detalle es importante. Crucial.

Ella parece percibir mi urgencia, porque siento que me presta de nuevo toda su atención.

—A ver, déjame pensar —dice Alyssa—. Creo que cortamos a finales de agosto, tal vez principios de septiembre. No lo recuerdo con precisión. Solo dijo que necesitaba terminar con lo nuestro porque algo había cambiado para él. Nunca me dijo qué fue.

Aquí está mi movimiento sísmico.

Ese algo que había cambiado para Archer… era yo.



Temporada de Tauro

Una idea compartida en la comunidad astrológica es que el universo conspira a nuestro favor. Solo debemos prestar atención a las señales.

Nunca estuve totalmente convencida. Nunca me permití creer que hay energías misteriosas trabajando, guiándonos y ayudándonos. Pero, en mi carrera desquiciada desde el aeropuerto JFK a Manhattan para intentar llegar al final de la gran noche de Archer en la galería, empiezo a convertirme en creyente: mi Uber tarda menos de un minuto en llegar, la tormenta que ha estado causando todos los retrasos en los vuelos cesa en cuanto salgo del aeropuerto, el tráfico de regreso a la ciudad es casi inexistente a un nivel casi cómico, y pasamos todos los semáforos en verde.

El universo sin duda parece conspirar a mi favor.

Justo antes del momento final.

Cuando con ello ya no es suficiente…

Daphne está sentada en los escalones de la galería SoHo. Le entusiasmó saber, a través de sus contactos en la comunidad artística, que Archer había pedido específicamente que ella recibiera

una invitación. Aceptó antes de que las cosas entre Archer y yo se volvieran complicadas, pero igualmente me alegra que haya asistido.

Que al menos alguien haya ido por él. A apoyarlo.

Veo en su expresión y en el edificio a oscuras que he llegado demasiado tarde.

De inmediato, mis ojos se llenan de lágrimas y las seco, repentinamente furiosa con el universo. Conmigo.

—Quería… Quería tanto… Ahora él no sabrá que…

—Oh, cariño, lo importante es que lo has intentado —dice Daphne, acercándose a mí con un impresionante vestido naranja de escote *halter*. Me abraza un largo rato.

—Todos se fueron hace una media hora. He intentado ganar tiempo haciendo un millón de preguntas, pero se ha acabado el champán, no había obras que vender y lo peor es que el invitado de honor se ha ido en cuanto ha tenido la oportunidad.

—Pero ¿todo ha salido bien? —pregunto mientras termino el abrazo y limpio mi nariz—. Si no han quedado obras significa que lo ha vendido todo, ¿no?

Daphne toma mi mano y la aprieta.

—A ver, escucha, conozco al dueño de esta galería y me debía un favor porque lo dejé quedarse hasta tarde en la exhibición de Maya Patel en el MoMa hace unos años, así que lo he llamado.

Alza un juego de llaves.

—Son…

—De la galería, sí. Porque, cariño, hay algo que necesitas ver.

La sigo por las escaleras, y ella desbloquea el cerrojo y pulsa el teclado del sistema de alarma. Daphne enciende la luz cuando entro

a la moderna galería de arte, pero permanece en la puerta y no me sigue. Como si me diera espacio para lo que sea que necesito ver.

Parpadeo para que mis ojos se acostumbren a la luz.

Avanzo hacia la sala principal y giro despacio en círculos mientras observo cada obra de la nueva serie de Archer.

He empezado a llorar de nuevo, pero no lo noto hasta que emito un sonido fuerte que resuena en la habitación.

—No pintó París.

—No —susurra Daphne—. Está claro que no.

—Y tampoco usó acrílicos.

—Bueno, hay un *poco* de acrílico por allí —dice señalando una de las obras—. En esas hojas. Ha usado un poco de color para capturar el otoño. Y la luna en cada obra. Ahí hay otro poco. Pero la mayoría es solo carboncillo. Ni siquiera sabía que él trabajaba con carboncillo, mucho menos que había hecho uno de los mejores trabajos que hemos visto desde Seurat.

No tengo ni idea de quién es Seurat, y no me importa.

—Yo sí. Lo sabía —murmuro—. Aunque nunca me permitió ver su trabajo.

—Bueno, tal vez ahora entiendes el motivo. Eres su trabajo. Eres la musa de Archer, Miranda.

No sé nada de arte. Ni de musas. Pero, en esto, sé que tiene razón.

La nueva serie de Archer consta de doce piezas. Cada una muestra el cielo nocturno. Cada una tiene su propio signo zodiacal. Cada una tiene una mujer en movimiento. La que riega las plantas en Aries. La que alimenta un pez dorado en Piscis. La que escribe. La que ríe.

Un beso en Capricornio.

La mujer. Yo.

—Ha hecho todo esto… —digo, limpiando mi nariz—. Y yo no estaba aquí. Él me invitó y era importante y dije que no. Elegí el trabajo.

—Convengamos que es un tipo difícil de leer —dice Daphne despacio—. Pero, si tuviera que hacer una suposición, no creo que él quisiera que renunciaras a tu trabajo por esto. Creo que quiere que seas feliz, no distraerte de lo que realmente quieres.

Miro a mi mejor amiga.

—Lo quiero a él.

—Lo sé. —Sonríe—. Entonces ve a buscarlo.

Ya estoy negando con la cabeza.

—Es tarde. Demasiado tarde.

Daphne me lanza una mirada crítica y dulce.

—Cariño, la noche aparece en todos esos dibujos. Las noches son, en cierto modo, lo vuestro…

Siento una chispa de esperanza porque tiene razón.

Y sé precisamente dónde estará él.



TEMPORADA DE TAURO

El viaje de media hora en coche desde la galería SoHo a Hudson Heights parece un millón de veces más largo que el vuelo de seis horas a la costa oeste al que no he subido. Intento usar el tiempo para pensar en qué decir y en cómo decirlo. Incluso mientras subo por los estrechos y familiares escalones hasta mi azotea, no tengo ni idea.

Pero cuando abro la puerta y veo a Archer de pie en mi tejado, las palabras parecen importar menos que el hecho de que él esté allí.

Con su amado *whisky* Michter's en la mesa.

Y dos frascos. Dos.

Como si estuviera esperándome.

Como si siempre hubiera estado esperándome.

Cierro despacio la puerta y Archer mira en mi dirección, sus ojos brillan con algo indescifrable bajo la luz tenue.

—Pensaba que esto había terminado —digo en voz baja, repitiendo las palabras de despedida que pronunció la última vez que estuvimos aquí arriba.

Sin decir nada, sirve *whisky* en un frasco y me lo ofrece.

—¿Sabías que vendría?

—Esperaba que lo hicieras —es todo lo que dice. Con tono malhumorado.

Mi corazón da una voltereta feliz, pero lo reprimo. Sé que hay algunas cosas que necesitan ser expresadas y que soy yo, principalmente, quien tiene que hacerlo.

—He visto tus obras —añado—. He oído que lo has vendido todo.

Me mira sorprendido, sus ojos azules reflejan la confusión.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Daphne. Creo que ha dicho que…

—No se ha vendido ninguna, porque no están a la venta.

—Ah. Ahh. ¿La gente no se ha enfadado por no poder comprar nada? —Me surge un pensamiento perturbador—. ¿O es que no querían comprar nada?

Archer sube la comisura de su boca.

—Oh, sí que querían comprarlas. Pero mala suerte para ellos. Algunas cosas no están en venta. —Alza un hombro—. Lo superarán.

—¿Qué harás con las obras?

—Aún no lo sé. —Su mirada encuentra la mía y la sostiene un minuto largo antes de apartarla.

Asiento, luego inhalo de nuevo.

—Me ha llamado Alyssa justo antes de que subiera al avión. Gracias por decirle que hablara conmigo. Las oportunidades que ha mencionado suenan… increíbles. Superan mis sueños más alocados.

Archer asiente como respuesta.

—¿Por qué no me lo dijiste? —añado después de un instante—. ¿Que Alyssa y tú no estabais juntos desde…?

—¿Desde que te conocí? —pregunta y clava sus ojos en mí.

Trago saliva, asiento.

—Porque sabía que empezarías a hacer preguntas. Y que no estabas lista para las respuestas.

—Ahora estoy lista para escucharlas —susurro.

Archer bebe un sorbo de *whisky*, parece en conflicto, como si estuviera librando una batalla interna. Sus ojos inspeccionan mi rostro antes de que parezca decidir lo que sea que debe decidir y deja la bebida en la mesa. Introduce una mano en su bolsillo y hurga en él hasta que extrae un pedazo de papel.

—¿Qué es? —pregunto; también dejo mi bebida y acepto el papel.

—Mi fecha de cumpleaños.

Le lanzo una mirada significativa.

—¿Te refieres a la que no es en abril?

Esboza una rápida sonrisa torcida, sin parecer arrepentido en lo más mínimo. Luego, su expresión se vuelve seria mientras señala el papel con la cabeza.

—Ábrelo.

Miro el fragmento, pero no lo despliego.

—¿Por qué mentiste sobre tu cumpleaños?

Archer exhala.

—La otra noche tenías razón: Willow me hizo daño. Me dolió que lo que fuera que sentía por mí no tuviera la fuerza suficiente para combatir los supuestos planes que el universo tenía para nosotros. Así que decidí que nunca volvería a ponerme en esa posición.

Frota su nuca con una mano.

—Y luego, apareciste tú en mi azotea y… todo cambió. Pero deseabas tanto que las cartas de Christian y la tuya estuvieran alineadas que me di cuenta… que yo solo era la ronda de práctica. Y pensé que, si no iba a participar en la competición, prefería

abandonarla a mi manera; que, si no hacíamos buena pareja en base a un cumpleaños *falso*, dolería menos.

Emito un sonido de sorpresa.

—Archer…

—No, no te disculpes —dice, alzando una mano—. Has sido más que clara respecto a tu objetivo para este año. Puede que no me guste toda la cuestión astrológica, pero lo respetaba porque sabía que era algo que necesitabas hacer.

»Y me dije a mí mismo —continúa, observándome— que solo debía esperar. Esperar hasta que te dieras cuenta… —Desliza una mano por su cabello, parece frustrado—. Hasta que te dieras cuenta de que no importaba lo que dijeran nuestras cartas astrales. Hasta que me eligieras… por ser como soy.

Contengo el aliento y mi corazón se rompe ante la vulnerabilidad expuesta en su rostro, aunque hay algo que aún no comprendo. Alzo el papel.

—Entonces, ¿por qué me das ahora tu cumpleaños real? ¿Por qué no esperar hasta que termine con todo esto del horóscopo?

Clava la vista en el papel.

—Porque me he dado cuenta de que quería una oportunidad antes de que tomaras la decisión de ir a Stanford, incluso si era una posibilidad ínfima. Quería tener la oportunidad de ver si nuestras cartas astrales forman un corazón o algo así.

Sonrío.

—Creo que no funciona así. —Deslizo el pulgar sobre el papel, aún no lo abro—. ¿Y si no somos compatibles astrológicamente?

Se acerca más, sus ojos arden mientras lleva una mano a mi rostro y acaricia mi mejilla con ternura. Con expresión suplicante.

—¿Importaría, Miranda?

Este momento es… el momento.

Como respuesta, levanto el papel entre los dos y, despacio, lo rompo en fragmentos diminutos e ilegibles.

Él hace un sonido que suena como un grito ahogado y, mientras todavía sostengo los restos de su cumpleaños irrelevante, las manos de Archer se deslizan por mi cabello e inclinan mi rostro hacia atrás y su boca devora la mía en un beso hambriento. Suelto los restos de papel y, con un gemido propio, me aferro a su camisa, lo acerco más a mí y lo beso con el equivalente a meses de lo que ahora, por fin, puedo identificar: amor.

Archer presiona un pulgar sobre mi mandíbula, guiando el beso de modo que su lengua se deslice entre mis labios, rozando la mía en una promesa juguetona y ardiente, y emito un leve gemido.

Termina el beso despacio, a regañadientes, aunque su mirada todavía no abandona mi boca, mientras observa mis labios hinchados con codicia. Por primera vez, no deseo que nuestro tiempo compartido en el tejado termine, pero creo que no me molestará entrar en casa esta noche. No si Archer me acompaña.

—¿Sabes? —murmuro mientras mis dedos exploran su mejilla rasposa—. Creo que Lillian movió las mariposas al tejado a propósito. Para que nos conociéramos.

Él resopla.

—¿Tú crees? Esa mujer es toda una casamentera.

—¿Lo sabías? —digo sorprendida—. ¿Sabías que las flores no necesitaban estar en la azotea?

Archer sonríe.

—Desde la primera noche.

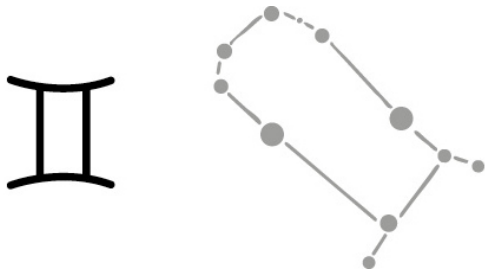
—¿Por qué no dijiste nada? —pregunto, exasperada—. Podrías habérmelo dicho ¡y así habrías recuperado tu tejado silencioso!

—Podría haberlo hecho, pero estaba un poco ocupado.

—¿Haciendo qué?

Archer sonríe y roza mis labios con los suyos.

—Enamorándome.



TEMPORADA DE GÉMINIS

Un año después

—¿Archer? —digo mientras entro a nuestro vestíbulo y dejo las llaves en la mesita de entrada—. ¿Ya has vuelto?

Mientras espero su respuesta, me quito los tacones y mi chaqueta rosa pálido. He pasado el día entero en Manhattan haciendo entrevistas como parte de la publicidad de *El Universo Decodificado*, mi propio programa de televisión, en el que explico complicados conceptos de física para quienes no son científicos. No es un programa hecho de modo explícito para niños, pero una de mis condiciones antes de firmar fue que nos aseguráramos de que los niños pudieran entenderlo.

A petición mía, Kylee formó parte del programa de prueba para asegurarnos de haberlo logrado. A ella le encanta el programa, aunque tal vez no tanto como el hecho de que su padre le pidiera ser «su hija de honor» en su inminente boda con una ingeniera civil encantadora llamada Lila.

El Universo Decodificado no se emitirá hasta el otoño, pero Alyssa me dice que las primeras reseñas han sido geniales, tanto que el canal ya lo ha renovado para tres temporadas más.

¿El episodio más popular en el prelanzamiento para los críticos y mi favorito?

«Las hipótesis del horóscopo».

Permanezco quieta, esperando alguna señal de que Archer está en casa. En *nuestra* casa.

Lillian se mudó a Florida y se negó a venderme su casa.

En cambio, me la regaló.

Archer y yo vivimos aquí y su casa ahora se ha convertido en su estudio. Necesita más espacio después de que su serie *Miranda en retrógrado* se volviera un fenómeno viral en el mundo del arte. Aún se niega a vender siquiera una de las obras, pero ha estado trabajando sin parar en el mismo estilo: sus queridos carboncillos, con detalles en acrílico.

Dado que, al parecer, aún no ha dejado su estudio, me pongo las chanclas y salgo al jardín delantero. En el mismo lugar donde sujetó mi dedo la mañana posterior a nuestro primer encuentro, hemos quitado parte del cerco y creado un arco que comunica las dos casas.

Me detengo a observar el invernadero, que hemos expandido, y me alegra ver que las maripositas que plantamos hace poco están prosperando.

El estudio de Archer nunca está fuera de mi alcance, pero igualmente entro en silencio, por si está concentrado y no necesita interrupciones.

Si bien la casa entera ahora está llena de cuadros terminados, obras en progreso y materiales extras, su lugar favorito para trabajar sigue siendo su estudio original. En el que compartimos nuestro primer beso de Nochevieja.

Por supuesto, lo encuentro allí, en el mismo taburete donde estaba sentado la primera vez que entré en ese lugar, con un trozo de carboncillo detrás de su oreja y otro en sus dedos mientras lo desliza de modo constante sobre el caballete.

Archer dirige los ojos hacia mí cuando entro y, aunque no dice nada, su mirada es cálida. Le doy un beso veloz en la mejilla para no interrumpir su proceso y sonrío cuando veo que hay un frasco esperándome, con la medida justa de *whisky* que suele indicar con frecuencia el final del día laboral y el inicio de nuestro tiempo compartido.

Al menos hasta que subimos al tejado, lo que aún hacemos tanto como el clima lo permite, e incluso a veces cuando no lo hace.

Estoy a punto de dar mi primer sorbo cuando algo capta mi atención: una caja diminuta envuelta junto a la botella de *whisky*.

El rasguido del carboncillo de Archer no se detiene mientras tomo la caja y la abro.

No hay un diamante que me devuelva la mirada. Archer me conoce bien.

En su lugar, hay una simple alianza. Discreta y con un brillo de lo más sutil, hecha con polvo de meteorito lunar.

Cuando miro a Archer, él gira sin palabras el caballete hacia mí para que vea en qué ha estado trabajando con su carboncillo. Es simple. Perfecto. Solo palabras.

«Cásate conmigo».

Sin siquiera un segundo de pausa, coloco el anillo en mi dedo.

Y luego, introduzco mis dedos en el cabello de mi futuro marido y lo acerco para darle un beso largo que nos quita un poco el aliento a los dos.

—¿Tienes un coeficiente intelectual de 170 puntos y ni siquiera quieres pensarlo? —pregunta, acomodando mi cabello detrás de la oreja.

—No necesito hacerlo —dijo, extendiendo la mano para admirar mi nuevo accesorio—. Además, ya sabía que me lo pedirías hoy.

Parece genuinamente sorprendido.

—¿Lo sabías?

—Por supuesto. —Le sonrío con astucia—. Me lo ha dicho mi horóscopo.

Además, la carta astral de Archer y la mía… son la combinación perfecta.

Pero eso ya lo sabíais.

NOTA DE LA AUTORA Y AGRADECIMIENTOS

Siempre me he considerado afortunada por poder escribir ficción ambientada en mi propia época y, muy a menudo, en mi propio vecindario (Manhattan).

Y luego…

Tuve una idea para un libro sobre una física superdotada que quiere estudiar astrología.

Una idea que no desaparecía, sin importar cuánto intentara recordarle a la musa que:

1. No soy superdotada.
2. No sé mucho sobre ciencia.
3. Ni sobre astrología.

Solo diré que, si apilara todos los libros que había leído sobre el tema antes de comenzar esta novela, la pila no sería más alta que un niño de primero de primaria.

De ningún modo quiero insultar a los físicos pretendiendo que leer un par de libros haya hecho algo más que ayudarme a entender lo más básico respecto a «cosas científicas», pero estoy bastante orgullosa de poder desenvolverme en una conversación sobre términos que no sabía que existían antes de escribir esta novela: *evolución estelar, lente gravitacional, la constante de Hubble…*

Y, sobre todo, me siento agradecida de que mi protagonista quisiera pasar un año entero sin pensar en ciencia, lo que significaba

que yo tampoco tenía que pensar demasiado en ello.

En cuanto a la astrología, por el contrario, estaba en el centro de la trama, del romance y del arco de personaje de Miranda, y realmente me sorprendieron sus complejidades, y lo poco que sabía.

Antes de comenzar este libro, esto es lo que sabía, o pensaba que sabía:

Nací el 14 de abril, así que soy Aries.

Pensaba que teníamos un signo y que los signos tenían un par de parejas ideales, y un par no tan ideales, sin más.

Cuando concebí la idea de este argumento, pensé que sería tan simple como «Miranda es Tauro pero se enamora de un Sagitario. Comienzan los problemas».

Y luego…

Llegó mi pila de libros de astrología. (Sí, me abastecí de libros de astrología al igual que Miranda).

Ni uno solo de los libros que llegaron tenía menos de 400 páginas; el más grueso entre ellos tenía 801 páginas.

Ay, Dios…

¿Sabéis esa frase cliché que dice «no sabes todo lo que hay por saber»? Pues nunca entendí del todo su significado hasta que decidí estudiar astrología.

Decir que no sabía nada no es exageración. Incluso lo que pensé que sabía estaba mal.

No sabía que existían los signos lunares o los signos ascendentes. Nunca había oído el término *trío principal*. No sabía que se suponía que debías leer tu horóscopo basado en tu signo ascendente, no en tu signo solar. No sabía nada de las casas astrológicas.

Ni de los regentes de casas.

Ni de Quirón.

Ni de tránsitos planetarios.

Ni de los Nodos Norte y Sur.

Ni de los aspectos.

Ni del retorno de Saturno.

Ni de las progresiones.

Ni de las lunas fuera de curso.

Lo más alarmante, considerando que me disponía a escribir una novela romántica, fue que nunca había escuchado la palabra *sinastría* antes, y rápidamente aprendí que mi plan de buscar una «carta astral de compatibilidad romántica astrológica» no solo era simplista, sino completamente erróneo.

Así que leí todos los libros. Todos. Algunos varias veces.

Y aun así… Incluso mientras me familiarizaba con todos los términos, la astrología no hacía *clic* de una manera que me diera la confianza para seguir adelante con el libro.

Y llegó Talisa de *Two Wander*. Mi primera exposición a su compañía fue a través de su curso de Astrología Tradicional 101. Hice muchos cursos en línea, pero el suyo fue el más útil. Fue suficiente como para que reuniera el valor para preguntar si podía comprar una de sus lecturas de carta astral… para un personaje ficticio.

Le envié un correo electrónico con la premisa de mi libro y, aunque había calculado la carta astral de Miranda en base a sus detalles de nacimiento (ficticios), me estaba resultando difícil entender qué significaba todo aquello, así que le pregunté si estaría dispuesta a hacer la lectura como si Miranda fuera una persona real.

Es difícil explicar la energía única que me transmitió Talisa en su respuesta, pero ella estuvo de acuerdo de inmediato, irradiando calidez y amabilidad en todo momento. Y, cuando me entregó el PDF un par de semanas después, fue como si finalmente se hubiera disipado la neblina astrológica. Todos los términos que había aprendido, pero no podía aplicar —todos los conceptos que había absorbido, pero no terminaba de entender—, de repente encajaron a la perfección. Fue como si ella me hubiera entregado una llave personalizada para comprender por fin todo este tema de la astrología.

Y cuando le envié un correo electrónico unas semanas más tarde, preguntándole si podía pagarle por su tiempo para hacerle algunas preguntas sobre la sinastría y la pareja ideal para Miranda, ella compartió su conocimiento con paciencia y generosidad sin pedir nada a cambio.

Creo que nadie ha sido tan fundamental en mi proceso de escritura de libros como Talisa lo ha sido para *Miranda en retrógrado*. ¡Incluso dudo de que el libro hubiera existido si no fuera por ella!

Es imposible explicar cuán amable y útil fue y, si tienes aunque sea un mínimo interés en la astrología, te recomiendo que comiences con twowander.com. Luego compré mi propia lectura de carta astral con ella, y valió cada centavo.

Por supuesto, Talisa no es la única a quien debo darle las gracias (y Miranda también).

Mi agente, Nicole Resciniti, y mi editora, Molly Gregory, fueron increíblemente solidarias con esta historia desde su concepción más temprana. Debido a la complejidad de la trama, necesitaba todo el

apoyo posible, y ambas estuvieron ahí en cada paso del camino, ofreciendo ánimo y ayuda sin dudarlo. Molly, ¡tu habilidad para comprender de inmediato lo que intentaba lograr con esta historia y ayudarme a hacerla brillar no pasó desapercibida!

Me considero en extremo afortunada de poder trabajar otra vez con Gallery en este libro. Lo que han logrado con la portada, el *marketing* y el posicionamiento de esta historia ha superado mis expectativas más inimaginables. Hay editoriales que «publican tu libro», y hay editoriales que «publican tu libro mientras lanzan confeti, lo alaban y te animan». Gallery pertenece a esta última categoría. Estoy muy agradecida con todo el equipo, desde el departamento de arte hasta *marketing*, editorial, producción (¡hola, Christine!), y todos los demás equipos que desconozco pero sé que no podría prescindir de ellos. ¡Gracias!

A mi esposo, Anthony. Gracias. No necesito decir más.

Y por último, pero nunca menos importante, gracias, lector. Que nos hayas dedicado tu valioso tiempo a mí y a Miranda es un regalo.

Con cariño,

Lauren

Aries Tauro Cáncer

Índice

Abril
Abril
Agosto
Septiembre
Temporada de Virgo
Temporada de Virgo
Temporada de Virgo
Temporada de Virgo
Temporada de Libra
Temporada de Libra
Temporada de Libra
Temporada de Libra
Temporada de Libra
Temporada de Libra
Temporada de Escorpio
Temporada de Sagitario
Temporada de Capricornio
Temporada de Capricornio

Temporada de Capricornio
Temporada de Capricornio
Temporada de Capricornio
Temporada de Capricornio
Temporada de Acuario
Temporada de Acuario
Temporada de Acuario
Temporada de Acuario
Temporada de Aries
Temporada de Aries
Temporada de Tauro
Temporada de Tauro
Temporada de Tauro
Temporada de Géminis
Nota de la autora y agradecimientos

Título original: *Miranda in Retrogade*
Traducción del inglés: Daniela Rocío Taboada
Diseño de cubierta: Gallery Books
Conversión a formato digital: Estudio eBook

Edición revisada y adaptada

Primera edición: febrero de 2025

© 2024, by Lauren Layne
© 2025, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - **www.vreuropa.es**

Publicado bajo acuerdo con el editor original, Gallery Books, una división de Simon&Schuster, Inc.

Todos los derechos reservados.
Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

ISBN: 979-13-87601-18-8

EUROPA

Seguinos

VReuropa

Índice

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Lauren Layne
Portada
Abril
Abril
Agosto
Septiembre
Temporada de Virgo
Temporada de Virgo
Temporada de Virgo
Temporada de Virgo
Temporada de Libra
Temporada de Libra
Temporada de Libra
Temporada de Libra
Temporada de Libra
Temporada de Libra
Temporada de Escorpio
Temporada de Sagitario
Temporada de Capricornio
Temporada de Capricornio
Temporada de Capricornio
Temporada de Capricornio
Temporada de Capricornio
Temporada de Capricornio

Temporada de Acuario
Temporada de Acuario
Temporada de Acuario
Temporada de Acuario
Temporada de Aries
Temporada de Aries
Temporada de Tauro
Temporada de Tauro
Temporada de Tauro
Temporada de Géminis
Nota de la autora y agradecimientos
Índice
Créditos